3 1761 09546025 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
Mrs. Vandersmissen.

I

COMEDIAS

DE

MORATIN.

París. — En la imprenta de E. Thunot y Cª,
calle Racine, 26, cerca del Odeon.

LS
M8314c

COMEDIAS

DE

MORATIN

EL VIEJO Y LA NIÑA.

LA COMEDIA NUEVA, Ó EL CAFÉ. — EL BARON.

LA MOJIGATA. — EL SI DE LAS NIÑAS.

236841
2.11.29

PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

DRAMARD-BAUDRY Y CA,

SUCESORES,

12, CALLE BONAPARTE, CERCA DEL PALACIO DE BELLAS ARTES.

1866

INDICE.

	Pág.
Don Leandro Fernandez de Moratin	VII
Juicios críticos	XIII
El Viejo y la Niña	1
La Comedia Nueva, ó el Café	85
El Baron	127
La Mojigata	203
El Sí de las Niñas	299

FIN DEL INDICE.

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

El insigne restaurador de nuestro teatro moderno, el delicioso *Inarco Celenio*, nació en Madrid el dia 10 de marzo de 1760, siendo sus padres el ilustre poeta don Nicolás Fernandez de Moratin y doña Isidora Cabo de Conde. Formóse por sí mismo y casi á escondidas en el gusto de la poesía y en sus primeros estudios, y su padre que pensaba hacer de él un buen artífice, quedó agradablemente sorprendido al ver á su hijo ganar el *accesit* en un certámen de la real Academia española, con su poema á la *Toma de Granada*, cuando apenas contaba diez y nueve años de edad. Ganó igualmente el *accesit* en el certámen de 1782, con una *Sátira* contra los vicios introducidos en la lengua

castellana, á la que dió el título de *Leccion poética*, y en la que ya se veia al autor manifestar el gusto clásico y puro y la facilidad y belleza de ejecucion que admiramos en todas sus obras.

En 1787, hizo en compañía del conde de Cabarrús un viaje á París, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y en donde acabó sin duda de formar su gusto en un género en el cual no ha tenido ni tiene todavía rival en España.

Vuelto á su patria, la oda que escribió á la exaltacion al trono de Carlos IV, le dió cierta celebridad en las regiones oficiales, y con ella logró, no sin grandes rabajos, un pequeño beneficio en el obispado de Burgos. Merced á la decidida proteccion que debió al príncipe de la Paz, obtuvo luego otro beneficio mas lucrativo y una pension sobre la mitra de Oviedo, pudiendo ya entonces, libre de ahogos y privaciones de todo género, consagrarse con mayor tranquilidad de espíritu é independencia al cultivo de las letras.

El Viejo y la Niña, escrita en 1786, se estrenó en 1790, alcanzando el éxito que merecia; *la Comedia nueva ó el Café*, *el Baron*, *la Mojigata* y *el Si de las*

Niñas, la mas perfecta de todas sus producciones dramáticas y acaso de cuantas se han escrito para el teatro en España y fuera de ella, acabaron de consolidar su fama, extendiéndose esta al extranjero, donde sus comedias se traducian y representaban con aplauso. Una buena version del *Hamlet* del gran trágico inglés, y dos arreglos de Molière, magistralmente hechos, *la Escuela de los Maridos* y *el Médico á palos*, constituyen el teatro completo del nunca bien ponderado *Inarco Celenio.* Varias notables poesías, la *Derrota de los pedantes* y los *Origenes del teatro español* forman el complemento de sus obras literarias. Existen en poder de un respetable académico de la lengua algunos manuscritos inéditos de Moratin y una relacion de sus viajes por Francia, Holanda, Inglaterra é Italia.

Moratin perteneció al partido que se llamó *afrancesado*, y de aquí las vicisitudes de su fortuna y de su residencia desde 1808, ya en España, ya en Francia, ya en Italia, hasta que por fin se fijó en Burdeos y últimamente en París, donde murió el 21 de junio de 1828. « El cementerio del Padre Lachaise, dice un erudito escritor de nuestros dias, recibió aquellos venerables restos, entre las solitarias

calles que corren á la derecha de la capilla, en medio de las tumbas que cubren los cuerpos de Molière y la Fontaine. Ningun español amante de la literatura, al visitar la capital de Francia, deja de pararse á orar frente de un sencillo monumento, en cuyo pedestal, que sostiene una urna cineraria, se lee la inscripcion siguiente:

AQUI YACE
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES Y AMENÍSIMO INGENIO:
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

Hasta el año de 1853 yacieron en tierra extranjera las venerandas cenizas del autor del *Si de las Niñas*, pero gracias á la noble iniciativa del entonces ministro de la Gobernacion del reino, señor don Pedro Egaña, el gabinete presidido por el bizarro general Lersundi, llevó á la firma de S. M. un real decreto, mandando que los restos mortales de aquel insigne poeta y restaurador del moderno teatro español, fuesen trasladados á Madrid previas las formalidades de costumbre. Todos los hombres amantes de las

glorias de nuestra patria, sin distincion de colores y matices, aplaudieron como era natural y justo el real decreto de 15 de julio de 1853, y el pueblo de Madrid tuvo la dicha de ver entrar por sus puertas los restos mortales del que fué en vida, es, y será eternamente, mientras exista en España un átomo de buen gusto, una de las lumbreras mas preciosas de nuestro teatro moderno.

CARLOS DE OCHOA.

JUICIOS CRITICOS
ACERCA DE LAS CINCO COMEDIAS
DE
MORATIN.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

Pasa en opinion de los inteligentes *el Viejo y la Niña* por la produccion mas floja de Moratin, y aun no falta quien sin rebozo califique de mala esta comedia, fundando tan rigoroso juicio en la excesiva sencillez de su argumento y en la tambien excesiva lentitud con que se va desarrollando su accion, si *accion* puede llamarse á una serie de diálogos durante los cuales poquísimo, casi nada varia la situacion respectiva de los personajes que intervienen en ellos. Obsérvese que en esto únicamente y no en la escasez de *lances*, que nosotros llamaríamos *sucesos exteriores* para diferenciarlos de los *afectos* que pudiéramos llamar sucesos *internos*—(y estos son los verdaderamente dramáticos—) consiste la falta de *accion* que con la mejor voluntad del mundo es imposible desconocer

en *el Viejo y la Niña.* Tal es el defecto capital de esta comedia: no hay en ella lucha ni aun movimiento de afectos; no hay drama; no hay accion. Pudiera ser todavía mas sencillo su argumento, pudieran ser mas escasos sus lances, y sin embargo la obra podria tener mas vida literaria ó mas bien dramáticamente hablando. Al mérito opuesto á este defecto que aquí notamos y analizamos en cierto modo, es decir, á su viva é interesante accion, debe *el Sí de las Niñas* su gran superioridad sobre esta y sobre todas las demás comedias del mismo autor, por mas que sus lances no sean relativamente á los de las otras, ni muy numerosos, ni muy nuevos, ni muy imprevistos. Permítasenos insistir sobre esto, siquiera porque se trata de una obra de Moratin y de un punto literario que no carece de interés.—Parécenos que no se tiene generalmente una idea exacta de lo que es, en literatura, la *accion*; y cuando oimos decir que *el Viejo y la Niña*, por ejemplo, es una comedia defectuosa, porque no la tiene ó porque tiene poca, se nos figura que la mayor parte de los que tal dicen, no se dan á sí mismos cuenta clara de la razon por qué aciertan en su juicio. Tal vez confunden en uno los dos significados que, á nuestro entender, tiene esa palabra. Consiste esto, lo repetimos, en que no es comun formarse una idea exacta,—á nuestro juicio, á lo menos—, de lo que debe entenderse por accion de un drama, de un poema ó de cualquiera otra composicion literaria. Hay mas; en ningun preceptista hemos hallado una definicion, ó mejor dicho, un deslinde de los dos significado de esa palabra, que nos satisfaga completamente: todos toman exclusivamente la *accion* por el *argumento*, dos

cosas muy distintas, aunque por lo comun estrechamente relacionadas entre sí. Por su cuenta, ninguna composicion careceria de accion, porque ninguna carece de argumento ó asunto. ¿Por qué dicen, pues, y con razon, que *el Viejo y la Niña* no la tiene? Luego algo mas significa esa palabra. El mismo Hermosilla, tan exacto en sus definiciones, tan seguro en sus preceptos y en su crítica, al llegar en su capítulo de *la Tragedia* (*Arte de hablar*, t. II, p. 189) á tratar de la *accion* y á dictar sus reglas, no dice cosa que no sea en un todo aplicable exclusivamente al argumento ó sea á la accion material: de la accion moral, que es la verdadera accion, cual nosotros la entendemos, no dice palabra. Nosotros la definiríamos así: *Movimiento de afectos entre los personajes que entran en la composicion de una fábula.* Cuanto mas vivo es ese movimiento, ó en otros términos, cuanto mas profunda es *la mudanza que ese movimiento produce en la situacion respectiva de todos ellos,* mas accion hay, mayor es por consiguiente el interés que inspira la representacion ó la lectura de los sucesos ó sea del argumento á que aquella se aplica. Así, con arreglo á estas ideas, hay composiciones en que el argumento es riquísimo de lances, y la accion es nula; hay argumentos sencillísimos, en los que ningun lance ocurre, y en los que hay sin embargo mucha accion; *el Veinte y cuatro de febrero* de Werner es un ejemplo notable de esta verdad. Tres solos interlocutores, el reducido espacio de una cabaña, media hora de tiempo bastan al poeta para despertar y mantener viva la angustia en el corazon del lector. ¿ Por qué? Porque hay allí lucha de afectos. Solo nos llega al alma lo que sale del alma.

En *el Viejo y la Niña,* todos los personajes, concluida la comedia, vienen á estar muy poco mas ó menos, como estaban al principio, como estaban al medio. Cada uno desde la primera escena tiene trazada su línea de conducta de la que no ha de apartarse y no se aparta en efecto ni un ápice.—Don Juan, desesperado por la pérdida de su Isabel y resuelto á irse á América, se va igualmente desesperado al concluirse la comedia; doña Isabel, desesperada en un principio por la pérdida de su don Juan, desesperada se queda como estaba:—por eso el espectador se interesa tibiamente por ellos. La virtud resignada, cosa excelente en el mundo, interesa poco en la escena. Don Roque es demasiado ridículo para que nadie se interese por él: que su mujer se le vaya de casa ó se quede ¿qué mas dá para aquel ente decrépito? Todos comprenden que la última resolucion de Isabel en nada altera las condiciones de aquel funesto y desigual enlace: para el resultado moral de su comedia, Moratin cometió una falta en hacer á su don Roque tan viejo y tan repugnante. No vale la pena de escribir tres actos para probar que un carcamal de setenta años no debe casarse con una niña; la verdad es que no debe casarse ni con niña ni con vieja. La compañía natural de don Roque es Muñoz. ¡Cuánto mas avisado anduvo Moratin en la creacion de su don Diego del *Si de las Niñas*! Allí hay lucha de afectos, hay interés, hay *accion*; hay lucha de afectos, porque don Diego, aunque viejo, no lo es tanto que no pueda amar y hacerse la ilusion de que es amado; don Roque ni uno ni otro. Hay interés, porque don Diego enamorado inspira simpatía; don Roque da asco y el asco nunca es dramático.

Hay *accion*; esa accion para nosotros, reside toda en la lenta y dolorosa gradacion de sensaciones, en aquella lucha cruel de afectos por donde va pasando el noble corazon de don Diego hasta llegar á la ruina total de sus dulces ilusiones primeras. En don Roque no hay realmente lucha de afectos, ni creemos que constituya una accion el desórden mental de un viejo tonto que se deshace en pueriles esfuerzos y en combinaciones grotescas para descubrir una cosa de que está muy seguro, á saber, que doña Isabel no le quiere.

Y sin embargo, ¿en qué consiste que á pesar de estos defectos esenciales y de otros que pasamos por alto, *el Viejo y la Niña* deleita siempre leido ó representado? Consiste en que esta comedia, de la que en uno de sus excelentes juicios críticos del *Censor* decia don Alberto Lista que es *casi vergonzoso no saberla de memoria, á lo menos entre las gentes de gusto y cultura*, tiene en su abono una imponderable belleza de lenguaje, caractéres pintados con profundo conocimiento del corazon humano, diálogos deliciosísimos. Dos noches se ha dado esta semana en el *Teatro Español*, y en ambas ha estado el teatro casi lleno; sentimos que no se haya dado algunas mas, pues por muchas razones conviene ofrecer al público, supuesto además que tanto le agradan, producciones conocidamente correctas, y sobre todo originales como las comedias de Moratin. Hoy que la anarquía literaria importada de fuera ha hecho tantos estragos entre nosotros, es preciso, sin incurrir por eso en una reaccion funesta como todas, ir volviendo poco á poco, pero con voluntad firme,

á los rectos senderos de la pureza clásica, fuera de los cuales solo hay que esperar por cada paso cien tropiezos, por cada acierto cien desatinos. Moratin es uno de los poetas cuyas obras deben formar el fondo habitual y corriente del repertorio del *Teatro Español*: la interpretacion de esas obras debe ser la tarea preferente de los actores de ese teatro: no conocemos otra mas digna de su talento. Conviene así al público; conviene así á los mismos actores. No insistiremos en este punto, que tantas veces hemos tocado en nuestros artículos. Imitemos en esto al teatro de la *Comedia Francesa*: demos á nuestro gran Moratin el culto que en ella se da al gran Molière.

Ya hemos dicho que en las dos noches que se ha dado esta semana *el Viejo y la Niña* el teatro ha estado casi lleno; añadamos ahora que el público la escuchaba embelesado, que saboreaba con delicia las mil bellezas de aquellos excelentes diálogos, y que con exquisita inteligencia señalaba con repetidas muestras de aprobacion el particular acierto que en muchas ocasiones demostraron los actores en su desempeño.

EUGENIO DE OCHOA.

LA COMEDIA NUEVA,

ó

EL CAFÉ.

Dignamente han solemnizado en esta semana los teatros de Madrid el *Diez de marzo*, aniversario del dia feliz en que vino al mundo el glorioso restaurador de nuestra escena nacional D. Leandro Fernandez de Moratin. Dia *feliz* le hemos llamado, y lo fué sin duda para España, el que vió nacer al insigne español destinado por la Providencia para sacar á nuestra literatura dramática de la postracion inaudita y del proverbial descrédito en que habia caido á fines del siglo último. Nadie ha pintado con tan vivos colores como el mismo Moratin aquella grande y casi increible decadencia; el que iba á acabar con ella, era en verdad el que mejor debia conocerla, así como nadie conoció sin duda, ni pintó mejor que el gran Cervantes el estrago que habia hecho en el gusto del público la literatura caballeresca que él con su divino ingenio iba á desautorizar para siempre. La analogía en este punto es patente entre Cervantes y Moratin; ambos

tendieron al mismo resultado, y ambos le alcanzaron; el primero á fuerza de *genio*, el segundo á fuerza de talento y de *arte;* uno y otro se adelantaron á su siglo. Una y otra privilegiada inteligencia supieron imponer á sus contemporáneos la ley de su razon superior y de su gusto exquisito.

Moratin, por mas cercano á nosotros, y por menor realmente, nos parece menos grande que Cervantes; pero estamos en la firme creencia de que su fama irá creciendo á medida que vayan pasando las generaciones, y que la posteridad le reserva un puesto muy eminente entre las glorias de nuestro teatro. Ya, á cado año que pasa, parece como que saboreamos con mas placer y admiramos con mas expansion las bellezas de sus obras. A la inversa de las que solo tienen un mérito aparente ó transitorio, que agradan en un principio y luego caen en olvido, las de Moratin, como las de los autores realmente clásicos, reciben del tiempo nuevos quilates, pudiendo decirse de ellas, con toda verdad, que son hoy mejores que ayer, y mañana mejores que hoy. Sucede con las producciones del ingenio lo mismo que con la nobleza hereditaria de las familias, que cuantos mas años pasan sobre ella, vale mas. Hasta en el sentido mas recto y aun material, es esto cierto, aplicado á las obras del arte lo mismo que á las de la literatura: el grupo de *Laoconte*, como la *Iliada* de Homero, la *Venus* de Praxiteles, como las arengas de Demóstenes, la *Eneida* de Virgilio, como las ruinas del Coliseo, la *Jerusalen* del Tasso, como los cuadros de Rafael, van adquiriendo en todos conceptos mas

valor y mayor crédito, á medida que los siglos van depositando mas y mas sobre ellos su *pátina* misteriosa. Acaso los apreciamos mas cada dia, porque consideramos que cada dia se acercan mas á su necesario acabamiento; así amamos y contemplamos mas á nuestros padres, conforme vamos avanzando en la senda de la vida.

Noches pasadas nos decia en el *Teatro Español*, mientras se representaba *el Café*, un amigo de mucho talento y de sólida instruccion : « Conozco cuánto se va formando mi gusto, por el deleite cada dia mayor que me « producen las comedias de Moratin. » El que esto nos decia, tuvo tambien años hace, como hemos tenido todos, su época de menospreciar algun tanto ó de mirar cuando mas, con cierta desdeñosa indulgencia al *bueno* de Inarco Celenio. ¿A qué negarlo? hubo un dia, no muy lejano, en que si no nos burlábamos abiertamente de Moratin y de lo que llamábamos *inter nos* su estrecho y pobre clasicismo, era solo por un resto de consideracion y respeto á los recientes preceptos de dos maestros queridos que vanamente pugnaban por enseñarnos á venerarle. El tiempo ha venido á hacer buenos aquellos sabios preceptos; lo que nuestro amigo nos decia en el *Teatro Español* nos lo hemos dicho á nosotros mismos muchas veces, y ciertamente no seremos los únicos que se hayan hecho á sí propios esa reflexion, ni que la hayan oido á otros. No quisiéramos ofender á nadie, ni cabe ofensa en cuestiones de gusto; pero se nos figura que arguye poca disposicion á sentir y apreciar lo bello en literatura, obstinarse un año y otro en desconocer las eminentes dotes

de MORATIN como escritor y como filósofo; es decir, el gran mérito de su estilo y su profundo conocimiento del corazon humano.

Negar estas dotes al autor del *Si de las Niñas*, nos parece injusticia notoria ú obcecacion evidente, creibles solo en boca de quien tenga la desgracia de negárselas del mismo modo al inmortal MOLIÈRE; pero reconocerlas en el gran poeta francés y no verlas en el nuestro, es ya algo mas que injusticia y algo mas que obcecacion. Con mayor dureza deberíamos calificar semejante injustificable negativa. Hecho está ya, mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, el paralelo entre MORATIN y MOLIÈRE, y no hay para qué repetirlo aquí. Si grande fué el segundo, grande es tambien el primero, aunque nacido en España y casi en nuestros dias. Reconozcámoslo así con buena fé y sin jactancia, que no todo lo que nos extasía ha de venir de fuera, ni ha de pertenecer á tiempos antiguos. Además, ya es MORATIN bastante antiguo para que no tengamos escrúpulo en empezar á hacerle justicia.

EUGENIO DE OCHOA.

EL BARON.

En esta comedia se aproximó el señor Moratin mas que en otra alguna al género de Plauto. Es verdad que un pillo de Triana y una tia crédula de Illescas no presentaban grandes motivos para manejar el pincel delicado y urbano de Terencio. No es extraño pues que se mire esta pieza como la mas débil entre todas las del mismo autor. Pero esta inferioridad es solo en cuanto á la fábula y sus resultados morales; que el lenguaje y los versos son siempre los del autor del *Viejo y la Niña.*

Leonardo es un galan de Calderon; y debe serlo, atendido el lugar de la escena donde se puede suponer sin inverosimilitud que no ha penetrado aun el sistema moderno de galantería. Así su pasion á Isabel es, como en las comedias antiguas, el objeto que exclusivamente ocupa su alma. Por eso la versificacion de este personaje es mas animada y artificiosa, y se acerca mas á la manera de nuestros antiguos cómicos.

Dila en fin que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos
Desengaños no merezca.

Si no supiéramos quien es el autor de estos versos, podrian atribuirse á Lope ó á Rojas; y á semejanza de estos hay otros muchos en el papel de Leonardo.

El carácter mejor dibujado de esta comedia es en nuestra opinion el de don Pedro. Lleno de ternura para una sobrina que la vanidad necia iba á sacrificar, y de amistad á Leonardo, cuyos ímpetus corrige y enfrena, usa con su crédula hermana y con el pillo embaidor de aquella socarronería pausada y penetrante que caracteriza la prudencia de nuestros viejos de aldea, y que se conoce vulgarmente con el nombre no impropio de *gramática parda*. Reunir y hacer resaltar sucesivamente estas diversas cualidades en un mismo carácter, era bastante difícil; pero la dificultad misma parece que contribuyó al buen éxito. El carácter de don Pedro es uno de los mas acabados de nuestro teatro. Sus rasgos mas esenciales y que lo descifran á los ojos del espectador con tanto ingenio como verdad, estan en el diálogo que sigue en la escena VII del acto II á las quejas que da el fingido baron á los dos hermanos. El verso de don Pedro con que termina este diálogo,

Pues con todo no me engañas,

equivale á una escena entera.

ALBERTO LISTA.

LA MOJIGATA.

Nada mas temible en las conmociones políticas que las reacciones: ellas hacen desandar á los partidos por lo comun mucho mas camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que menos se ha resentido en nuestro país y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases mas indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. Hé aquí la razon porqué se ha escrito con mas libertad é independencia en épocas ciertamente mucho mas atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamás la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y

decimos débil, porque sabido es que tanto mas tiránico es un partido, cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las ajenas conciencias, y teme la palabra. Solo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion puede arrostrar la verdad, y aun buscarla : inseparable compañero de ella, no teme la expresion de las ideas, porque indaga las mejores y las mas sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que mas se ha resentido de estas funestas verdades : por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la mas pura moral, entre ellas *la Mojigata.* Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si sea mas de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública expectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿ Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *la Mojigata?* ¡ Tanto le ofende la fiel representacion de los extravíos humanos! ¡ tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mojigata era conocida y sabida ya de memoria de todo el mundo ; por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, es lo tambien para nosotros que ha debido á su larga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado : esto es tanto mas cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin en-

trada otras composiciones del mismo Moratin escapadas de la comun prohibicion. Para hablar literalmente de *la Mojigata*, necesitaríamos estar mas seguros de nuestras propias fuerzas : seríanos indispensable además dedicar á su exámen un artículo mas extenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarestar la opinion pública tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre, una vez proclamado célebre? El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, solo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país. Agréguese á esto una consideracion : en todos los paises el primero que se ha elevado, el primer reformador ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion; apenas hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Molière, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es

que se diga que Moratin es el Molière español : esto sin embargo, creemos, segun nuestras cortas luces, que *la Mojigata* no podrá sostener nunca la comparacion al lado del *Hipócrita* de Molière, que es la comedia de este con quien tiene mas relacion; si exceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en *la Mojigata*, porque pocas veces anduvo feliz Molière en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar mas en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano; sin que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratin : la gracia de Molière es mas candorosamente cómica, y se trasluce menos al poeta; presenta las situaciones solas, y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira mas decidida : no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del espectador : echa además en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que, por las expuestas razones, Molière es mas universal que Moratin; este es mas local; su fama por consiguiente mas perecedera é insegura.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

EL SI DE LAS NIÑAS.

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religion mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad era la única que recibian los hombres : y si una niña salia del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decia que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado; sí abrigaba un corazon franco y sensible, si por desgracia habia osado ver mas allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y habia de

elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo menos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia menos de inspirarle una gran composicion. De estas breves reflexiones se puede inferir que *el Sí de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como *el Avaro* ó *el Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y paises un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridícula pasion; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratin y la que mas títulos la granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada mas ingenioso y acertado que valerse para convencer al tio de la contraposicion de su mismo sobrino. Así no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumision de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga mas chocante esta observacion en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que solo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposicion, porque

toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasion de hacer una observacion esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores solo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia para sus espectadores mas delicados á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazon, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en *el Si de las Niñas* y en *el Baron;* ó en hundirle en él cruelmente, como en *el Viejo y la Niña* y en *el Café.* Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relacion con Victor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia. En nuestro entender este es el punto mas alto á que puede llegar el maestro; en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente mas desgarrador ni de mas efecto que

hacernos regar con llanto la misma impresion del placer. Esto es juzgar con el corazon del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El Si de las Niñas* ha sido oido con aplauso, con indecible entusiasmo, y no solo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado tambien, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin, que habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion. ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del público ha recaido sobre ellos, y tanto en *la Mojigata* como en *el Si de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo : felizmente la memoria no se puede prohibir.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

EL VIEJO Y LA NIÑA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL 22 DE MAYO DE 1790.

« Estas resultas esperan
Tales casamientos. »
Acto III, esc. XV.

PERSONAS.

DON ROQUE.	MUÑOZ.
DON JUAN.	BLASA.
DOÑA ISABEL.	GINÉS.
DOÑA BEATRIZ.	

La escena es en Cádiz, en casa de don Roque. La accion empieza por la mañana y acaba antes del mediodía.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas: una del despacho de don Roque, y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA. — DON ROQUE, MUÑOZ.

D. Roq. ¡Muñoz!
Muñoz. ¡Señor!
(*Responde desde adentro.*)

D. Roq. Ven acá.
Muñoz. Ved que queda abandonada (*Sale.*)
La puerta y zaguán.
D. Roq. ¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?
Muñoz. Sí eché.
D. Roq. Pues no hay que recelar nada
Mientras á la vista estamos;
Y si Bigotillos ladra,
Al instante bajarás.
Muñoz. ¿Y á qué fin es la llamada?
D. Roq. A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario y escucha.
Muñoz. Guardo y escucho.
D. Roq. Escusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga...
Muñoz. Y bien, le he comido, ¿y qué?
D. Roq. Digo que esto solo basta
A que tú, reconocido,
Cuando yo de tí me valga...
Muñoz. Vamos al asunto.
D. Roq. Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por donde parta,
Es ese don Juan... ¿Qué dices?
Muñoz. ¿Yo acaso he dicho palabra?
D. Roq. Jurara...
Muñoz. (*Ap.* Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante

D. Roq. Digo
Que el autor de mi desgracia
Es este don Juan, que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa...
Muñoz. La culpa la teneis vos
¿Quién os metió?...
D. Roq. No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana...
Ya te acuerdas. Murió el tio;
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas, que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
A Cádiz... Mas ¿quién juzgara
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A qué fin...? Ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.
Muñoz. Pues ya estais desengañado.
D. Roq. Sí lo estoy; pero aun me falta
Que decir, porque esta noche
Al pasar yo por la sala,

Noté que en el gabinete
Él y mi mujer estaban.
Muñoz. ¡Bueno!
D. Roq. Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal don Juan
Como que la regañaba,
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atrás,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.
Muñoz. ¡Qué prontitud de demonios!
D. Roq. ¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos...
Muñoz. Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pié de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La mujer mocita y guapa...
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso...
D. Roq. Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara,
Sin decirme...
Muñoz. Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no pensé

Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

D. Roq. Aquello ya se pasó.

Muñoz. Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora...
Bien dicen : toda es mudanzas
Esta vida... ¡Qué consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aquí!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese :
« Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mujeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto. »

D. Roq. Muñoz,
Olvida cosas pasadas ;
Dime lo que debo hacer.

Muñoz. ¡ Parece cosa de chanza !
¡Un setenton enfermizo
Casarse! Y ¿con quién se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y después (sin advertir
El riesgo que le amenaza)
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

D. Roq. ¿Con que esa amistad es larga?

Muñoz. ¡Toma! ¿Con que no sabeis
Quién es ella?

D. Roq. Sé que estaba
En poder de su tutor

Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

Muñoz. Bien está.
Tambien sabreis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro; allí trataba
Con el sobrino dichoso.
Él no es mucho que pagara
Las visitas. ¡Ya se ve!
Es atento... Se formaba
La tertulia, y entre tanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez; si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasara
A otra cosa (que en la edad
Que tienen no será estraña),
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

D. Roq. ¡Ay Muñoz, ló que me cuentas!
Ya se ve, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara.
Trataba de mis negocios
Con don Alvaro... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por ló menos,
Llevan de amor.

Muñoz. Cosa es clara.
(*Hace que se va.*)

D. Roq. ¿Te vas?

Muñoz. Me voy.

D. Roq. No, Muñoz;
Dime lo que se te alcanza

En este asunto, y qué puedo
Hacer.
Muñoz. Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra mujer,
Señor don Roque, guardadla;
Que no sois nada galán,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamás la consentireis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto...; pero al cabo,
Siempre... En fin, no digo nada.
Ello... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.
(*Quiere irse, y don Roque le detiene.*)
D. Roq. Aguarda,
Muñoz. ¡Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!
Muñoz. Y si mientras que se trata
Aquí su conservacion,
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.
D. Roq. No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.
Muñoz. ¡Raro arbitrio! ¿Con que hareis
Esa espulsion?

D. Roq. Sin tardanza;
Y tanto que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.
Muñoz. ¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?
D. Roq. Ello ha de ser; es preciso.
Muñoz. Allí viene vuestra hermana
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar;
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II. — DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

Doña Beat. Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.
D. Roq. ¿Se acabaron?
Doña Beat. Sí; ¡como quedaron tantas!
D. Roq. Pues, señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto va malo, Beatriz.
Jamás he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos, y te vayas;
Déjame con mi mujer,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla...
En fin, á mangonear
Unicamente: escusada

Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitara
En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casamos, pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloraras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir...
Doña Beat. Y dime,
¿Toda esa arenga, en sustancia,
Es porque me vaya?
D. Roq. Sí.
Doña Beat. ¿Sí? Pues no me da la gana.
D. Roq. ¿Y porqué?
Doña Beat. Porque conozco
Mejor que tú las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma, y después
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha;
Y no lo merece, á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas

A Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas.
Mas estimacion merece;
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí
Como en su amiga y su hermana;
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava...
Roque, ten juicio, por Dios.

D. Roq. Pero ¿quién te ha dicho nada
De eso, mujer? ¿Quién la oprime,
Quién la riñe, quién la casca?
¿No la mimo, no procuro...?

Doña Beat. Sí, procuras apurarla
El sufrimiento; y no sé,
De veras, como te aguanta.

D. Roq. ¡Hola! ¿Quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo mujer en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras...

Doña Beat. No quiero tal.

D. Roq. Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Dijecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

Doña Beat. ¿Quién te dice que tal hagas?

D. Roq. Vosotras; que todas sois
Lijeras y casquivanas.

Doña Beat. Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

D. Roq. Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

Doña Beat. Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. Roq. Beatriz...

Doña Beat. ¡Eh! Déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.
D. Roq. Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay, señor!
(*Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va por la del lado izquierdo.*)
(*Ap.* ¡Si no he de poder echarla!)

ESCENA III. —DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

Doña Beat. ¿A quién buscas?
Ginés. A mi amo.
Doña Beat. Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV. — DON JUAN, GINÉS.

(*Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.*)
D. Juan. Corre, Ginés;
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal,
Que es capitán de navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.
Ginés. Ya estoy.
D. Juan. Y díle que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.
Ginés. Voy.
Pero solo deseara
Saber si en estos encargos

De la partida se trata
Que pensais hacer de Cádiz.
D. Juan. Ya es cosa determinada.
Y hoy mismo quiero salir;
O cuando mucho, mañana.
Ginés. ¿Y adónde iremos?
D. Juan. Adonde
Lejos esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.
Ginés. ¿Y aquí, señor?
D. Juan. Aquí solo
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.
Ginés. Muy estraña
Resolucion me parece.
D. Juan. Tú, Ginés, no ignoras nada:
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid; yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él... ¿Y quién juzgara
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. ¡Ah, falsa,
Engañadora! Llegamos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;
Y al cabo de pocos meses

Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quién, ni cómo la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglara
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa mujer. Dí mil trazas
Para lograr este fin;
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio; llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su mujer.
Viene al fin acompañada
De doña Beatriz. Si vieras...
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular; fueron vanas

Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí; no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó.
Ginés. ¿Y habeis hablado
Con ella á solas?
D. Juan. Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia
Ni que amó de veras? ¿Cómo?
Ginés. Quizá, señor, obligada
Por su tutor... Ella es niña
Todavía, como estaba
Tan oprimida.
D. Juan. ¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla;
Soy infeliz... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo; ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso? Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.
Ginés. ¿Qué pensais hacer?
(*Le da la carta á don Juan.*)
D. Juan. No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias

Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Ve adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja;
Que ya tengo en el baul
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?
Ginés. Yo, señor,
Gustoso os acompañara
Al cabo del mundo; solo
Me aflige vuestra desgracia.
D. Juan. Sí, Ginés, no me abandones.
Ginés. En mí no hallareis mudanza;
Siempre os he querido bien.
D. Juan. Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.—DON JUAN, DON ROQUE.

D. Juan. Señor don Roque, supuesto
Que están ya verificadas
Nuestras cuentas, entrareis
Para firmar la cobranza,
Vereis los vales.
D. Roq. Qué, ¿es todo
En papel?
D. Juan. ¡Si no se halla
Dinero! Además que, ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?
D. Roq. (*Ap.* Como tú te vayas,
Todo va bueno.) Decia
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre; siempre de chanza.
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,

Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?
D. Juan. Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.
D. Roq. Sí, no es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomareis casa,
La pondreis á la moderna,
Buenos trastos; y mañana
Os casais; y la mujer,
Que tampoco irá descalza...
Vivireis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata,
De buscar casa?
D. Juan. (*Ap.* ¡Qué tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene....
(*Mirando á la puerta del lado izquierdo.*)
(*Ap.* No he de hablarla.)
D. Roq. ¿Con que, en fin, determinais?...
D. Juan. Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.—DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. Roq. Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
¡Isabel!
Doña Isab. ¡Señor!
D. Roq. ¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

Doña Isab. No, señor.
D. Roq. Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú, ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?
Doña Isab. Sí, señor; decidla vos
Que se quede.
D. Roq. ¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.
Doña Isab. Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.
D. Roq. ¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.—DON ROQUE, DOÑA ISABEL, MUÑOZ.

Muñoz. Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.
D. Roq. ¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido....
Muñoz. Bien, ¿y qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. (*Ap.* La paciencia
De un santo no me bastara.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas

El inglés Anson.... Manson...
¿Qué sé yo cómo se llama?
El inglés...
D. Roq. Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?
Muñoz. Parece
Que al primer viento se marcha.
D. Roq. Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes;
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito;
Y yo...
Muñoz. Pues, pese á mi alma,
¿No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana
De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre qué caiga,
Con esa pata de gallo!
D. Roq. Muñoz, ¿por eso te enfadas?
Lo dije porque si fuera
Posible que me aliviaras
En ciertas cosas...
Muñoz. ¡El diantre
De la invencion! Vaya, vaya.
D. Roq. Vamos, Muñoz, no te enojes.
Toma un polvo.
Muñoz. ¡La zanguanga
Del polvito! Tengo aquí.
D. Roq. Arrójalo, que eso es granzas.
Muñoz. Así me gusta.

D. Roq. Este es
De aquello bueno de marras,
Del padre de la Merced.
(*Le da la caja; Muñoz la abre, y hallándola vacía se la vuelve.*)
¿Te acuerdas?
Muñoz. Aquí no hay nada.
D. Roq. Es verdad; se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré después.
Muñoz. ¡Mala centella te parta!

ESCENA VIII. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. Roq. Este Muñoz es fatal.
Doña Isab. Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.
D. Roq. Es su genio. (*Ap.* No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
El peluquin. Esta bata
(*Harán lo que denota el diálogo.*)
Y el gorro ponlos allí;
Que sepa volviendo á casa
Dónde lo he de hallar. Ayer
Cuasi toda la mañana
Anduve buscando el gorro;
Porque mi señora hermana
Me le guardó tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.
Doña Isab. La caja
Del peluquin no la encuentro.
D. Roq. ¡Válgate Dios! Ahí estaba
Debajo de ese bufete.
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Así está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,

Y una casaca blanquizca;
Tráelo todo...
(*Se va doña Isabel por la izquierda. Don Roque, en justillo, se pasea por el teatro.*)
Esta muchacha...
¡Ay señor! y lo peor
Es que mi don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos. ¡Buena va la danza!
Unicamente Muñoz...
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
¡Isabelilla! ¿despachas?
Doña Isab. Estaba todo revuelto.
(*Sale doña Isabel con los vestidos.*)
D. Roq. Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el paraje
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras...
(*Dirá esto mientras se viste, ayudándole doña Isabel.*)
Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa.
¡Qué puntualidad! qué aseo!
Era una mujer muy guapa.
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió, nunca, nunca
La pobrecita pensaba...
Doña Isab. ¿Vais en cuerpo?
D. Roq. No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
¡Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
¡Qué! jamás.
Doña Isab. ¿Traigo el capote?
D. Roq. ¿Cómo?
Doña Isab. ¿Si quereis que traiga
El capote?
D. Roq. El redingot.
Doña Isab. Pues bien; eso preguntaba.

D. Roq. Sí, señor, muy hacendosa;
(*Dirá esto mientras doña Isabel le acepilla el vestido.*)
Continuamente aplicada
A la labor, eso sí;
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas;
A su marido y no mas.
Ya se ve, buenas cristianas.
Doña. Isab. (*Ap., al irse por la izquierda.*
¡Dios me dé paciencia! Ay triste!)
D. Roq. Si esta mujer no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que...
Doña Isab. ¿Falta
(*Sale con el capote y se le pone á don Roque.*)
Alguna cosa?
D. Roq. No mas.
Haz que limpien esta sala;
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé cómo mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡Estremada
Era en la limpieza! Cuando
Quieras puedes preguntarla
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy mujer ¡oh! aquella.
(*Se entra en el despacho.*)

ESCENA IX. — DOÑA ISABEL, BLASA.

Doña Isab. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Pobre Isabel!
Blasa. ¿No sabeis,
Señora, cómo se marcha
Don Juan?
Doña Isab. Yo no sé. ¿Pues cómo?

Blasa. He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos,
Y á toda prisa los guarda.
Él, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra
Me ha querido responder;
Pero se van.
Doña Isab. Que se vayan;
¿Qué cuidado te da á tí?
Blasa. Ninguno; solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.
Doña Isab. Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿Quién sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X. — DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

D. Roq. No hay remedio, erre que erre.
(*Al salir del despacho.*
(*Ap.* Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo;
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. (*Vase.*)
Doña Isab. En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio; siempre me habla
Con ambigüedad; me observa...
Ya se fué. Soy desgraciada.
(*Mirando á la puerta por donde se fué don Roque.*)
¿En qué le pude ofender?

ESCENA XI. — DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D. Juan. ¿Aun está aquí?
Al salir don Juan del despacho ve á doña Isabel, y hace ademán de volverse á entrar; doña Isabel le detiene.)
Doña Isab. No te vayas,
Solos estamos. ¡Ay Dios!
¿Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?
D. Juan. ¡Tu Isabel!
¡Qué dulce espresion!
Doña Isab. Declara
A quien te quiere tu enojo...
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero escúchame, sabrás...
D. Juan. ¿Qué he de saber? Que eres falsa,
Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.
Doña Isab. ¡Don Juan!
D. Juan. ¡Ingrata!
Doña Isab. Oyeme. ¿Tan poco puedo
Contigo?
D. Juan. No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde; se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.
Doña Isab. ¿No bastan
Estas lágrimas?
D. Juan. Fingidas.
Doña Isab. No lo son.
D. Juan. Déjame, aparta,
Isabel.
Doña Isab. Cruel! ¿Qué quieres
De una mujer humillada?
(Doña Isabel le deja y se va despechada á un estremo del teatro. Don Juan la sigue.)
D. Juan. ¿Qué he de querer, ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste

Por el tutor violentada
Hasta al pié de los altares,
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon;
Que niña, desamparada
Y oprimida, al fin cediste;
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira: todo,
Todo es inútil; no alcanza
A disculparte; no es cierto
Que me quisiste... ¡Inhumana!
¿Tú sabes qué golpe es este
Para mí?

Doña Isab. Señor, yo amaba
De veras. ¡Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurara
Contra mí... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas,
En mi daño conjuradas,
Los celos pudieron solo
Conseguir que me olvidara
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fué
Ingratitud; fué venganza.

D. Juan. Isabel, ¡celos! ¿de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

Doña Isab. No te engaño.

D. Juan. ¿Pues qué fué,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir? Dímelo.

Doña Isab. Estaba
Mi tutor harto instruido

De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte; entonces me dijo
Que era fuerza me casara
Con don Roque; repugné,
Él instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda...
Fingió dos cartas...

D. Juan. ¿Qué dices?

Doña Isab. Sí, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
Él dispuso que llegaran...

D. Juan. ¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

Doña Isab. Hizo que las viera yo;
Logró su astucia villana.
¡Ay! una mujer amante
¡Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

D. Juan. Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

Doña Isab. Señor, ¡ay de mí! Ya es tarde.
(*Deteniendo á don Juan.*)
¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí;
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz mujer
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas;
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

D. Juan. ¡Ay Dios! ay Dios! ¿Dónde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aquí!
¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber; harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.
Doña Isab. No, don Juan; si así te ausentas,
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.
D. Juan. ¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz, no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?
¿No basta, díme, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Celos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay, Dios! Déjame.
Doña Isab. ¿Te vas?
¿Así te vas? ¡Qué villana
Accion! ¡Me dejas!
D. Juan. No sé.
Fuerza será que me vaya...

El único medio es este
De impedir una desgracia
Próxima, terrible... A entrambos
Nos está bien evitarla.

Don Juan se va por la puerta de la derecha, doña Isabel por la izquierda.)

Doña Isab. ¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. — DON ROQUE, MUÑOZ.

D. Roq. Solos parece que estamos.

(*Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo; se acerca después á la puerta de la derecha, y llama á Muñoz.*)

Entra, Muñoz.
Muñoz. ¿Y qué es ello?
D. Roq. Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho...
Muñoz. ¿Qué encargo?
D. Roq. ¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?
Muñoz. ¿Qué dos?
D. Roq. Don Juan é Isabel;
Y que vieras...
Muñoz. Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.
D. Roq. ¿Nó?
¿Con que don Juan se fué presto?
Muñoz. Un buen ratillo tardó.
D. Roq. Ya; pero ¿en ese intermedio
No se hablaron?

Muñoz. ¿Qué sé yo?
D. Roq. ¿Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Si los dos.....
Muñoz. En el portal
Me he estado casi durmiendo.
D. Roq. ¿Con que nada has hecho?
Muñoz. Nada.
D. Roq. ¡Hombre! ¿nada? pues es cierto
Que se puede descuidar.....
¡Válgame Dios!
Muñoz. Yo me entiendo.
D. Roq. ¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?
Muñoz. Yo lo diré;
Yo lo diré claro y presto:
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y mujer;
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su mujer; encarga,
Para apurar sus recelos,
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien; observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos..... La mujer conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido, hecho un veneno,
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur;

Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mujeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada... Viene la señora;
Él se encrespa; bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué sé yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveydile,
Respondon, pelmazo, puerco
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amén, no hay remedio;
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

D. Roq. Hombre, por amor de Dios.....

Muñoz. Si digo que yo no puedo,
No puedo; no hay que moler,
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tús tús.

D. Roq. Mira, Muñoz,
Coge un cordel.....

Muñoz. ¿A qué efecto?

D. Roq. Y ahórcame.

Muñoz. No necesita
Ni cordeles ni venenos

Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.
D. Roq. ¡Dale bola con la edad!
Muñoz. ¡Dale con pedir consejo!
D. Roq. Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste.....
Muñoz. De lo dicho me arrepiento.
D. Roq. Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!
Muñoz. Pues yo ¿qué he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me embrolla los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?
D. Roq. Hombre, ven acá. ¿Quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije;
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando..... ¿Ladró el perro?
Muñoz. No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.
D. Roq. Pensé que el medio
Mas prudente era observar.....
Muñoz. Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses decíais:
« Muñoz, ya este es otro tiempo;
Ya enviudé; ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos! »
Diez meses ha, no hará mas;
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,

Lleno de desasosiegos;
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: « Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio..... » ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

D. Roq. Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.

Muñoz. ¿Con que no tal? ¿Eh? Me alegro.
¿Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella.....

D. Roq. ¡Ay hombre! déjate de eso.
¡Separarnos! No, señor.
Vaya; por ningun pretesto.
El mal era para mí
Entonces..... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes: esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar.
Él, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte.....

Muñoz. ¡Para mi genio!

D. Roq. De suerte que yo no sé
Cómo salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno

Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas; fuí allá;
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa; es fuerza volver.
Muñoz. ¿Y qué quiere decir eso?
D. Roq. Que es menester que me ayudes,
Muñoz; por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.
Muñoz. ¿Qué es la especie?
D. Roq. Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.
Muñoz. Y bien, decid la bicoca.
D. Roq. ¿Cómo?
Muñoz. Que lo digais presto.
D. Roq. No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy;
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz; las dos..... En suma,

De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber..... ¿Te ries?
Muñoz. ¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.
D. Roq. Pero, ¿y á qué viene? Dale
Con la risa.
Muñoz. Viene á cuento,
Sí, señor.
D. Roq. ¿Por qué?
Muñoz. ¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se ve, no es esencial.
D. Roq. ¿Y qué cosa?
Muñoz. El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.
D. Roq. Es verdad;
Se me fué del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy fácil.
Muñoz. Ya lo veo.
(*Se va y vuelve después.*)
D. Roq. Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz..... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.
Muñoz. ¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?
D. Roq. Que es preciso...
Muñoz. Ya lo entiendo;
Es preciso, bien está.
D. Roq. Mira.
Muñoz, Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.

¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero. ...
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un...

D. Roq. Muñoz.
Mira, Muñoz; ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡Qué ley! ¡qué ley! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre era apariencia
Nada mas...: ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo dijeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto!...
¡Qué ingratitud! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

Muñoz. ¿Y yo sé eso?

D. Roq. Pues qué, ¿no sabes las mandas
Que dejo allí?

Muñoz. No por cierto.

D. Roq. ¡Toma! un año de salário
Contado desde el momento,
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien...

Muñoz. Yo no debo
Nada á nadie.

D. Roq. Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

Muñoz. Ya estoy.

D. Roq. Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios; tambien te dejo
La caja de plata. En suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?
En fin, se acabó, yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo?... Vete.
Muñoz. Yo no he dicho que no quiero.
D. Roq. ¿Pues qué has dicho?
Muñoz. ¿Qué sé yo?
D. Roq. No, no gusto de rodeos;
(*Suena la campanilla al lado derecho, Muñoz quiere irse, y don Roque le va deteniendo.*)
Dí lo que quieres hacer.
Muñoz. Han llamado. Qué... veremos.
D. Roq. No hay veremos. Habla claro.
Muñoz. Si voy á abrir.
D. Roq. No; primero
Has de resolverte.
Muñoz. Digo
Que sí lo haré.
D. Roq. ¿Cierto?
Muñoz. Cierto.

ESCENA II. — DON ROQUE, DON JUAN.

D. Roq. ¡Ay, qué Muñoz! ¡Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará.
(*Sale don Juan.*)
Y bien, don Juan, ¿qué hay de bueno?
D. Juan. Nada ocurre.
D. Roq. Cansadillo
Vendreis de correr el pueblo
Buscando casa. Es un diantre,

Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agujeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones... y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

D. Juan. Ya lo veo.

D. Roq. ¿Qué decíais?

D. Juan. Solo digo
Que teneis razon en eso.

D. Roq. ¡Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aquí...
Vaya es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis; para poneros
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa; y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada...
(*Ap. al entrarse en el despacho.*)
Nada, como
Si se lo dijera a un muerto.

ESCENA III. — DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

D. Juan. ¡Qué indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.

Doña Beat. Ginés ha guardado ya
Todos los trastos, y creo,
Segun las señas, que os vais.
Si en algo á servirte acierto,
Manda con satisfaccion;
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y solo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida; sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento.
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;
Mas si te quieres quedar
En Cádiz (que no lo apruebo...)
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos
(*Don Juan se sienta en una silla.*)
A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No des
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla; ya es casada;
Ya no es tuya.

D. Juan. Si un perverso
No usara de astucias viles,
No la viera yo en ajeno
Poder, ella fuera mia.
Si para amarse nacieron

Nuestras almas, y debian
Unirse con nudo estrecho,
¡Ay! ¿quién pudo desatarle?
¿Quién le rompe? ¡Qué tormento!

Doña Beat. Está muy reciente el mal,
No estraño que digas eso;
Pero al fin...

D. Juan. ¿Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion? ¡Valerse
De la autoridad que dieron
Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor!
¡Qué atrocidad, qué violento
Sacrificio! Ella turbada
Entre el pudor y el respeto,
Tímida, engañada y sola...
Ya se ve, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno;
Ella celosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias. ¡Desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.

(*Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.*)

Doña Beat. ¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
¡Juanito! ¡qué descompuesto,
Qué perdido estás!

D. Juan. ¡Ginés!

Doña Beat. Un hombre de entendimiento
Debe conocer...

D. Juan. ¡Ginés!

Doña Beat. ¿No me escuchas?

ESCENA IV. — DON JUAN, DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

D. Juan. Vuelve presto.
Mira...
Ginés. Señor.
D. Juan. Ve á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitán su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.
Ginés. No acabo
De entender...
D. Juan. Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar; pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo;
Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entre tanto al puerto,
Y aquí me hallarás.
(*Ginés se va. Don Juan, después de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.*)

ESCENA V. — DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

D. Roq. ¡Beatriz!
Doña Beat. ¿Qué ocurre?
D. Roq. Saber deseo
Cuándo me dejas en paz,
Cuándo mudas de aposento;
Mas claro: cuándo te vas
A tu casa.
Doña Beat. Estoy en ello!
Lo pensaré.

D. Roq. No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que están las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No, señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi mujer no necesita
A su lado consejeros:
Con que así, fuera.
Doña Beat. Está bien;
No te has de enfadar por eso.
D. Roq. Pero vete.
Doña Beat. Ya me iré,
Déjalo estar.
D. Roq. Es que quiero
Que te vayas al instante.
Doña Beat. Pues, al instante. ¡Qué empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan; quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;

Y si te da la morriña
(Que dura meses enteros),
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia;
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus estrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás cómo, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto;
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
Adios.

ESCENA VI. — DON ROQUE, MUÑOZ.

D. Roq. ¡Beatriz! A otra puerta.
Pero no perdamos tiempo;
Esta es la ocasion. ¡Muñoz!
(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)

Lo primero es lo primero.
¡Muñoz!
Muñoz. Vaya.
D. Roq. Mira, ahora
Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre. ¡Qué pesado
Eres!
Muñoz. No soy mas lijero.
D. Roq. (*Se encamina hácia el canapé. Muñoz se está quieto.*)
Despacha. Por este lado
Puedes entrar.
Muñoz. ¡El proyecto!
D. Roq. Hombre...
Muñoz. Dale; si es inútil
Todo. ¿Qué pensais que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada; si lo estoy ya viendo.
¿A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho,
Que los tres quedamos solos;
Las inquietudes, los celos
No se acabarán jamás.
D. Roq. ¿Por qué?
Muñoz. ¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo;
No, señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas; digo:
¿Como la ha de gustar esto?

Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento...
D. Roq. Vamos, hombre.
Muñoz. Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí, señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos,
Billeticos, tercerías.
D. Roq. En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon; su genio es ese.
Muñoz. ¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mujeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros;
Las muchachas, trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachiraches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud, y ella entre tanto
Piensa en su lindo don Diego.

Pues no digo nada, el cuyo,
Que anda que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga : « Ce, caballero. »
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
Mas ¿por qué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Por qué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo :
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero después se acabó.

¡Ojala no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla,
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.
D. Roq. Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.
Muñoz. ¡Así pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo!
D. Roq. Pues ¿qué mas has de decir?
Mal haya amén...
Muñoz. El camueso
Que...
D. Roq. Calla.
Muñoz. Callo y me escurro.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
D. Roq. Vuelve, mira.
Muñoz. Miro y vuelvo.
D. Roq. Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, *¿quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres?...
Muñoz. Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.
D. Roq. Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.
Muñoz. ¿En dónde?

D. Roq. Aquí. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.
Muñoz. Por el alma de mi abuelo,
Que disparate mayor...
D. Roq. Muñoz, lo dicho: acabemos,
O te escondes, ó te vas.
Muñoz. Si...
D. Roq. Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.
Muñoz. Ya me meto.
D. Roq. Por aquí.
Muñoz. Vamos allá.
(*Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.*)
D. Roq. Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.
Muñoz. Ya lo entiendo.
D. Roq. Qué, ¿no cabes?
Muñoz. No lo sé.
D. Roq. ¿Cómo?
Muñoz. Que allá lo veremos.
D. Roq. Parece que viene gente.
Muñoz. Esta es otra.
D. Roq. Vaya, lerdo.
Muñoz. Aquí te quiero, escopeta.
(*No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.*)
D. Roq. Que vienen ya.
Muñoz. Si no puedo
Ir adelante ni atrás,
Mas que venga un regimiento.
D. Roq. Pues haz por salir, á ver.
Muñoz. No hay que tirar tan de recio.
D. Roq. Es porque salgas aprisa.
Muñoz. Ya salí.
D. Roq. ¡Terrible aprieto!
Muñoz. Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL

D. Roq. ¿Si habrá visto.... Pero no.
Doña Isab. ¿Me llamábais?
D. Roq. No por cierto,
(*Ap.* Esta es escusa.) Parece
Que los huéspedes se fueron.
Doña Isab. Pienso que sí.
D. Roq. ¿Qué me dices
De ese don Juan? Ves qué atento,
Qué entendido, qué buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y hora le ve... Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.
(*Ap.* ¡Cómo calla la bribona!)
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De don Alvaro, en su casa.
Doña Isab. Es verdad.
D. Roq. Sí, bien me acuerdo.
¡Qué traviesos érais todos!
¡Qué chillidos y qué estruendo
Andaba en la sala oscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino don Pedro,
Don Andrés y don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
¿Lloras?
Doña Isab. No, señor.
D. Roq. Yo veo
Que lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aquí. Dí, ¿por qué lloras?
Doña Isab. No lo estrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decís,
De aquel venturoso tiempo...

D. Roq. De aquel tiempo cuando os íbais
A retozar...
Doña Isab. No por cierto.
D. Roq. Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...
Doña Isab. No es eso.
D. Roq. De don Blas, y en la cocina
No dejábais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...
Doña Isab., aparte. ¡Ay, triste!

ESCENA VIII. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL, GINÉS.

D. Roq. ¡Hola! (*Ap.* Recado tenemos,
Y billetico tambien:
Yo he de verle.) ¿Adónde bueno,
(*Ginés sacará una esquela en la mano; durante la escena se la da á don Roque, quien la lee y se la vuelve á Ginés.*)
Señor Ginés?
Ginés. A buscar
A mi amo.
D. Roq. (*Ap.* Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?
Ginés. Sí, señor.
D. Roq. ¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.
Ginés. Bueno es eso.
Si no es para vos.
D. Roq. No importa.
Ginés. Advertid.
D. Roq. Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.
Ginés. Ahí le teneis, si es empeño.
Doña Isab. Ap. ¡Qué dirá el papel.
Ginés. Ap. El hombre
Gasta mucho cumplimiento.
Da. Isab. Ap. Llena de temor estoy.

D. Roq. Pues toma; llévale presto,
Que importa.
Ginés. Si no está en casa,
Aquí á la puerta le espero.
D. Roq. Harás bien.
Ginés. Agur, señores.
D. Roq. Adios, amigo.

ESCENA IX. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. Roq. En efecto,
Se va don Juan.
Doña Isab. ¿Cómo? ¿Adónde?
D. Roq. (*Ap.* ¿Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿Qué dices?
Doña Isab. Yo nada.
D. Roq. El viento
Es propio para salir;
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí
Si se da por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va, que no es lerdo.
¿Qué dices?
Doña Isab. Nada, señor.
D. Roq. Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en estremo
Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?
Doña Isab. No hay duda, señor, es cierto.
D. Roq. ¿Estás triste?
Doña Isab. No, señor.
D. Roq. ¿Qué, no te gusta que hablemos

De nuestro huésped?
Doña Isab. A mí
¿Qué se me puede dar de eso?
D. Roq. Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.
(*Sacando el reloj.*)
Doña Isab. ¿Salís otra vez?
D. Roq. Sí, tengo
(*Se pone el capote y el sombrero.*)
Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
O si alguien llama. Adios, chica.
(*Ap., al tiempo de irse por la derecha.*)
Tú caerás en el anzuelo.

ESCENA X. — DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

Doña Beat. ¿Vienes adentro, Isabel,
O te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?
Doña Isab. ¡Ay, Beatriz!
Da. Beat. Dejemos eso,
Isabelita.
Doña Isab. ¡Ay de mí!
Doña Beat. Vamos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en tí?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el estremo
De que lo sepa mi hermano?
Doña Isab. Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.
Doña Beat. ¿Pues qué ha dicho?
Doña Isab. Nada; pero yo, que advierto

En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y celoso de don Juan.
Doña Beat. No lo estraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.
Doña Isab. Ya la ha resuelto
El mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.
Doña Beat. Eso es lo que debe hacer;
Y á tí te importa en estremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuánto
Le obliga el honor, ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento:
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.
Doña Isab. ¡Qué bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.
Doña Beat. ¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala,
A tu retiro daremos
Disculpa, ven.
Doña Isab. Ya te sigo.

ESCENA XI. — DOÑA ISABEL, DON JUAN.

Doña Isab. Gente viene; mas ¿qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.
D. Juan. ¡Isabel!
Doña Isab. Si venís
O enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.
D. Juan. Venia...
A solo decirte vengo...
Doña Isab. Sí, que te vas. Ya lo sé;
Vete, yo te lo aconsejo.
D. Juan. ¡Ah! Que no sabes la pena...
Doña Isab. Sí, ya sé lo que te debo;
Vete, y déjame morir.
D. Juan. ¡Ay Isabel! ¡Para esto
Volví á Cádiz! Para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo!
¡Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?...
Doña Isab. Yo desfallezco.
D. Juan. Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros.
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos...
Doña Isab. Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.
D. Juan. Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.

Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Eramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño;
Ya solo la muerte aguardo.
Doña Isab. ¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí moriré de angustia,
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.
D. Juan. Adios; ya no nos veremos
Otra vez. De tí apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
Mas ¡qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Amale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.
Doña Isab. ¡Señor!
D. Juan. ¿Qué dices?
Doña Isab. Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! si vieras cómo tengo
El corazon!
D. Juan. ¡Ah! si vieras...
Pero, adios, y este postrero
Abrazo confirme...
(*Quiere abrazarla, y doña Isabel se retira.*)
Doña Isab. Aparta.
D. Juan. ¿Huyes?

Doña Isab. Sí, de tí me alejo;
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.
D. Juan. ¡Cruel!
Doña Isab. ¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? si el cielo
Lo ordena así: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo.
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me des mayor tormento:
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos;
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de tí
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan:
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero,
Si á costa de tanta pena
Pura mi opinion conservo.
D. Juan. ¡Ay, querida de mis ojos!
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?
Doña Isab. ¡O virtud! ¡oh dolorosa
Virtud!

(*Se va por la izquierda, don Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.*)

ESCENA XII. — MUÑOZ.

Es preciso hacerlo :
Llegó el caso. No hay que darle
(*Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.*)
Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay, qué boda! ¡Ay, qué don Juan!
Muñoz, ánimo, y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII. — BLASA, GINÉS.

Blasa. Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!
(*Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.*)
Ginés. Juzgué que estaba durmiendo.
Blasa. No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá dentro.
Vaya que es muy fastidioso
El tal Muñoz.
Ginés. Yo no entiendo
Cómo don Roque le aguanta.
Blasa. ¿Cómo? Bien fácil es eso.
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio;
Porque es ruin como su amo;
Porque le ha cogido miedo;
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo;
Y si Muñoz no lo dice
No puede haber nada bueno;
Porque le sirve de espía;
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo

Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.
Ginés. ¡Haya pícaro de viejo!
Blasa. Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos...
Ginés. Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.
Blasa. ¿Sí? ¿cómo?
Ginés. Como nos vamos
Allá... ¿qué sé yo? muy lejos.
Blasa. ¿Y cuándo?
Ginés. Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.
Blasa. Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV. — BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

Doña Isab. ¡Blasa!
Blasa. Señora.
Doña Isab. Prepara
Mi bastidor.
Blasa. Voy corriendo. (*Vase.*)
Da. Isab. ¿En dónde estará tu amo?
Ginés. En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.
Doña Isab. Ve por ella. ¡Ay desdichada!
(*Vase Ginés por la izquierda.*)

No hay que hacer, se va en efecto.
¿Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?
(*Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.*)
Esto importa. Ginés, díle
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.
Ginés. Voy, señora; pero temo...
Doña Isab. ¿Qué?
Ginés. Que es ya mala ocasion;
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.
Doña Isab. ¡Mísera! Corre... ¡Ay de mí!

ESCENA XV. — MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.
(*Saca la cabeza, y sale después sacudiéndose.*)
¡Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Y cómo me he puesto
De basura!... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor.
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. — DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

Doña Beat. En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir;
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De tí : nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
Él te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.
Doña Isab. Sí, Beatriz, así lo haré;
Tú mi timidez ahuyentas;
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!
Doña Beat. Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas.
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.
Doña Isab. Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(*Aparte en ademán de irse.*

Alguien viene; él es sin duda.)
¿Adónde iré?
Doña Beat. ¿Qué te inquieta?
¿Por qué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D. Roq. (*Ap.* ¿Qué entruchadas serán estas
De volver y de tornar?)
¿Dónde está la bata vieja?
¿Cuánto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?
Doña Beat. Si dijiste
Ayer que te los pusieran;
No ha habido tiempo de hacerlo.
D. Roq. Idos de aquí.
Doña Beat. (*Ap.* Ya nos echa.)
¿Te quedas sin desnudar?
Don Roq. ¿Qué don Juan?
Doña Beat. ¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?
D. Roq. Cuando la quiera
Yo sabré llamar.
Doña Beat. ¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?
D. Roq. No, señora.
Doña Beat. Pues, hombre, ¿qué te molesta?
D. Roq. Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?
(*Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha, llama á Muñoz.*)
Doña Beat. Ven, Isabel.

ESCENA III. — DON ROQUE, MUÑOZ.

D. Roq. Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas?...
Muñoz. ¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.
D. Roq. ¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?
Muñoz. Que venga.
D. Roq. Que los dos hemos salido?
Muñoz. Eso mismo.
D. Roq. ¿Que le espera
Sin falta, sin falta?
Muñoz. Cierto.
D. Roq. ¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?
Muñoz. No que no.
D. Roq. ¿Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?
Muñoz. Eran alabanzas vuestras.
D. Roq. Con que, en efecto, ¿estantigua
Me llamaron?
Muñoz. Y postema.
D. Roq. ¿Y cenacho?
Muñoz. Y viejarron.
D. Roq. ¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?
Muñoz. Y otras treinta.
D. Roq. ¿Y luego le dió el recado?
Muñoz. La del recado no es esa.
D. Roq. Pues Isabel...
Muñoz. Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fué la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,

Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que...

D. Roq. Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

Muñoz. Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

D. Roq. De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion... ¡Infame!...
Si estoy por ir y cogerla
(*Paseándose inquieto por la escena.*)
De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa...
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz,
Si al fin se marcha, y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

Muñoz. Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

D. Roq. Pues en tal caso ¿qué harias?

Muñoz. Yo sé muy bien lo que hiciera.

D. Roq. Hombre, por San Juan bendito,
Te suplico...

Muñoz. Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

D. Roq. Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.

Muñoz. Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante
(*Don Roque se distrae sin atender á lo que Muñoz le dice.*)
Porque no huele y acecha;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y... Qué, ¿no me oís?
D. Roq. Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.
Muñoz. ¿Qué he de hacer?
D. Roq. ¿Ya no te acuerdas?
Muñoz. ¿De qué, señor?
D. Roq. Es verdad.
Si estoy loco.
Muñoz. ¿Quién lo niega?
D. Roq. Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar;
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Dónde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?
Muñoz. ¿Cuál, señor?
D. Roq. Aquella vieja.
Muñoz. Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.
D. Roq. Esa misma.
Muñoz. Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.
D. Roq. No importa nada:
Tráeme la llave.

Muñoz. ¿Y qué nueva
Invencion?
D. Roq. Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV. — DON ROQUE.

¡Ay, señor! esto va malo,
(*Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.*)
Malo, malo. ¡Picaruela!...
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien : no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido... Si fuera
Decir... pero sí, enmendarse :
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas...
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco : no por cierto.
¡Pobre don Roque! qué buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Que lograra... Dios lo quiera.

ESCENA V. — DON ROQUE, MUÑOZ.

D. Roq. ¿Pareció?
Muñoz. Pareció.
D. Roq. ¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?
Muñoz. Nadie ha visto nada.
D. Roq. ¿No?
Pues anda, y díla que venga.

Muñoz. ¿A quién?
D. Roq. A Blasa.
Muñoz. ¿A la niña
Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
Pues ¿qué pretendeis con ella?
D. Roq. Entablar este proyecto,
(*Poniéndose el capote.*)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.
Muñoz. Ahí parece
Que viene.
D. Roq. Pues salte afuera.
Muñoz. Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; y ¿qué hará?
Lo que hizo Cascaciruela.

ESCENA VI. — DON ROQUE, BLASA.

D. Roq. Oyes, Blasita.
Blasa. ¡Señor!
D. Roq. (*Ap.* Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media
No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.
Blasa. ¿Fuera, señor?
D. Roq. Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.
Blasa. Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

D. Roq. Es preciso
Hacer yo mis diligencias.
Blasa. Y nosotras encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamás
Damos por ahí una vuelta.
D. Roq. Las mujeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se están en casa, y no son
Busconas ni callejeras.
En casa, en casa. (*Ap.* Me voy,
Que ya el enojo me siega.)
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)
Blasa. Digo, señor, ¿y el sombrero?
¡Señor! Sí... ¡Qué paso lleva!
¡Señor! ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chaveta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(*Vuelve don Roque, Blasa le da el sombrero y él se va.*)
Tomad el sombrero.
D. Roq. Venga.

ESCENA VII. — BLASA, MUÑOZ.

Blasa. ¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya mujer que quiera,
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda, Pablo! Mejor es
Morir de puro doncella,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes

Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo...
Muñoz. Sí, me estorbas.
Blasa. ¿Con que os estorbo? ¿De veras?
Muñoz. No tengo gana de hablar.
Blasa. ¿Con que me iré?
Muñoz. Cuando quieras.
Blasa. ¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir;
Siempre con mal gesto.
Muñoz. Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.
Blasa. Hago bien, que tengo lengua.
Muñoz. Hace mal.
Blasa. No, sino bien.
Muñoz. Vaya, no tengamos fiesta.
Blasa. Quiero hablar.
Muñoz, amenazándola. Calla.
Blasa. Sí, quiero
Hablar. ¡Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.
Muñoz. Mira...
Blasa. Cara de laceria.
Muñoz. Si...
Blasa. Rodrigon, pitarroso,
Judas : rabia, rabia.
Muñoz. Espera.

ESCENA VIII. — MUÑOZ, DON ROQUE.

Muñoz. ¡Picarona! Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza!
¡Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya, yo no entiendo
Cómo he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

D. Roque. Muñoz, ya estamos de vuelta.

(*Sale don Roque por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.*)

Buena prevencion ha sido
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado;
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó,
Sin duda á llevar las nuevas
A don Juan ó don Demonio.

Muñoz. Pero bien, ¿qué se granjea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

D. Roq. Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña,
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces...

Muñoz. ¿Y entonces, qué?

D. Roq. La cosa está ya dispuesta...
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vete, por Dios, á tu cuarto.

Muñoz. Ap. Mucha diversion me espera.

D. Roq. En tanto que yo la traigo
Hácia acá... Pero ¿no es ella?
Muñoz. La misma.

ESCENA IX. — DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)
D. Roq. ¿De qué te asustas?
Doña Isab. Presumí que estabais fuera,
Porque Blasa...
D. Roq. Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?
Doña Isab. Nada.
D. Roq. ¿Qué?
Doña Isab. Nada, señor.
D. Roq. No se pierda
El tiempo.
(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)
Doña Isab. Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! la llave...
D. Roq. Deja
La llave; nada te importa
La llave·
Doña Isab. Pero ¿á qué es esta
Prevencion?
D. Roq. Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas;
Él va á venir.
Doña Isab. ¡Señor!
D. Roq. Calla;
No me grites, que lo echas
A perder. Él va á venir:
Yo me escondo en esa pieza;
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa; que á qué vienen
Todas esas morisquetas

De hacer que se va, y quedarse;
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa...
Pero á la puerta han llamado.

(*Suena la campanilla hácia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.*)

Siéntate; la silla vuelta
Hácia este lado.

Doña Isab. Advertid...

D. Roq. Escusadas advertencias.

Doña Isab. Mirad, señor, lo que haceis.

D. Roq. Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

Doña Isab. ¡Ay infeliz! ¡Qué funesta
Situacion! Pero, es posible...

D. Roq. Presto; vamos, que ya llega.

Doña Isab. Escuchadme.

D. Roq. Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.

(*Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero, y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.*)

ESCENA X. — DOÑA ISABEL, DON JUAN.

Doña Isab. ¡Ay! desgraciada de mí!
¡Ay, qué angustia! ¡Quién pudiera
Avisarle! No hay remedio.

D. Juan. ¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca?
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera

Alivio nuestro dolor?
Pero ¿qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas; en ellas
Harto me dices; no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuánto
Esta partida te cuesta;
Pero...

Doña Isab. Don Juan, ¿qué decís?
¿Qué decís? Idos, no sea
Que mi esposo...

D. Juan. No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

Doña Isab. En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfía...

D. Juan. ¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Qué lenguaje, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...

Doña Isab. ¿Yo os llamé?

D. Juan. Qué, ¿me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues...

Doña Isab. Callad.

D. Juan. Tú harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en tí tanta fiereza?

Doña Isab. Ignoro lo que decís.

D. Juan. ¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

Doña Isab. Ya he dicho que os vais. Hacedlo;
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

D. Juan. ¡Ah, fementida
Mujer! ¡Que así mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? ¿Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
Pérfida!

Doña Isab. Mirad, señor,
Lo que decís; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta...
Mi esposo...

D. Juan. Sí, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema;
Que el amor que me juraste
Fué mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? Adios.
Voy á morir; nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta;
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños...
¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan... Yo las creí
Alivio de mis tristezas...

(*Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo en vano contenerle.*)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!

Míralas; tuya es la letra...
No quede memoria alguna...
Doña Isab. ¿Qué haceis? ¡Ay de mí!
D. Juan. No, deja,
Déjame.
Doña Isab. ¡Cielos! Señor!...
D. Juan. No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.
Doña Isab. ¡Infeliz!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Idos, señor.
D. Juan. Sí, cruel.
Doña Isab. ¡Pobre de mí! Yo voy muerta.
(*Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.*)

ESCENA XI. — DON ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor,
(*Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.*)
Hasta que embarcar le vea...
Vamos allá, no se escurra,
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII. — DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

Doña Beat. Espera.
D. Roq. Voy de prisa.
Doña Beat. ¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta...
La pregunto, y no responde;
Solo suspirando alienta...
¿Qué ha habido aquí?

D. Roq. Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.
(*Vase al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personajes.*)

Doña Isab. ¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

Doña Beat. ¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

Doña Isab. Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué haremos? Llama. No; deja,
Es mejor que... Yo no sé.
No estoy en mí.

Doña Beat. Escucha, espera.
¿Adóndes vas?

Doña Isab. A evitar
Que le mate.

Doña Beat. ¿A quién? Sosiega
El temor.

Doña Isab. ¿Pues no ha salido
Detrás de él? No me detengas;
Déjame que vaya...

Doña Beat. ¿A qué?

Doña Isab. A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay mujer á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino...

Doña Beat. ¿Qué dices?

Doña Isab. Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. Él se aleja
Culpando mi ingratitud.
¡Ay, Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dije, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera...
¡Mísera! ¿qué pude hacer?

Doña Beat. ¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura,
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.
Doña Isab. Es verdad.
Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
¿Qué le diré? ¿Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Cómo hay en mí resistencia?
Doña Beat. No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro; que no es bien
Esponerse á que te vea
Mi hermano al volver.
Doña Isab. Bien dices;
Vamos.....¡El tiro de leva!
(*Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.*)
¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mio!
Doña Beat. ¿Qué te da, hermana? No alienta.
Isabel!....¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique.... ¡Blasa!
Estas resultas esperan
Tales casamientos. ¡Blasa!
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. ¡Isabel!
Doña Isab. ¡Ay de mí!
Doña Beat. ¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.

Doña Isab. No, espera,
No te vayas.
Doña Beat. No me iré.
Apóyate en mí.
Doña Isab. ¡Qué pena!
Doña Beat. Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.
Doña Isab. ¡Qué funesta
Venida!
Doña Beat. Isabel, por Dios....
¿Otra vez de eso te acuerdas?
Doña Isab. Ya se fué, ya se acabó
El afán.
Doña Beat. ¡Que así te quieras
Atormentar!
Doña Isab. Ya se fué.
¡Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamás. ¿Quién me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.
Doña Beat. Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.
Doña Isab. ¡Ay! ¿tú me dejas?
Doña Beat. No; descansa.
Doña Isab. En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece....
¡Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza;
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fué de tus finezas
Isabel; ¡ay! que la vida
La ha de costar esta ausencia.
Doña Beat. Hermana, ven. Me parece
(*Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.*)

Que ha entrado. No te detengas.
Doña Isab. ¡Desgraciada! ¿Adónde, adónde
Iremos que no me vea?
¿Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!
Doña Beat. Vamos, Isabel.
Doña Isab. Si fuera
Posible.... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este;
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita; ya no voy contigo;
Aquí le aguardo.
Doña Beat. ¿Qué intentas?

ESCENA XIII. — DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE, MUÑOZ.

Muñoz. Pero yo ¿qué le he de hacer?
D. Roq. Es que quiero que las veas,
A ver por dónde la toman.
Muñoz. Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa....
D. Roq. ¡Buena pieza!
Ya se fué don Juan; cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas.
Y las tuyas. Sí por cierto,
Me ha enseñado la esperiencia.

Doña Beat. ¿Qué quieres decir con eso?
D. Roq. ¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.
Doña Isab. Sí, señor.
Bien decís. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed...
D. Roq. ¡Bueno fuera
Que lo negaras!
Muñoz. Pues digo,
Que se morderá la lengua.
Doña Isab. Sabed que yo, desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan... Sí, señor,
Le quise, fué verdadera
Nuestra pasion.
Doña Beat. ¡Isabel!
¿Qué es lo que dices?
Doña Isab. No fuera
Justo engañaros; le amé.
Así lo quiso mi estrella.
Él igualmente... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.
D. Roq. Digo, ¿y cómo
Entonces, que conviniera

Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

Doña Isab. ¡Ah, señor! Con tantos años
¿Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... No importa,
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡Ay triste!
No soy yo sola; no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

D. Roq. Muy bien. Y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

Doña Beat. ¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

D. Roq. Cierto; es una friolera;
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada, ¡eh! ¡Parlera
De Satanás!

Doña Isab. Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero
El cielo ve mi inocencia.
Él sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuántos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. ¡Ah! Ya se fué;
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡qué golpe
Tan terrible! ¡Qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan ajena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera;
Sí, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento,

Si es vida lo que me resta.
Allí...

Doña Beat. ¿Qué has dicho, Isabel?

D. Roq. Mujer, ¿qué clausura es esa?
Qué? No, señor, en mi casa
La tendrás ¡Pues era buena
La invencion!

Doña Beat. ¡Hermana!

Doña Isab. No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá; por mas que quiera
Tranquilizarle, jamás
Faltarán celos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí; su edad, su genio ..
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico, si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

D. Roq. Vamos,
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y...

Doña Isab. No, no, señor, es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

D. Roq. Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

Doña Beat. Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamás; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.
D. Roq. ¿Con que yo me he de quedar
Sin mujer por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?
¡Isabel!
Doña Isab. Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad;
El sigilo y la presteza
Convienen.
D. Roq. Teneis razon;
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.
Doña Isab. No, vivid, señor; y sea
Con mucha felicidad,
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.
Doña Beat. No difieras
Un instante lo que pide.
D. Roq. ¡Muñoz!
Muñoz. Otra moledera.
D. Roq. Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.
Muñoz. Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie

Habrá que no la comprenda;
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se va?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamás
Esa cara, está contenta;
Con que, abreviarlo y agur.
D. Roq. ¿Con que ello ha de ser por fuerza?
¡Isabel!
(*Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.*)
Doña Isab. No, no os escucho.
D. Roq. Pero ¿es posible que quieras?...
Doña Isab. No me sigais; apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una mujer
Desesperada y resuelta. (*Vase.*)
Doña Beat. Ya lo has visto : no la apures.
D. Roq. Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz,
Dejadme... y Dios la haga buena.
Doña Beat. Pero....
D. Roq. Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA ULTIMA. — DON ROQUE, MUÑOZ.

Don Roq. ¡Válgame Dios, qué muchacha!
(*Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.*)
¡Válgame Dios!
Muñoz. No creyera...
D. Roq. Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon; pero deja
Que reniegue de mí mismo;
Pues yo, por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.
Muñoz. Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

FIN DE EL VIEJO Y LA NIÑA.

LA COMEDIA NUEVA,

ó

EL CAFÉ,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL 7 DE FEBRERO DE 1792.

« Non ego ventosæ plebis suffragia venor. »
Horacio, *Epist.*, 19 lib. 1.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO.	DON PEDRO.
DOÑA AGUSTINA.	DON ANTONIO.
DOÑA MARIQUITA.	DON SERAPIO.
DON HERMOGENES.	PIPI.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.
La accion empieza á las cuatro de la tarde y acaba á las seis.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café. En el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

ESCENA PRIMERA. — DON ANTONIO, PIPI.

(*Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.*)

D. Ant. Parece que se hunde el techo. Pipí.

Pipí. Señor.

D. Ant. ¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

Pipí. No, señor, poetas.

D. Ant. ¿Cómo poetas?

Pipí. Sí, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

D. Ant. ¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

Pipí. Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. Ant. ¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

Pipí. Pues qué, ¿no lo sabia usted?

D. Ant. No por cierto.

Pipí. Pues ahí está el anuncio en el *Diario.*

D. Ant. En efecto, aquí está (*Leyendo en el Diario que está sobre la mesa.*): COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

Pipí. Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa. .

D. Ant. ¿Cómo?

Pipí. Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. Ant. ¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

Pipí. No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. Ant. ¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

Pipí. ¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componia de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. Ant. ¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

Pipí. Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á

ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

D. Ant. Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

Pipí. ¡Oh! ese es don Serapio.

D. Ant. Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

Pipí. Él es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

D. Ant. ¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

Pipí. Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

Don Ant. ¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

Pipí. ¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

Don Ant. ¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

Pipí. ¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

Don Ant. Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

Pipí. Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

Don Ant. ¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

Pipí. Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

D. Ant. Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

Pipí. Pues, ya decia yo; esto no es cosa de mi tierra.

D. Ant. Sí tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta), las que se han compuesto.

Pipí. Pues ya se ve; mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

D. Ant. Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

Pipí. Y las demás que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

D. Ant. Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

Pipí. Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él...

D. Ant. Cierto. (*Ap.* ¡Qué simplicidad!)

Pipí. Entonces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias. Como es tan hábil...

D. Ant. ¿Con que es muy hábil, eh?

Pipí. ¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

D. Ant. Pues ya.

Pipí. Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. Ant. ¿Con que es la primera?

Pipí. La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenian ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. Ant. Y ha hecho muy bien.

Pipí. ¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II. — DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Ped. Café.

(*Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.*)

Pipí. Al instante.

D. Ant. No me ha visto.

Pipí. ¿Con leche?

D. Ped. No... Basta.

Pipí. ¿Quién es este?

(*Al retirarse después de haber servido el café á don Pedro.*)

D. Ant. Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

Pipí. Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III. — DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Ser. ¡Pero, hombre, dejarnos así!

(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

D. Eleut. Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. Ser. ¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

D. Eleut. Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc.: y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. Ser. ¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

D. Eleut. Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro; saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.*)

D. Ser. Voy allá; pero...

D. Eleut. Sí, sí, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. Ser. Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

Pipí. ¡Señor!

D. Ser. Palabra.

(*Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

D. Ant. ¿Cómo va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

D. Ped. ¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

D. Ant. ¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

D. Ped. En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. Ant. Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. Ped. No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. Ant. Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

D. Ped. Callo.

D. Ant. ¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. Ped. Me voy.

D. Ant. No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

D. Ped. Entonces digo la verdad.

D. Ant. Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. Ped. ¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con

la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

D. Ant. Pues ¿qué debe hacer?

D. Ped. Tomar café.

D. Ant. ¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

D. Ped. A la comedia.

D. Ant. ¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

D. Ped. Qué ¿han mudado? Ya no voy.

D. Ant. Pero, ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

D. Ped. ¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. Eleut. ¡Hola! Parece que hablan de mi funcion. (*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

D. Ant. De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

D. Ped. Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

D. Ant. Sí, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

D. Eleut. No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede

usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. Ant. ¿Es este el autor?

(*Don Antonio se levanta, y después de la pregunta que hace á Pipí, vuelve á hablar con don Eleuterio.*)

Pipí. El mismo.

D. Ant. ¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. Eleut. Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. Ped. Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. Eleut. Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

D. Ant. ¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. Eleut. No, señor; ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces...

D. Ant. ¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(*Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.*)

D. Eleut. Pues mire usted, aun con ser tan poco que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes...

¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. Ant. Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

D. Eleut. Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

D. Ant. Cierto.

D. Eleut. Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. Ant. En efecto.

D. Eleut. El cuarto.

D. Ant. ¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. Eleut. Y si hay familia.

D. Ant. No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

D. Eleut. Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. Ant. ¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

D. Eleut. ¿La ha leido usted?

D. Ant. No por cierto.

D. Ped. ¿La han impreso?

D. Eleut. Sí, señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. Ped. Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. Ant. ¡Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. Eleut. Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la....

D. Ped. ¿Se acabará esta tarde esa relacion?

D. Eleut. Como el señor preguntaba.

D. Ped. Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

D. Ant. Pues la he de comprar, no tiene remedio.

Pipí. Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

D. Eleut. Véala usted aquí.

(*Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.*)

D. Ant. ¡Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.»

D. Eleut. ¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien?
(*Hablando á don Pedro.*)

D. Ped. ¡Eh! á mí, qué...

D. Eleut. Me alegro que le guste á usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo

acto. Búsquele usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. Ant. ¿Muerta?

D. Eleut. Sí, señor, muerta.

D. Ant. ¡Qué situacion tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

D. Eleut. Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. Ant. ¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

D. Eleut. Sí, señor.

D. Ant. Hombre arrebatado, ¿eh?

D. Eleut. Sí, señor.

D. Ant. Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

D. Eleut. Cierto.

D. Ant. Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. Eleut. Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. Ant. ¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

D. Ped. No, por Dios; no lo lea usted.

D. Eleut. Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. Ped. Con todo eso...

D. Eleut. Lleno de fuego.

D. Ped. Ya.

D. Eleut. Buena versificacion.

D. Ped. No importa.

D. Eleut. Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza.

D. Ped. Hombre, si he dicho ya que...

D. Ant. Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oirle.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y mientras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.

Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senesçal. Denuedo, asiste á mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

D. Ped. Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(*Se levanta impaciente, en ademán de irse.*)

D. Eleut. ¿Disparates los llama usted?

D. Ped. ¿Pues no?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.*)

D. Eleut. ¡Vaya, que es tambien demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. Ped. ¿Y esto se representa en una nacion culta?

D. Eleut. ¡Cuenta, que me ha dejado contento la expresion! ¡Disparates!

D. Ped. ¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. Eleut. ¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

Pipí. No haga usted caso.

D. Eleut. (*Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*) Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

Pipí. ¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. Eleut. Pues, como digo, el visir está loco de amores

por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡á qué buena ocasion llega usted!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

ESCENA IV. — DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Herm. Buenas tardes, señores.

D. Ped. A la órden de usted.

D. Ant. Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. Eleut. Digo, me parece que el señor don Hermógenes será muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demás*) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. Herm. Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. Eleut. Vaya, dejemos eso.

D. Herm. Su docilidad, su moderacion...

D. Eleut. Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. Herm. Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. Eleut. Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. Herm. ¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

D. Eleut. Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

D. Herm. Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de pepleg-menoi. Cai gar ai praxeis...*

D. Ant. (*Siéntase en una silla, haciendo es fuerzos para contener la risa.*) Yo reviento.

D. Herm. Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

D. Eleut. Pero...

D. Herm. Mythoi eisin i archousin.

D. Eleut. Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

D. Herm. Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. Eleut. Bien, todo eso es admirable; pero...

D. Ped. Este hombre es loco.

D. Herm. Si consideramos el orígen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

D. Eleut. Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. Herm. Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

D. Eleut. Si le he dicho á usted que...

D. Herm. Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discre-*

pante en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

D. Ped. Adios, señores. (*Se encamina hacia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

D. Ant. ¿Se va usted, don Pedro?

D. Ped. ¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oir eso?

D. Ant. Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

D. Herm. Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. Ped. Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. Adios, señores. (*Hace que se va, y vuelve.*)

D. Eleut. (*Señalando á don Antonio.*) Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. Ped. A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que única-

mente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. Herm. Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que...

D. Ped. Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

ESCENA V. — DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PIPI.

D. Herm. ¡Yo pedanton! (*Encarándose hacia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. Eleut. ¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. Herm. Él será el pedanton.

D. Eleut. ¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

D. Herm. Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. Ant. Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto yá se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. Eleut. Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. Ant. Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. Eleut. Buen pensamiento: sí, vaya usted.

D. Ant. En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI. — DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

D. Eleut. ¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

D. Herm. *Aquila non capit muscas*, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del

mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

D. Eleut. ¡Oh!

D. Herm. Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. Eleut. Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

D. Herm. Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

D. Eleut. Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. Herm. Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. Eleut. ¡Picardía! Y usted ¿qué hizo?

D. Herm. Lo que debe hacer un gran filósofo: callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

D. Eleut. Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. Herm. Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

D. Eleut. Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. Herm. ¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. Eleut. Pues ¿qué hay de nuevo?

D. Herm. Ese bruto de mi casero... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

D. Eleut. No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se...

D. Herm. Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. Eleut. Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. Herm. Lo menos. Se vende toda seguramente. (*Vase Pipi por la puerta del foro.*)

D. Eleut. Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla, y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada: ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

D. Herm. Tres visitas le hago cada dia.

D. Eleut. Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

D. Herm. Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. Eleut. ¿Y qué dice?

D. Herm. En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. Eleut. ¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. Herm. Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. Eleut. ¡Pues no le digo á usted! Vamos, eso está conseguido.

D. Herm. Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio, de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Baccho friget Venus.* Y entonces, ¡oh! entonces.... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. — DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

D. Serap. El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. Eleut. ¿Y el sueño del emperador?

Doña Agust. ¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

Doña Mariq. Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas....

D. Herm. Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

Doña Agust. Pero ¿usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice.... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. Serap. Será.... Deje usted. Podrán ser ahora...

D. Herm. Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

Doña Agust. ¡Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos menos don Eleuterio.*)

D. Serap. ¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia.... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

Doña Agust. Estará lleno, lleno.

D. Serap. Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. Eleut. Ya se ve, comedia nueva, autor nuevo, y....

Doña Agust. Y que ya la habrán leido muchísimos, y sa-

brán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. Serap. Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. Eleut. ¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

D. Serap. No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! y que...

D. Eleut. Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

Doña Agust. ¿A qué?

D. Eleut. ¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

Doña Agust. Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. Eleut. Al instante. (*Vase.*)

Doña Mariq. ¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No pára este hombre.

D. Agust. Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

Doña Mariq. ¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

Doña Agust. Pero, ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

Doña Mariq. Pues; siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. Herm. No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

Doña Mariq. ¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á usted!

D. Herm. Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mio?

Doña Agust. ¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

Doña Mariq. ¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

Doña Agust. ¡Me desespera!

Doña Mariq. Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

D. Agust. Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

Doña Mariq. ¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

D. Agust. ¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

Doña Mariq. ¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es

singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

D. Agust. Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. Herm. Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estática; después...

Doña Mariq. Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor, si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó después del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

D. Serap. ¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

Doña Mariq. Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

Doña Agust. Esta es su cancion; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena,

ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. Herm. Sí, Mariquita, sí : en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index* é *infamis*, que es decir : que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

Doña Mariq. Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

D. Herm. Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

Doña Mariq. ¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. Herm. No, señora, la aplaudirán.

D. Serap. Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

Doña Mariq. No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia le lengua.

D. Serap. ¿Alto? uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron! ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de*

Calidonia, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

Doña Mariq. ¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. Serap. Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

Doña Mariq. Si no es ese.

D. Serap. ¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

Doña Mariq. Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. Serap. Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh!... Pero el otro dia ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

Doña Mariq. ¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

Doña Agust. Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleu-

terio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. Herm. Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

Doña Agust. Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado : figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. Serap. ¡Toma si gustará!

D. Herm. Aturdirá.

D. Serap. Se despoblará Madrid por ir á verla.

Doña Mariq. Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II. — DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMOGENES.

Doña Agust. Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. Eleut. Hasta ahora...

Doña Agust. Deja; me parece que voy á acertar : habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. Eleut. Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. Serap. ¡Ah! y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, por que si no...

D. Eleut. Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

Doña Agust. El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. Herm. En términos precisos.

Doña Agust. Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

D. Serap. ¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

Doña Agust. ¿He acertado?

D. Serap. ¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. Eleut. No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. Serap. ¿Tres no mas? Harto poco es.

Doña Agust. Por vida mia, que es bien poco.

D. Herm. Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

Doña Agust. Dice bien, muy bien.

D. Serap. ¡Qué! Si en poniéndose á hablar este hombre!...

Doña Mariq. Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. Eleut. Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

Doña Mariq. Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. Herm. No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

Doña Mariq. ¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III. — DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

D. Ant. A la órden de ustedes, señores.

D. Eleut. Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iria á ver la comedia?

D. Ant. En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. Eleut. ¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. Ant. El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

Doña Agust. Si lo dije.

D. Ant. Es mucha la gente que hay.

D. Eleut. Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

Doña Agust. Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

D. Ant. Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que...

D. Serap. ¿La tonadilla?

(*Se levantan todos.*)

Doña Mariq. ¿Qué dice usted?

D. Eleut. ¿La tonadilla?

Doña Agust. ¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. Ant. No, señora; han empezado á la hora regular.

Doña Agust. No puede ser; si ahora serán...

D. Herm. Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

Doña Mariq. ¡Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

Doña Agust. A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.*) Si está parado.

D. Herm. Es verdad. Esto consiste en que a elasticidad del muelle espiral...

Doña Mariq. Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

Doña Agust. Vamos.

D. Eleut. ¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

Doña Mariq. Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

D. Serap. Aquí está.

D. Ant. Llegarán ustedes al segundo acto.

Doña Mariq. Vaya, que este don Hermógenes...

Doña Agust. Quede usted con Dios, caballero.

Doña Mariq. Vamos aprisa.

D. Ant. Vayan ustedes con Dios.

D. Serap. A bien que cerca estamos.

D. Eleut. Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

Doña Mariq. Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV. — DON ANTONIO, PIPI.

D. Ant. ¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

Pipí. Sí, señor.

D. Ant. ¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermogenes.

Pipí. Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. Ant. Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V. — DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Ant. ¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues, y la comedia ¿en qué estado queda?

D. Ped. Hombre, no me hable usted de comedia (*Se sienta*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. Ant. Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto á don Pedro.*)

D. Ped. ¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. Ant. ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. Ped. Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solis, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieran hablar en razon.

D. Ant. La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. Ped. No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el

éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

D. Ant. ¿Qué dice usted?

D. Ped. Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. Ant. Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

D. Ped. Pero ¡no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. Ant. Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿¡Y qué haremos? Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. Ped. Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. Ant. Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI. — DON SERAPIO, DON HERMOGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Serap. Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. Ant. ¿Qué ha sucedido?

(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

D. Serap. No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

Pipí. Voy, voy allá.

D. Serap. Despáchate.

Pipí. ¡Por vida del hombre! (*Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Por qué no mira usted?

D. Herm. ¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elíxir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. Ant. Yo no, no traigo.

D. Ped. Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII. — DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. Eleut. Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(*Doña Agustina sale muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.*)

D. Serap. Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

Pipí. ¡Qué! si está en un camaranchon, que...

D. Eleut. No importa.

Pipí. ¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

D. Serap. ¿Qué quiere decir eso?

D. Eleut. No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

Pipí. Yo bien, si ustedes...

Doña Agust. No, no es menester.

Doña Mariq. ¿Se siente usted mejor, hermana?

D. Eleut. ¿Te vas aliviando?

Doña Agust. Alguna cosa.

D. Serap. ¡Ya se ve! El lance no era para menos.

D. Ant. Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. Eleut. ¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

D. Ped. No acabo de comprender.

Doña Mariq. Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en

un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que... (*Siéntase junto á doña Agustina.*)

D. Eleut. ¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted (*Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.*) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. Herm. Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

D. Eleut. ¿Se va usted?

Doña Mariq. ¿Nos deja usted así?

D. Herm. Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aquí; pero...

Da. Mariq. No se vaya usted.

D. Herm. Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. Eleut. ¿Qué defectos?

D. Herm. Algunos que tiene.

D. Ped. Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. Herm. Fué para animarle.

D. Ped. Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerias, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. Herm. Porque el señor carece de criterio y sindé-

resis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

Doña Agust. ¿Con que es mala?

D. Herm. Malísima.

D. Eleut. ¿Qué dice usted?

Doña Agust. Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. Ped. No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

Doña Agust. Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

D. Ped. Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

Doña Agust. ¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

D. Eleut. Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

D. Herm. Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

D. Eleut. Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para exponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

D. Herm. Usted es pacato y pusilánime en demasía... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuanta im-

perturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

Doña Mariq. ¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

D. Herm. Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

Doña Agust. Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted,

D. Herm. ¡Gente ignorante!

D. Agust. Váyase usted.

D. Eleut. ¡Picaron!

D. Herm. ¡Canalla infeliz!

ESCENA ULTIMA. — DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

D. Eleut. ¡Ingrato, embustero! ¡Después (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

Doña Mariq. Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire usted qué hombre; después de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latin ni se me mete en citar autores, como ese bribon... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. Ant. No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

Doña Agust. Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. Eleut. La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

Doña Agust. Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar? ..

D. Eleut. Calla, mujer, calla, por Dios, que tú tambien...

D. Scrap. No, señor, el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido y.....

D. Eleut. Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

D. Ped. ¿Todavía está usted en esa equivocacion?

D. Ant. (*Ap. á don Pedro.* Déjele usted.)

D. Ped. No quiero dejarle; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. Eleut. Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia...

D. Ant. No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. Ped. No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. Eleut. Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

D. Ped. Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

Doña Agust. ¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. Ped. ¿Ninguna?

D. Eleut. No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

Doña Mariq. ¡Maldito sea él!

D. Eleut. Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

D. Ant. ¿Cuántas tiene usted?

D. Eleut. Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. Ped. ¡Hijos tiene! (*Ap. con ternura.* ¡Qué lástima!)

D. Eleut. Pues si no fuera por eso...

D. Ped. (*Ap.* ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿escribe usted bien?

D. Eleut. Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso si, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

D. Ped. Lo creo muy bien.

D. Eleut. En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea usted... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana...¡Ay, Dios mio!

D. Ped. Me gusta la letra, me gusta.

D. Eleut. Sí, señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

D. Ped. No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. Eleut. Ya.

D. Ped. Es menester que se deje usted de esas tonterías. (*Volviéndole el papel.*)

D. Eleut. Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

D. Ped. Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. Eleut. Señor, ¿qué dice usted?

Doña Agust. ¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

Da. Mariq. ¿De veras?

D. Ped. Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere,

podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

Doña Mariq. ¡Qué bondad!

(*Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.*)

D. Eleut. ¡Qué generoso!

D. Ped. Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. Eleut. Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

D. Ped. Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. Eleut. Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

Doña Agust. Hemos sido muy imprudentes.

D. Ped. No hablemos de eso.

D. Ant. ¡Ah, don Pedro! qué leccion me ha dado usted esta tarde!

D. Ped. Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. Ant. Su carácter de usted me confunde.

D. Ped. ¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. Ant. ¿Quién no querrá ser amigo de usted?

D. Serap. Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

D. Ped. Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. Eleut. ¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*) amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

Doña Mariq. Yo encenderé la pajuela.

Doña Agust. Y yo aventaré las cenizas.

D. Ped. Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le hadado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

FIN DE LA COMEDIA NUEVA.

EL BARON,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL 28 DE ENERO DE 1803.

« Noli affectare quod tibi non est datum;
» Delusa ne spes ad querelam recidat. »
Fedro, *Fáb.*, *lib.* 3.

PERSONAS.

DON PEDRO.
LA TIA MONICA.
ISABEL.
LEONARDO.
EL BARON.
FERMINA.
PASCUAL.

La escena es en Illescas, en casa de la tia Mónica. La accion empieza á las cinco de la tarde y acaba á las diez de la noche.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha, que da salida el portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

ESCENA PRIMERA. — LEONARDO, FERMINA.

Leon. Sí, Fermina; yo no sé
Qué extraña mudanza es esta,
Ni apenas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte

De favorable en adversa.
¿Qué misterios hay aquí?
¿Por qué su vista me niega
Isabel? ¿Por qué su madre,
Que me ha dado tales pruebas
De estimacion, me despide,
Me injuria?... ¡Oh! ¡cuánto recela
Un infeliz!... Pero, díme:
Ese Baron que se hospeda
En esta casa...

Ferm. ¿El Baron?

Leon. Sí; ¿qué pretende? ¿qué ideas
Son las suyas?

Ferm. No es posible
Que un instante me detenga.
(*Mirando adentro con inquietud.*)

Leon. Pero díme...

Ferm. Es que si viene
Mi señora, y os encuentra,
Habrá desazon.

Leon. Después
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Dí...

Ferm. Pues bien, la historia es esta;
Ya sabeis que hace dos meses
Con muy corta diferencia
Que el baron de Montepino
Se nos presentó en Illescas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras... bagatelas
Y chismes de vecindad;
Vino hasta media docena
De veces á casa, y luego
Fué la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el rey,
De sus mulas, et cetéra.

Mi señora le escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza
Ir á ver á vuestro primo;
Que, á la verdad, no pudiérais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

Leon. Estando tan cerca
De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon?...

Ferm. Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia;
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda,
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja,
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento; está la mujer
Que no vive ni sosiega
Sin su Baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa;
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del Baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias
Para que su señoría

Coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo;
Se le han cedido las piezas
De arriba; viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,
Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; después
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,
Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice...
¡Para el tonto que lo crea!
No sé qué lance de honor
De aquellos de las novelas:
Persecuciones, envidias
De la corte, competencias
Con no sé quién, que le obligan
A andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras,
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces, y...

Leon. Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca...
¡A su pesar!... Pero ¿quién
Me asegura su firmeza?
¿Quién sabe si ya olvidada
Del que la quiso de veras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?...
Adios... (*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero tú, que sabes
Cuanto mi amor interesa,

Haz que yo la pueda hablar:
Díla el afán que me cuesta...
Díla en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos,
Desengaños no merezca. (*Vase.*)
Ferm. Pobrecillo! Mucho temo
Que el tal Baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos,
Tanto rondar á la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II. — LA TIA MONICA, FERMINA.

Tia Món. Fermina, ¿diste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?
Ferm. Sí, señora.
Tia Món. Mucho tarda.
Ferm. Si es un pelma.
Tia Món. Y es para una cosa urgente.
Ferm. ¿Para qué?
Tia Món. ¡Cierto que es buena
La curiosidad!
Ferm. ¡Señora!
¿Pues á qué santo es la fiesta?
¡No es cosa! ¡la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales!
Tia Món. Calla, loca.
Ferm. ¡Válgame Dios! ¡si lo viera
El difunto!
Tia Món. ¿Qué difunto?
Ferm. El que está comiendo tierra.
Tia Món. ¿Quién?

Ferm. Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusiérais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...
Tia Món. Si no callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.
Ferm. Yo...
Tia Món. Bribona.
Ferm. Sí...
Tia Món. ¿Qué palabras son esas?...
Ferm. Señora, si él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan...
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas
Que alborotaba la casa
Y os llamaba majadera...
Tia Món. Calla.
Ferm. Y...
Tia Món. Calla.
Ferm. Bien está.

ESCENA III. — DON PEDRO, LA TIA MONICA, FERMINA.

D. Ped. ¡Hola! ¿Quién riñe?
Tia Món. Es con esta
Picudilla.
Ferm. Mi señora
Me pone de vuelta y media
Porque digo la verdad,
Y porque...
Tia Món. Vete allá fuera.
Ferm. Porque digo que mi amo...
Tia Món. Vete.
Ferm. Ya me voy.

Tia Món. No vuelvas
Sin que te llame; y cuidado
No te plantes á la reja.

ESCENA IV. — DON PEDRO, LA TIA MONICA.

D. Ped. Con que, mi señora hermana,
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa (*Se sienta.*)
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.
Tia Món. Solo quisiera
(*Sentándose junto á don Pedro.*)
Que me dieras unos cuartos.
D. Ped. ¿Para qué?
Tia Món. Para una urgencia.
D. Ped. ¿Urgencias tú?... Bien está.
¿Como cuánto?
Tia Món. Si tuvieras
Cien doblones...
D. Ped. Sí, los tengo;
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste;
Si la mitad se cercena,
Quedan seis mil nada mas.
Tia Món. Ya lo sé.
D. Ped. Pues bien, receta;
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.
Tia Món. No, todo no, cien doblones
Me darás.
D. Ped. ¿Con que hay urgencias?
Tia Món. Sí, señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y por qué.

D. Ped. Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.
Tia Món. ¿Decirlo yo? No lo creas.
D. Ped. ¿No? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.
Tia Món. ¡Bueno fuera
Que, siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia!
D. Ped. No dices mal.
Tia Món. Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡Buena aprension!
D. Ped. Sí por cierto;
Y á fe que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.
Tia Món. ¿No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa?
D. Ped. Sí;
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.
Tia Món. Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.
D. Ped. Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas,
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un Baron.
Tia Món. Es verdad.
Ya entiendo tus indirectas.
Sí, señor, le tengo en casa,
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aquí;
Le regalo, y le quisiera
Regalar con tal primor,

Que en vez de sufrir molestias,
No echara menos su casa,
Su fausto y sus opulencias.

D. Ped. ¡Sus opulencias!... ¡El pobre
Baron!... ¿Y qué mala estrella
Redujo á su señoría
A ser vecino de Illescas?
¿De qué enfermedad murieron
Sus lacayos? ¿En qué cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La Chispa y la Vandolera?
¿Qué jitanos le murciaron
El bagaje? ¿Qué miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?...
¿No podrás satisfacerme
A estas dudas?

Tia Món. No tuviera
La menor dificultad.

D. Ped. Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

Tia Món. Sí; piensa de él lo que quieras.
Nada importa.

D. Ped. Y en efecto,
Hermana, hablando de veras,
¿Es un caballero ilustre?

Tia Món. De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las cortes extranjeras,
Primo de todos los duques.

D. Ped. ¡Oiga!

Tia Món. Y es por línea recta
Nieto de no sé qué rey.

D. Ped. ¡No es cosa la parentela!

Tia Món. Si le trataras, verias
Qué conversacion tan bella
Tiene, qué cortés, qué afable,
Qué expresivo con cualquiera,
Y qué desinteresado.

D. Ped. Eso la sangre lo lleva.

Tia Món. Pero, el pobre caballero,
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias...
D. Ped. ¿Qué desgracias?
Tia Món. Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra...
Ello es en Indias, y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Lo ha puesto en mal con el rey.
D. Ped. ¡Haya bribon!
Tia Món. Y por esta
Calumnia se ve obligado
A disfrazar su grandeza
Y andar de aquí para allí;
Pero Dios querrá que venga
A saberse la verdad,
Y entonces... ¡Pero si vieras
Cuánto favor le merezco
Al buen señor! Él me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, para que sepa
Lo que dicen, las explica
En español todas ellas.
Pero ¡qué cosas le escriben!
D. Ped. ¿Qué cosas?
Tia Món. Cosas muy buenas.
D. Ped. Ya.
Tia Món. Le dicen que se vaya
A Lóndres, ó á Ingalaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas...
Pero él no quiere salir
De España.
D. Ped. Pues no lo acierta.
¿Por qué no se va al instante
A tomar esas monedas?

¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?
Tia Món. No, que segun las postreras
Noticias,van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia,
Que al que levantó el embuste
Quizás le echarán á Ceuta.
D. Ped. Eso es natural... Y díme,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas
Y conviene tratar de ella,
¿Qué tenemos de tu hija?
Tia Món. Nada.
D. Ped. ¿Nada? ¿Estás dispuesta
A casarla con Leonardo?
Lo supongo.
Tia Món. No, no es esa
Mi intencion.
D. Ped. ¡Calle! ¿Y por qué
Se ha mudado la veleta?
Tia Món. Porque sí.
D. Ped. Ya; ¿con que quieres
Hacerla morir doncella?
Tia Món. ¿Qué prisa corre el casarla?
D. Ped. ¡Oiga! ¡No es mala la idea!
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Qué prisa corre! ¡Es muy buena
La especie, por vida mia!
Tia Món. Digo bien.
D. Ped. Vamos, ya empiezas
A delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.

Tia Món. Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.
D. Ped. Muy bien; pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchacho
De talento y buenas prendas;
Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo
Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz),
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y...
Tia Món. Sí;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y... Vamos... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
A predicar.
D. Ped. Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija.
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de extinguir en un dia
Una inclinacion honesta
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.
Tia Món. No temas
Nada... Yo me entiendo.
D. Ped. Adios.
(*Se levantan los dos.*)

Tia Món. Andá con Dios.
D. Ped. (*Ap.* ¡Qué cabeza!)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
A mas ver.
Tia Món. ¡Qué mosca lleva!

ESCENA V. — LA TIA MONICA, EL BARON.

Bar. Señora, muy buenas tardes.
Tia Món. Estoy á vuestra obediencia,
Señor Baron.
Bar. Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.
Tia Món. ¡Qué! no, señor... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero...
Y la calor la desvela
A una, de modo que...
Bar. Cierto.
Aquí faltan unas piezas
De verano... Ya se ve;
¡Estas casas tan mal hechas!
¿Estuvísteis mucho tiempo
En Madrid?
Tia Món. Muy poco : apenas
Estuve un mes.
Bar. (*Paseándose.*) De ese modo
Es casualidad que viérais
Mi casa.
Tia Món. ¿En qué calle está?
Bar. Es un caseron de piedra
Disforme.
Tia Món. ¿En qué calle?
Bar. Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.
Tia Món. ¿Por qué?
Bar. Para hacerle á la moderna.

Tia Món. Será lástima.
Bar. No tal:
Además, que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo
Por mucho, mucho que pueda
Gastarse, vendrá á costar
Tres millones... y aun no llega.
Tia Món. ¿Y hácia dónde está?
Bar. He pensado
Reducirle cuanto sea
Posible; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia,
Queda mas chico y mejor.
Una columnata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio... Y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estatuas, templos, ruinas...
En fin, cuatro frioleras
De gusto... Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.
Tia Món. ¡Válgame Dios, qué grandeza!
Bar. Todo es vuestro: allí estareis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

Tia Món. Señor,
Tanto favor me avergüenza.
Bar. Mas mereceis, mas os debo;
Que habeis sido en mi deshecha
Fortuna el iris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no están bien),
Un jóven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿Quién puede ser? Él es nuevo
En el lugar.
Tia Món. De manera,
Señor Baron, que...
Bar. Esta noche...
No sé si estábais despierta...
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galán le desdeña.
¿No me direis?...
Tia Món. Sí, señor...
(*Ap.* ¡Válgame Dios, yo estoy muerta!)
Por mas que procuro...
Bar. En fin,
¿Podré yo saber quién sea?
Tia Món. Sí, señor, sí... Ya se ve,
Como él es de aquí...
Bar. ¿De Illescas?
Tia Món. Sí, señor, y ha vuelto ahora
De Toledo... Pero ella...
No, señor... nunca...
Bar. Ya estoy.
Tia Món. Él es un tonto, y se empeña
En que... ¡Vaya! Lo primero
Que la dije : cuando vuelva,

Cuidado, no ha de ponerme
Los piés en casa.
Bar. ¡Discreta
Prevencion! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.
Tia Món. ¡Qué ha de querer! No, señor,
Nada de eso. ¿Pues no fuera
Un disparate?... No digo
Que la muchacha merezca
Un marqués...
Bar. ¡Merece tanto,
Doña Mónica!... Es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho lo que me interesa
Su felicidad... Adios,
(*Asiéndola de la mano, y apretándosela con expresion de cariño.*)
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

ESCENA VI. — LA TIA MONICA, FERMINA.

Tia Món. No hay que dudar; él está
(*Se pasea con inquietud; se pára; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*)
Perdido de amor por ella;
Es claro, es claro... ¡Y el otro
Picaruelo!... Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!
Pero ¿quién me lo dijera
Dos meses ha? ¡quién? Y ahora
Las señoronas de Illescas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
¡Fermina!

Ferm. ¡Señora!
(*Responde desde adentro, y sale después.*)
Tia Món. ¿En dónde
Está Isabel?
Ferm. En la pieza
De comer.
Tia Món. ¿Sola?
Ferm. Solita.
Tia Món. ¿Y qué hace allí?
Ferm. Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar...
Tia Món. ¿Y á qué es eso?
Ferm. A que no está muy contenta.
Tia Món. ¿Por qué?
Ferm. Porque... yo no sé;
Porque... Locuras, rarezas,
Juventudes.
Tia Món. ¿Con que tú
No sabes de qué procedan
Esa inquietud y esos lloros?
Ferm. Yo sí.
Tia Món. Pues dílo; ¿qué esperas?
Ferm. Que me prometais oirme
Con mucho amor.
Tia Món. No me tengas
Impaciente.
Ferm. Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongais como un trapo...
Tia Món. Vamos.
Ferm. Que no haya quimeras
Y...
Tia Món. Despacha.
Ferm. Y venga yo
A pagar culpas ajenas.

Tia Món. ¿Has acabado?
Ferm. Ya empiezo,
Puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;
Y ya que explicarme deba
Claramente, vos teneis
La culpa de su dolencia.
Tia Món. ¿Yo?
Ferm. Sí, señora: Leonardo...
Tia Món. No me lo nombres; no quieras
Que me irrite.
Ferm. Bien está;
Si os enfada, no se vuelva
A mentar. Aquel mocito,
Hijo de doña Manuela,
Que en otro tiempo os debió
Mil cariños y finezas;
Aquel, como, ya se ve,
Tiene bonita presencia,
Es halagüeño y cortés,
Y sabe explicar sus penas.
Prendó á la niña... Esto es cosa
Muy regular y muy puesta
En razon, y el que lo extrañe
Poco entiende la materia.
¡Ahí es nada! juventud,
Discrecion, obsequio, prendas
Estimables, juramentos
De amor y constancia eterna.
¿Y esto no ha de enamorar?
Pues, digo, ¿somos de piedra?
Después...
Tia Món. No me digas mas.
Ferm. Callaré como una muerta;
Y si los demás callaran
Tambien... pero sí, ya es buena
La gente de este lugar.
Tia Món. ¿Pues qué?
Ferm. Nada.
Tia Món. No me vengas
Con misterios.

Ferm. Como hay tantos
Bribones, malas cabezas,
Dicen que... Pero chiton:
No quiero ser picotera.
Tia Món. ¿Qué dicen?
Ferm. Esta mañana,
Ahí al lado de la iglesia,
Cierto conocido vuestro...
El nombre nada interesa
Para el caso... me llamó,
Y me dijo: picaruela,
Que no nos has dicho nada...

ESCENA VII. — PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

Tia Món. ¿A qué vienes tú? ¡No es buena
(*Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademán de volverse por la puerta que entró.*)
La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?
Pasc. Muy bien está.
Tia Món. Para eso tienes la pieza
De los perros.
Pasc. Bien está.
Tia Món. Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con alguien; cuenta con ella.
Pasc. Bien está.
Tia Món. ¡No es mala maña!
Pasc. Bien, yo, como...
Tia Món. Oyes, ¿qué llevas?
Pasc. Un rebujo.
Tia Món. ¿Qué?
Pasc. Un papel.
Tia Món. Pero ¿quién... Llámale, lerda.
(*Fermina va hácia la puerta para detener á Pascual.*)
¿Qué es eso?

Pasc. Es un cucurucho
De papel.
Tia Món. ¡Mira qué flema!
A ver.
Pasc. Me voy con los perros.
Tia Món. Yo he de perder la paciencia.
¿No te le ha dado mi hermano?
Pasc. Sí, señora.
Tia Món. Pues, ¿qué esperas?
Dámele acá, y vete.
(*Quitándole el papel de la mano.*)
Pasc. (*Ap. al tiempo de irse.*) Siempre
Se enfada, cuando...
Tia Món. ¿Qué rezas?
Pasc. Cuando... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII. — LA TIA MONICA, FERMINA.

Tia Món. Prosigue.
Ferm. Pues me decia:
¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita?
No, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
¡Que no sabes! á tu abuela.
Tú callas porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta
Llevada del interés.
¿De dónde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Por qué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener

Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illescas
Quién es ni de dónde vino,
Ni adónde va, ni qué espera?
¡Galopin! ¡Qué ha de ser él
Baron! como yo abadesa.
¡Desarrapado! que vino
Sin calzones y sin medias
Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. ¡Badulaque!
¡Ay, si alzara la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera!
¡Pobrecito! No murió
De gota, murió de aquella
Maldita mujer, que fué
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja...
Tia Món. Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran;
(*Paseándose con inquietud.*)
Eso es envidia, y no mas.
Ferm. (*Ap.* No has llevado mala felpa.)
Ya se ve, todo es envidia.
Tia Món. Yo haré lo que me parezca.
Ferm. Ya se ve.
Tia Món. No necesito
Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.
Ferm. Seguro.
Tia Món. Si están que se desesperan
Los picarones... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte

De ellos, y que nunca vuelva
A este maldito lugar.
Ferm. ¿Sí? ¡Válgame Dios, qué buena
Determinacion, señora!
¿Y adónde iremos?
Tia Món. ¡Qué necia
Eres! A Madrid.
Ferm. ¡Qué gusto!
A Madrid... ¿Con que de veras,
A Madrid? ¿Con el Baron?
Tia Món. Pues ya se ve.
Ferm. ¡Qué contenta
Se pondrá la señorita!
¡Qué felicidad la nuestra!
¡A Madrid! (*Ap.* ¡Pobre Isabel!
Ya está dada tu sentencia.)
El Baron, señora.
Tia Món. Vete...
¡Ah! mira; sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX. — LA TIA MONICA, EL BARON.

(*El Baron saldrá muy pensativo con unos papeles en la mano.*)

Tia Món. Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas
Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay, señor!
Bar. ¡Cómo se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sujeto de quien
Os dije veces diversas
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Ve á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.
Tia Món. ¿Sí? ¿Y ha traido
Alguna noticia buena?

Bar. Esa es carta de mi hermana:
Si quereis, podeis leerla.

(*La da uno de los papeles, y lee la tia Mónica.*)

Tia Món. «Mi querido hermano: he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envias de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envío por ahora cosa ninguna, para que no juzgue que aspiro á pagar sus expresiones y la merced que te hace, con dádivas que, por muy exquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabelos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesis. Mil expresiones del condestable y del marqués de Famagosta su cuñado. Ya puedes considerar cuál habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El rey desea verte; lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos tu querida hermana

La vizcondesa de Mostagán. »

¡Válgame Dios, qué fortuna!

(*Le vuelve la carta.*)

Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

Bar. ¡Ay, señora!

Tia Món. ¿Qué pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

Bar. La mayor, la mas funesta
Para mí... Ved esa carta,
Y hallareis mi muerte en ella.

(*Da otro papel á la tia Mónica, que lee tambien.*)

Tia Món. «En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del rey; declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpetua en el castillo de las Siete Torres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entre tanto no puedo menos de recordarte que tu boda con doña Violante de Quincozes, hija del marqués de Utrique, capitán general de las islas Filipinas y costa Patagónica, concluido est

e

asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, jefe de escuadra del emperador (que se hallaba en Madrid de vuelta de los baños de Trillo), será el padrino; y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio, en que tanto interesan las dos familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima,

El príncipe de Siracusa.

¿Con que, segun esto...

Bar. ¿Veis
(*Toma el papel, y se le guarda con los demás.*)
Cómo se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas;
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir, á mis castillos
De plata y mis bandas negras,
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras,
¡Por eso yo he de perder
Mi libertad!... Si pudiera
Resolver... ¿Y por qué no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre... Pero,
¿Qué he de hacer en tan extrecha
Situacion? En un lugar
Miserable... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni... ¡Vaya! es cosa perdida...
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entonces...

Tia Món. ¿Y entonces?

Bar. Yo resolviera.

Yo evitara que me hallasen
Aquí; dejara dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.
Tia Món. ¿Quién?
Bar. ¿Pues no adivinais quién sea
El objeto de mi amor?
Isabel.
Tia Món. ¡Señor!...
Bar. Por ella
Todo lo despreciaré.
Tia Món. Permitid...
(*Quiere arrodillarse, y el Baron lo estorba.*)
Bar. ¿Qué haceis?
Tia Món. Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo... ¡Bendito Dios!
Bar. No os admire la violencia
De mi pasion: tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero ¿ha llegado á entender
Isabel cuánto la aprecia
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuánto su favor desea?
¿Sabe acaso...
Tia Món. Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino así, por indirectas...
Ya se ve, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.
Bar. Y vuestro hermano, ¿qué piensa
De mí? ¿qué dice? ¿ha sabido
Algo?

Tia Món. A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso...
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada;
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre extravagante, y...
Bar. Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello sin darle cuenta.
Además, que yo conservo
Una especie... y no debiérais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijísteis que quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote... ¿cuánto?
Tia Món. Puede
Darla mucho si él quisiera.
¡Oh! si...
Bar. Pues qué, ¿no querrá?
Tia Món. Si es muy bruto.
Bar. Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!
Tia Món. Señor,
No os altereis, son rarezas:
Cosas suyas.
Bar. Pues no importa;
Es menester que lo sepa.
Tia Món. Inútil será.
Bar. ¿Por qué?
Conviene que yo le vea;
Yo le hablaré.
Tia Món. Bien está;
Pero no espereis que ceda,

Es muy cabezudo.
Bar. Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren; que se llena el pueblo
De látigos y libreas;
Que mi primo el archiduque,
No habrá remedio, me lleva
A la corte... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
¡Qué chiquito que se queda!
¡Maldito dinero! amén.
Tia Món. Si para la fuga vuestra
Bastaran... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofrecéroslo. Aquí tengo
Cien doblones; si os sirvieran...
(*Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron y le guarda.*)
Bar. A verlos... ¿y en oro? Bien...
Muy bien... Iré como pueda.
En una mula... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa; estareis
Prevenidas, de manera
Que salís de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros,
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy lijera
Mi capellán; nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.
Tia Món. Pero, señor...

Bar. ¿Qué os inquieta?
Tia Món. Nada... ¿Es un sueño?
Bar. Conviene
Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia...
Y... adios.
Tia Món. Bien está...
(*Ap. al tiempo de irse.* No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí... Loca, loca... y tiemblo
Toda de piés á cabeza.) (*Vase.*)
Bar. Cansado estoy de mentir. (*Paseándose.*)
Por mas que diga esta vieja...
Sí, yo he de verle... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa... Se toman
Los cuartos, y adios, Illescas;
Adios tontos, que me voy
Adonde jamás os vea.
Sí... ¡caramba!... Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X. — EL BARON, FERMINA.

(*Saca Fermina varios vestidos de mujer, que pondrá sobre una silla; se acerca á la puerta de la derecha, y llama.*)
Ferm. ¡Pascual!
Bar. ¡Oiga! ¿Qué galas son esas?
Ferm. Son vestidos de mi ama,
Que con suma lijereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan
Nuevecitos.... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo... ¡Buena droga! Pues qué,
¿No hay sastres? ¡Cómo receta!

Bar. ¡Pobre Fermina!
Ferm. ¡Pascual! (*Llama.*)
¡Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlomagno.
¡Pascual! (*Llama.*)
Bar. Le diré que venga.
Ferm. No, señor, yo iré.
Bar. Si voy
A salir, nada me cuesta
Decírselo.
Ferm. Muchas gracias.

ESCENA XI. — EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

Bar. (*Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.*) Dime, Pascual, ¿será esta
Buena ocasion para ver
A don Pedro?
Pasc. De manera
Que como suele acostarse
Después de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras.... Ello, buena
Hora es de verle.
Bar. ¿Sí?
Pasc. Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entonces.... Pero
Si no ha vuelto, de por fuerza
El....
Bar. Ya estoy.
Pasc. De juro....
Bar. Adios.
¡Famosas explicaderas! (*Vase.*)
Pasc. ¿Me llamabas?
Ferm. Sí; al instante,
Aprisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.
Pasc. Allá voy. (*Hace que se va, y vuelve.*)

Ferm. Oyes, badea,
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar, ¿á qué es esa
Locura?
Pasc. A que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.
Ferm. Díle que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?
Pasc. Sí.
Ferm. Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII. — ISABEL, FERMINA.

Isab. Fermina, Leonardo viene;
Le he visto desde la reja,
Y va á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú.... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien.... En ese
Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
O alguno viene de afuera,
Y avísame; no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...
Amiga, no te detengas;
Adios.
Ferm. Voy allá.

ESCENA XIII. — LEONARDO, ISABEL.

Leon. ¡Isabel!
Isab. ¡Leonardo! quién lo dijera!....
¡Leonardo!
Leon. ¿Y quién, al dejarte

Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
Tantos males á su vuelta?
¡Este breve tiempo ha sido
Bastante!....
Isab. ¡Fatal ausencia
La tuya!
Leon. En fin, sepa yo
De una vez cuál es mi pena,
Cuál es mi suerte.... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿Díme si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan?....
Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas?
Isab. Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fe
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Están por demás las quejas.
Yo te he querido, y te quiero....
Sabe Dios cuánta violencia
Padezco al decirlo, y cuánto
Sufre una mujer honesta
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero.... y voy á perderte.
Leon. ¿Eso dices?.... ¿Nada esperas
De mí?
Isab. Si lo que hasta ahora
Fué temor, ya es evidencia;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y.... Pero ¿qué mas? si ahora

Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido....
¡Mísera yo!
Leon. Nada temas.
Isab. Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar.... Está ciega,
Fuera de sí..... ¿Qué podemos
Hacer? ¿Qué esperanza resta?
Leon. Pero, Isabel, dueño mio,
¡Qué extraño dolor te aqueja!
¿Tú infeliz, viviendo yo?
No así de temores llena
Me quites todo el valor;
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá
Como tú, Isabel, me quieras.
Isab. ¿Resuelves hablarla?
Leon. Sí.
Isab. ¿Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras?
Leon. ¿Qué la diré? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
A una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí.....
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia;
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de tí, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga

El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño, no basta
Que engañe, seduzca y mienta;
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto
Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.
Isab. ¿Eso has de hacer?
Leon. O dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor..... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren..... Voy á hablarla.
Adios..... La desgracia nuestra
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.
Isab. Todo es en vano. La vas
A irritar, no á convencerla.
Leon. Sí, cederá.
Isab. Mal conoces
Su obstinacion.
Leon. Cuando sea
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.
Isab. ¡Duros, sangrientos!
Leon. Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema.
Vale mucho mi Isabel
Para exponerme á perderla.
(*Cogiéndola con ternura de la mano, y besándosela.*)
Isab. Leonardo, mi bien..... No sé
Qué decir..... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga;

Yo, ¡infeliz! ¿qué he de saber?
Llorar..... Adios; él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afán alivio tenga.
Leon. Siempre fué de los osados
La fortuna compañera;
El cobarde que la teme
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. — EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!
(*Se sienta junto á una mesa, en que habrá dos luces.*)
Cuando no nos hace falta,
A las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
¡Oh! si á cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
Onzas!... ¡Gran golpe!... Es verdad
Que el tal abuelito es caña;
Muy socarron.....

ESCENA II. — EL BARON, LEONARDO.

Leon. (*Sale hablando entre sí; al ver al Baron exclama complacido de hallarle.*) ¡Qué mujer,
Qué carácter, qué ignorancia.....
Qué insensible!... ¡Ah!

Bar. Ap. con timidez. ¡Malo! ahora
Este demonio me envasa.
Leon. ¡Señor Baron!
Bar., levantándose. ¡Oiga! ¿Qué
Se ofrece?
Leon. Cuatro palabras.
Bar. Decid catorce, y sentaos,
Que no es bien que.....
Leon. Nada, nada;
Estoy bien así..... ¿Sabeis
Quién soy?
Bar. Yo no; pero basta
Veros para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. (*Vuelve á sentarse.*)
Leon. Ya he dicho
Que no.
Bar. Bien.
Leon. A mí me llaman
Leonardo; soy un vecino
De este pueblo. Esa muchacha
Me quiere...
Bar. ¿Quién?
Leon. Isabel.
Bar. Ya.
Leon. Yo la quiero; se trata
De violentar su albedrío;
Y á mí, de veras, me enfada
Este proyecto. La niña
Os aborrece de ganas;
Y pensar, ni por asomo,
Que porque su madre es fatua,
Y vos un señor, ó un pillo
(Que de esto no sé palabra),
Por eso ella y yo debemos
Tolerar ofensa tanta,
Es locura. De los dos
Uno solo ha de lograrla;
Con que, si sois... ¿quién lo duda?...
Caballero, y os agravia
El que intenta disputaros

El cariño de una dama,
Esta noche á media noche
Os espero en esas tapias
Cerca del camino. Allí
Veremos quien...
Bar. ¡Qué bobada!
¡Eh! no, señor, yo no quiero
Mataros, no.
Leon. Muchas gracias;
Pero ha de ser.
Bar. ¿Ha de ser?
¿Y á media noche?
Leon. Sin falta.
Bar. ¿Allí en las tapias de...
Leon. Sí;
Cosa de un tiro de bala
De aquí... Pero, si quereis,
Yo os esperaré en la plaza;
Iremos juntos.
Bar. No tal;
Yo iré solo... Ello me causa,
Cierto, me da compasion,
Así, por una niñada...
¡Qué diantres!... quitar la vida
A un hombre de circunstancias
Como vos.
Leon. No os dé cuidado.
Bar. ¿Que edad teneis?
Leon. La que basta
Para no temer la muerte.
Bar. ¿Teneis madre?
Leon. Sí, y hermanas...
Y vos, ¿qué teneis, cordura
O miedo, ó como se llama?
Bar. ¿Miedo yo?
Leon. Digo, pudiera
Suceder.
Bar., levantándose con viveza. ¡Qué petulancia!
¡Qué insulto!
Leon. ¿No le teneis?
Pues bien, espero que vaya

El señor Baron.
Bar. Sin duda.
Leon. ¿A las doce?
Bar. Hora menguada
Para vos... Iré á las doce.
Leon. Adios. (*Hace que se va, y vuelve.*)
Bar. Agur.
Leon. Aun me falta
Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que si no vais, la burla
Os ha de salir muy cara,
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte... En casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III. — EL BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!
Y el tal hombre tiene trazas (*Pasándose.*)
De hacer lo que dice... ¡Yo
Salir!... Saldré; pero falta
Saber por dónde... Sí, el aire
Seco de Illescas me daña...
Cosa de miedo no tengo...
Él me conoció en la cara
Que no soy espadachin...
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito, es chanada.
Eso no... ¿Pues qué, en Illescas
Se sabe mas que en Triana? (*Saca el reloj.*)
Las ocho... Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego, y me... ¡Cosa mas rara!
¡Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV. — DON PEDRO, EL BARON.

Bar. Si os ha dicho la criada
Que os fuí á buscar, seria
Mejor que á mí me avisaran,
Y hubiera pasado allá.
D. Ped. A mí no me ha dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado;
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar...
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
Cosas que... ¡vaya!
Bar. Y en fin,
¿Qué ha sido?
D. Ped. Ndaa en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas; tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
A decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.
Bar. Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones; y el verla
Oscurecida, eclipsada
En un lugarote, expuesta
A que la entreguen mañana
A un rústico labrador
Sin modales, ni crianza,
Ni estudios, da compasion.

Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá extraerla
De esta atmósfera, elevarla
A mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que la fortuna contraria
Les negó.

D. Ped. ¡Qué tontería!
No, señor, no es desdichada
Tanto como vos decís,
Ni tan oscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto... ¡Qué! No, señor.
En este lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aquí (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fatua,
Como la que he visto yo
Ir bailando contradanzas
Allá en la Puerta del Sol.
De eso no tenemos nada...
Pero hay jóvenes honrados,
Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas;
Que á las mujeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman; que si ignoran
Las locas extravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda...
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,

Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.
Tiene un novio que la quiere,
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero
Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda... Tendremos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y horchata.
Bar. Mucho me admira ese modo
De pensar.
D. Ped. Y á mí me pasma
(*Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.*
El vuestro. ¿Quereis que sea
Vizcondesa ó almiranta?
Bar. Quisiera verla feliz.
D. Ped. Pues si lo quereis, dejadla.
Bar. Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionara
Otro destino mejor...
D. Ped. ¿Mejor que verse casada
A su gusto en su lugar?
No puede ser.
Bar. Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.
D. Ped. Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error no es cosa difícil,
Y á pesar de su ignorancia
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quién la engaña.

Bar. ¿Pues quién se atreve?...
D. Ped. Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.
Bar. ¿Qué me decís?
D. Ped. Sí, señor;
Pero á bien que están tomadas
Las callejuelas, y espero...
Bar. Pero ¿qué ha sido? ¿qué pasa?
D. Ped. No es cosa; un cierto sujeto
Que ignora, segun la traza,
Con quién los ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos... Pero el tal
Picaron que así nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.
Bar. Oiga!... Pues... (*Con turbacion.*)
Señor don Pedro,
Si me permitís que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
A buscaros... solo para
Tener el gusto de veros,
Y... pues...
D. Ped. Ya estoy.
Bar. Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna, si quereis
Valeros de mí, me holgara
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga
A vuestros fines.
D. Ped. Lo estimo.
Bar. Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pero Nuñez de Vargas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que...

D. Ped. ¡Calle!
Bar. Sí, la misma gracia
De mirar, la ceja corva,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y...
D. Ped. ¡Cierto que es buena
Fatalidad! ¿Quién pensara
Que...
Bar. ¿Cómo?
D. Ped. Digo que es fuerte
Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
A un pobre demonio, es gaita.
Bar. Pues no lo dudeis.
D. Ped. Ya estoy.
Bar. Diez mil escudos me daba
En onzas de oro mi primo
El duque de... por la tabla
No mas.
D. Ped. ¿Sin el marco?
Bar. Pues,
Sin el marco.
D. Ped. ¡Pieza rara
Será el tal cuadro!
Bar. Allí tengo
Todo lo mejor de Italia...
D. Ped. Buenas noches.
Bar. A mas ver.
Repito lo dicho, y...
D. Ped. Gracias,
Señor Baron.
Bar. (*Ap., tomando una de las luces, y yéndose por la puerta del foro.*)
Este viejo
Es un talego de maulas.

ESCENA V. — DON PEDRO, ISABEL.

D. Ped. Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Nuñez... ¡Qué charla

Tiene! y...
Isab. ¡Señor!
D. Ped. ¡Isabel!
¿Qué es eso? ¡Qué acongojada
Estás, qué triste!
Isab. ¿Quereis
Que no lo esté? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision, ni el llanto,
Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
Persuadirla y moderarla;
Mas la irritó.
D. Ped. Ya lo sé;
Ya me lo ha dicho... Y estaba
Enfadadillo además.
En la juventud nos falta
Moderacion... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se ve ofendido; mi hermana
Es terca; no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
A parar en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.
Isab. Es verdad; bien lo temí...
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.
D. Ped. Y bien,
¿Cómo ha de ser? Es desgracia
Inevitable.
Isab. Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿Sabeis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa...
Si muere... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡qué infausta
Victoria! ¡Qué objeto horrible

Para mí!
D. Ped. No temas nada,
Isabelita; valor.
¿Presumes tú que llegara
A tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas;
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
Ahí afuera. Esta seria
Resolucion temeraria
Y necia en otra ocasion;
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya,
O que desista, y nos diga
Claro y en pocas palabras
Que es un tunante, conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro;
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo;
Ten segura confianza
En mí.
Isab. Solo en vos pudiera
Tenerla.
D. Ped. Verás burlada
La malicia de tu huésped;
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta dónde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por extraña
Que fuese, que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papá? que has sido

Alivio de mis desgracias?
Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?
Isab. Sí, señor, lo sé.
D. Ped. Pues calma
Esa agitacion.
Isab. Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría,
(*Besando la mano á don Pedro y acariciándole.*)
Ternura, dulce esperanza;
Y agradecimiento.
D. Ped. Vamos,
Un mimito, ¡eso faltaba!
Isab. ¡Querido padre!
D. Ped. ¡Hija mia!
Isab. ¿Me quereis?
D. Ped. Pregunta es vana.
¿No te he de querer? ¿No ves
Que á mí tambien se me arrasan
Los ojos?... Pero tu madre
Viene.
Isab. Ya no me acobarda
Su vista; pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI. — DON PEDRO, LA TIA MONICA, ISABEL.

Tia Món. ¡Oiga!... Los dos en consulta.
¿Qué negocios de importancia
Tendrán que tratar? ¿No he dicho
(*A Isab.*)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera?
Isab. Yo salí...
Tia Món. Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

Isab. Señora,
Si...
Tia Món. Vete. Tú la levantas
De cascos; tú me la pierdes.
(*Isabel hace una cortesía y se va.*)
D. Ped. ¿Yo, mujer?
Tia Mon. Sí, tú... ¿Qué estabas
Diciéndola?
D. Ped. Que te sufra.
Tia Món. Habrás venido á inquietarla,
A llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga
Cosa que la mande yo.
D. Ped. No tal; he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron; me preguntan
A mí que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz...
¡Es fuerte cosa! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero;
Y á mí no me dices nada
De este bodorrio!
Tia Món. A su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán después si se engañan
O aciertan.
D. Ped. Pero si vieras
Qué risa les da, y qué ganas
Me dan á mí de rabiar.
¿Quién ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad:
Si quieres ver acalladas
Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra tí, cásala presto.

Tia Món. Presto será.
D. Ped. Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas
Las cabezas.
Tia Món. Cuando quiera
Hallará la puerta franca.
D. Ped. ¿Y si no quiere?
Tia Món. Si no
Quiere, no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.
D. Ped. En efecto,
La tal noticia no es falsa. (*Se sienta.*)
Tia Món. ¿Qué noticia?
D. Ped. La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara
No se dará!... ¡Vanidad
Maldita, que así nos saca
De juicio y nos pierde!... Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Biznieto de doña Urraca,
Y chozno del rey don Sito,
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija...
¡Qué desatino!
Tia Món. ¿A qué llamas
Desatino? ¿Por ventura
Te parece cosa mala,

Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una mujer humilde?
¿Quién ignora lo que arrastra
Una pasion?

D. Ped. ¡Qué pasion,
Mujer, ni qué calabaza!
¡Cuidado que... ¿Dónde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores, hay celos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios así;
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

Tia Món. ¿No?

D. Ped. Jamás.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla bien carada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No, señor; los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada;
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco; sacan

El total al pié, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia jibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna;
Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra;
Con amor ó sin amor...
¡Bendígalos Dios! se casan.
Tia Món. Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:
Déjame en paz, no me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas extravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella. Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.
D. Ped. ¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconocido,
Trapalon, tuno de playa?...
¡Y tú tan boba!... ¿No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves?
Tia Món. No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme; tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.
D. Ped. Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor; que él y el rey
Meriendan juntos: ¿qué sacas
De aquí? ¿Le darás tu hija?

Tia Món. ¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?
D. Ped. Sí.
Tia Món. Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.
D. Ped. Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon;
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman doñas; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no solo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.
Tia Món. ¿Yo?
D. Ped. Tú... ¡Qué ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento en que
Oigas que todos te llaman
Excelencia, que ñoría
Es cosa bien ordinaria?

¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,
Brillantes, sedas y holandas,
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca,
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor, canalla...
¿No es ese tu plan? ¿No es esta (*Levantándose.*)
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?...
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?
Tia Món. ¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.
D. Ped. ¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?
Tia Món. Hombre, por Dios no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII. — EL BARON, LA TIA MONICA, DON PEDRO.

Bar. (*Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.*)
¿Permitís
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?
Tia Món. No era cosa de importancia;
Y aunque lo fuese...

Bar. Me alegro
De hallaros juntos... Yo estaba
Indeciso... Pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes, explicarme
Con claridad, no dar causa
A disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
Que acaso sabeis, me ví
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria...
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en varias
Partes nombre y calidad;
Y cuando después de tantas
Desventuras ví lucir
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo, creyendo
Que estar á poca distancia
De la corte me seria
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla;
Me hospedó aquí, donde á fuerza
De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel... ¿Cómo pensais
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?... Yo os ruego
Que no os altereis; me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendreis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla,
Traté de hacerla mi esposa,

En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdiérais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza;
Hay alguno que desprecia
Mi carácter, que me trata
De seductor, y...

D. Ped. ¿Por quién
Lo decís?

Bar. Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas...
Con dos renglones pudiera
Confundir á quien me agravia,
Y... no lo haré... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la corte; mi contrario
Está preso, el rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches) pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé,
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca;
Y aunque en el pueblo quedara
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los piés. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
A esta union abominada,
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla...

Yo la quise hacer dichosa,
Vos no quereis, y esto basta.
Tia Món. ¡Válgame Dios! pero...
Bar. No,
No os canseis.
Tia Món. ¡Fuerte desgracia
Es esta!. . Porque otros digan...
Mientras yo no he dado causa;
Mientras la niña está pronta
A lo que su madre manda...
¡Animas benditas, pues
Cierto!... ¿Y tú qué dices?
D. Ped. Nada.
Que el Baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple debemos
Darle todos muchas gracias...
Y que me voy á acostar.
Tia Món. ¡Qué necedad, qué ignorancia!
¡Si es muy tonto!... Pero yo,
Señor, por que...
D. Ped. Consoladla,
Señor Baron.
Bar. No hay remedio.
Tia Món. ¡Qué mujer tan desdichada!
Bar. Es preciso hacerlo así,
Lo exigen las circunstancias,
Mi estimacion es primero
Que mi amor.
D. Ped. (*Ap.* ¡Qué zalagarda
Me ha querido armar!...) Adios,
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca?...
Bar. Sí.
D. Ped. ¿Os ireis á la posada?
Bar. Ya lo he dicho.
D. Ped. ¿Y no volveis
Aquí?
Bar. No.

D. Ped. ¿Y así que os traigan
El equipaje, los tiros
Y las carrozas de nácar,
Os vais?
Bar. Me iré.
D. Ped. Lindamente.
(*Ap.* Pues con todo, no me engañas.)

ESCENA VIII. — EL BARON, LA TIA MONICA.

Tia Món. ¿Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi calma,
¿Qué es esto?
Bar. Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.
Tia Món. ¿Qué decís?
Bar. Ficcion ha sido
Jamás han salido vanas
Mis promesas, no temais.
Tia Món. Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta... Si quisieran
Sangrarme, no me sacaran
Gota de sangre.
Bar. Lo creo,
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.
Tia Món. Bien,
Bien hecho.
Bar. Fué necesaria
Precaucion... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta.
Mañana pasaré el dia
En el meson; cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al arcediano la mula,
Tomo su coche y me plantan
Las colleras de un tiron,

Antes que anochezca, en Parma,
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados, cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lunes, bien; estoy
El miércoles en mi casa;
Jueves, viernes... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado, sin tardanza
Ninguna, recibireis
A media noche una carta,
Que os dará mi mayordomo;
Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salís
Adonde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el domingo
Se logran mis esperanzas.
¿Con que estais? A media noche...
Tia Món. Sí, sí, ya estoy enterada;
El sábado. Bien está.
Bar. Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.
Tia Món. Pues,
Señor, ¿temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pié y descalzas,
Fuéramos; vivid seguro.
Bar. Podeis llevar la criada
Tambien para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña;
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estais algo delicada.
Y es bueno cuidarse.
Tia Món. Así
Lo haré.

Bar. Si esto se llegara
A saber, tal vez seria
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del papa;
Su primo duque de Ultonia;
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque expriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil pues renunciar
A este enlace sin que haya
Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mí, con varias
Excusas que fingiré.
De esta manera se gana
Tiempo... Pero á nadie, á nadie
Habeis de decir palabra.
Tia Món. Bien está, señor.
Bar. A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabeis nada.
Tia Món. Bien está.
Bar. Disimulad
El corto tiempo que falta;
Idme á buscar; logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.
Tia Món. Ya, ya estoy.
Bar. Después vereis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperais.
Tia Món. Pues, señor, ¿qué mas?...
Bar. Pensaba

En no decíroslo; pero
Hablemos en confianza.
Vos, ¿qué edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

Tia Món. ¡Ay, señor,
Que no es la vejez la causa!
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres...

Bar. Mi hermana
La vizcondesita cumple
Veinte y dos años por Pascua,
Y está lo mismo que vos,
Y porque no se la caiga
Un diente que la ha quedado,
Solo come cosas blandas:
Sémola, huevos mejidos,
Puches, y así... La obstinada
Tos que padeceis, los flatos,
La debilidad y náuseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os den, se disipa
La hinchazoncilla que carga
A las piernas, y en dos dias
Os hallareis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

Tia Món. ¿Quién, yo?... Pero, señor... ¡Vaya!
¡Jesus, qué calor!

Bar. Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes pasan
Muchos trabajos... A ver
Un polvo.

Tia Món. Y en la de plata.

(*Saca una caja, y se la da al Baron, el cual, des-*

pués de tomar un polvo, se la guarda como distraido.)

Bar. Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos; si muere,
Todos sus estados pasan
A un extranjero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

Tia Món. Cierto,
Siendo un nacion...

Bar. Yo tomara
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es que, además de extranjero,
Es hereje.

Tia Món. ¡Vírgen santa!
¡Hereje!

Bar. Pues ved qué gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin,
Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

Tia Món. ¡Qué canalla!

Bar. Ni ayuna, ni...

Tia Món. ¡Picaron!

Bar. Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla; el tio
Está en lo mismo, y se allana
A todo. El fin es casarle;
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta;
No la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas,
Con que ved si...

Tia Món. Yo, señor,
Aunque á la verdad estaba

Bien ajena de pensar
En eso... pero se trata
De serviros, y podeis
Mandarme como á una esclava,
Y en todo aquello que yo
Pueda y...
Bar. Bien.
Tia Món. Si estoy turbada,
Señor, y no sé...
Bar. Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al príncipe vuestro esposo,
Que está esperando con ansia
La resolucion.
Tia Món. Decidle
Mil cosas.
Bar. Ya estoy.
Tia Món. Y gracias
Infinitas.
Bar. Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.
Tia Món. Bien está.
Bar. Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré á dormir.
Tia Món. ¿Sin cenar?
Bar. No tengo gana;
He comido bien.
Tia Món. Siquiera
Unas sopas.
Bar. Nada, nada.
Tia Món. O un huevecito escalfado.
Bar. No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
A Madrid, y así que él parta,
Me voy al meson... Adios.
Un abrazo. (*Abrazándose.*)
Tia Món. Y mil.

Bar. Honrada
Dueña.
Tia Món. Servidora vuestra.
Bar. Adios... La ausencia no es larga.
Tia Món. Con todo, señor, si ahora
No llorase, reventara.
(*Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.*)
Bar. Hasta el domingo... ¿Qué haceis?
Tia Món. Alumbraros.
Bar. No faltaba
Mas.
Tia Món. Pero si yo...
Bar. Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX. — TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amén!
¡Con qué respeto me trata
El pobrecito! ¡Qué humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre... Pero no dice
Bien; no, señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas,
Gracias á Dios... ni me huele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Bueno fuera
Que nos viniese de extranja
El otro bribon ahullando
En su lengua chapurrada!...
¡Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha,
No, señor, todo á los niños...

¡Ay, hijos de mis entrañas!
¡Angelitos!... ¡Sí, pues poco
Los querrá su padre! ¡Vaya!

ESCENA X. — PASCUAL, LA TIA MONICA.

Pasc. Pues, señor, ya fuí allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.
Tia Món. ¿A quién?
Pasc. Al sastre.
Tia Món. ¿Después de dos horas largas,
Te vienes con eso?
Pasc. Pues
Fuí y dije, digo: el ama
Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta
Que vaya, y...
Tia Món. Bien: ¿y qué dijo?
Pasc. ¿Quién, él? Él no ha dicho nada.
Tia Món. Pues qué, ¿no le has visto?
Pasc. Yo,
No por cierto.
Tia Món. Qué, ¿no estaba?
Pasc. Sí, señora.
Tia Món. ¿Y no le dieron
El recado?
Pasc. La Colasa
Se le dió.
Tia Món. ¿Con que vendrá?
Pasc. ¡Qué ha de venir!
Tia Món. Pues acaba,
¿Por qué no viene?
Pasc. Porque
Parece que esta mañana...
Pues, señor, el pobre sastre
Subió á poner unas tablas
Al palomar, y una red

Para tapar la ventana,
Y estando allí se le fué
La cabeza, como andaba
Clavando clavos, y el pelo
Se le enredó en una escarpia...
Y desde allí se cayó
Sobre el palo donde enganchan
La garrucha, cuando tienen
Que subir sacos de paja;
Y desde allí se cayó
Al tejado de la Marta;
Y desde allí cayó al suelo,
Y desde allí por la trampa
De la cueva, zas, cayó
A la cueva, porque estaba
Sin cerrar, y desde allí
Se cayó en una tinaja
De aguardiente... Y desde allí
Le llevaron á la cama,
Y mientras esté acostado
No quiere salir de casa...
Con que no puede venir.

Tia Món. Soy en todo afortunada;
Por qué tanto, cuando yo
Le llamo, se descalabra.
Toma esa ropa... Cuidado,
(*Harán lo que denotan los versos.*)
Y llévala adentro... Aguarda,
¿No ves que lo arrugas todo?

Pasc. Es porque no se me caiga.

Tia Món. ¡Mira qué aliño!

Pasc. Si...

Tia Món. Suelta;
Fermina vendrá á doblarla;
Déjalo.

Pasc. Bien.

Tia Món. Oyes, dí,
¿Por qué dejaste que entrara
Leonardo esta tarde?

Pasc. ¿Yo?
Porque... Luego se me pasa

Todo... Ya no sé por qué.
Tia Món. Cuidado con que le abras
La puerta otra vez... ¿Estás?
Pasc. Ya estoy.
Tia Món. Mientras no le llaman,
No hay para que venga. Díle,
Si vuelve otra vez, que el ama
Te ha dicho que no le dejes
Subir, que está fastidiada
Dél, que no quiere ni oirle
Ni verle mas, que se vaya.
¿Lo entiendes?
Pasc. Pues ya se ve
Que lo entiendo. Si yo estaba
En lo propio, y cuando vino
Dije, digo: no está en casa
El ama, y él dice: tonto,
Si la he visto á la ventana...
Con que entró, y aquí se estuvo.
Salió después... Yo pensaba
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se pára
A la puerta, y dice... No:
Entonces no dijo nada;
Cogió y se entró derechito
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le ví
Así, que no preguntaba
Cosa ninguna...
Tia Món. ¿Dos veces
Estuvo?
Pasc. Dos... Pues si anda
Siempre... ¡Toma!... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y...
Tia Món. Bien,
Ya lo sé.
Pasc. No era guitarra,
Era otra especie de...
Tia Món. Sí,
Ya estoy.

Pasc. De instrumento.
Tia Món. Calla.
¡Picarones!... todos, todos
Son contra mí, todos tratan
De burlarme; pero yo
Les prometo...
(*Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.*

ESCENA XI. — PASCUAL.

Pues cantaba
Unas coplas... Eso sí,
Las coplas eran muy guapas,
Y... ¡Calle! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta mujer... ¡Ay, qué rico
(*Se acerca adonde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.*)
Zagal!... No, señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas... ¡Anda,
Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mujeres
Qué cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota... Probemos
(*Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mujeriles.*)
A ver... ¡Qué! si está cortada
Para mí... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra!... ¡Ay, qué guapo! Así va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, así.

ESCENA XII. — PASCUAL, FERMINA, LA TIA MONICA.

Ferm. ¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!

Pasc. ¡Ay! ¡Qué susto
Me has dado!
Ferm. Vamos, despacha.
(*Harán lo que indica el diálogo.*)
Ropa fuera... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!
Pasc. Vaya,
No te enfades... tira...
Ferm. Poco
A poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de!...
Pasc. No te enfades,
Mujer.
Tia Món., llamando desde adentro.
¡Fermina!
Ferm. ¡Ay! que llama.
Pasc. ¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?
Ferm. Me alegrara.
Pasc. Como está sobre la chupa,
Se arruga todo y se atasca.
Tia Món. (*Vuelve á llamar desde adentro.*)
¡Fermina!
Pasc. ¡Válgate Dios!
Tira, mujer.
Ferm. Si no alargas
Un poco el brazo... ¡Ay! que viene.
Pasc. Ya se ve que viene.
Ferm. Marcha,
Corre.
Pasc. ¿Adónde?
Ferm. ¿Qué sé yo?
Al desván.
Pasc. Arriba patas,
Al desván... Oyes, por Dios,
Que no digas...
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Ferm. Corre y calla.
(*Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.*)

ESCENA XIII. — FERMINA, LA TIA MONICA.

Tia Món. ¿Dónde estás, sorda, que grito (*Sale.*)
Como una desesperada,
Y no respondes?
Ferm. Aquí,
Doblando esta ropa.
Tia Món. Acaba
Presto, y danos de cenar.
Ferm. ¿Son las nueve?
Tia Món. Poco falta.
Ferm. ¿Pero no he de hacer la sopa
De almendra?
Tia Món. No, que no baja
El señor Baron. Está
Escribiendo, y cuando haya
Cerrado sus pliegos, quiere
Recogerse.
Ferm. ¡Cosa extraña!
Sin cenar... no lo acostumbra.
Tia Món. Oyes, mira que mañana
A eso de las cinco debe
Salir. Tenle preparada
La manteca, el chocolate,
Bollos, agua de naranja,
En fin, lo que toma siempre:
¿Estás?
Ferm. Bien.
Tia Món. Deja entornada
La ventana, que si no
Cuando estás entre las mantas
Y á oscuras, eres un tronco.
Ferm. ¿Con que en efecto se marcha
El Baron? ¿Y qué, no lleva
Una tortilla con magras
O un poco de...
Tia Món. Si no sale
Del lugar.
Ferm. ¡Ay desdichada!

¿Con que vuelve?
Tia Món. No por cierto;
Nos deja, se va de casa,
Y no vuelve mas.
Ferm. Agur.
¿Pero cómo?...
Tia Món. Ya me enfada
Tanto preguntar. Recoge
(*Ladra un perro á lo lejos.*)
Esos vestidos, y saca
La cena, y déjame en paz.
Pero... ¿qué es eso?
Ferm. Que ladra
El Turco.
Tia Món. Si aquel zopenco
De Pascual... No hay quien les haga
Entender... Le tengo dicho
Que me le deje en la cuadra
Encerrado... Él se alborota
Con un mosquito que pasa.
(*Vuelve á ladrar.*)
Ferm. Ladra mucho... No haya gente
En el corral.
Tia Món. Pues si estaba
Durmiendo el señor Baron,
Cierto que... Mira quién anda
En la escalera.
Ferm. ¿Quién es?

ESCENA XIV. — PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

Pasc. ¿Quién ha de ser? La fantasma.
Tia Món. ¿Pues de dónde vienes?
Pasc. Yo
Lo diré... Porque la gata,
Como maya tanto... digo:
Si se queda allí encerrada
Y empieza á rabiar... Con que
Fuí... ¡pero qué, si se escapa
Y... vete á cogerla... ya!

Michita, michita, nada;
Miz, miz, miz... un arañazo
Me tiró que... (*Ladra el perro.*)
Tia Món. ¿Cómo ladra
Tanto ese perro?
Pasc. Sí... ¡Calle!
Lo mejor se me olvidaba:
¿Pues no ha de ladrar el pobre
Chucho? Yo tambien ladrara;
¡Toma!... Y cuenta que es verdad
Que desde aquella ventana
De arriba... no la grandota
Donde están las alcarrazas,
Sino la de mas allá...
Tia Món. Y bien, ¿qué?
Pasc. Se descolgaba
El Baron, poquito á poco.
Tia Món. Calla, bruto.
Pasc. ¡No, que es chanza!
Si le he visto yo.
Ferm. ¿De veras?
Tia Món. Anda, ve, mete en la cuadra
El perro, y duerme, que estás
Perdido de vino.
Pasc. Vaya
Con Dios... pero yo le ví.
Tia Món. ¿Qué has de ver, tonto?
Pasc. Si estaba
Yo en el desván y le ví.
¡Dale!... Y con la soga larga
Del tendedero, á la cuenta,
¿Qué sé yo?... debió de atarla...
Ello yo le ví, y el pobre
Turco se desgañitaba:
Huauh, huauh, huauh...

ESCENA XV. — ISABEL, LA TIA MONICA, FERMINA, PASCUAL.

Isab. Madre, ¿no habeis
Sentido el rumor que anda

En la calle? Gritos, golpes...
Yo estoy atemorizada.
Parece que alguno de ellos
Iba huyendo, y le acosaban
Otros...
Tia Món. ¿Y bien, qué tenemos?
Serán los mozos, que pasan
De ronda.
Ferm. ¡Válgame Dios!
(*Suena á lo lejos un pistoletazo.*)
¿No ha sonado un tiro?
Isab. Calla.
Ferm. ¿Qué será?
Pasc. ¡Qué miedo!
Isab. Vamos
A la reja de la sala.
Tia Món. Alguna quimera, que
Al cabo no será nada...
Vamos.
(*Suenan golpes á la puerta.*)
Pasc. ¡Ay!
Isab. ¡Qué golpes!
Tia Món. Lleva
Esa luz, mira quién llama.
Pasc. ¿Y he de abrir?
Tia Món. Si no conoces
Quién es, no... Fermina, baja
Con él.
Pasc. Mucho miedo llevo.
Fermina, no te me vayas,
(*Fermina tomando una de las luces se va con Pascual, y continúan los golpes á la puerta.*)
Los dos juntitos.
Ferm. ¡Qué prisa
Tienen! Ya van.
Tia Món. ¡Es desgracia
Por cierto! Precisamente
Esta noche, que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir,

Y ha de recogerse para
Madrugar... Ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto... Si anduviese
Por el lugar una sarta
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.

ESCENA XVI. — LA TIA MONICA, ISABEL, DON PEDRO, FERMINA, PASCUAL.

(*Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante de ellos con la luz.*)

D. Ped. Hermana,
Isabel, albricias : nuestro
Huésped cumplió su palabra.
Tia Món. ¿Cómo?
Isab. ¿Qué decís?
D. Ped. Que ya
No teneis Baron en casa.
Tal prisa lleva, que habiendo
Puerta, eligió la ventana
Para salir; y pudiendo
Irse en carrozas doradas
Con tiros napolitanos,
Lacayos, pajes y guardias,
Por el camino de Esquivias
Va, que el diablo no le alcanza.
Pacorrillo el sacristán,
Y el chico de la Tomasa
Nuestra vecina, que son
Dos galgos si se desatan,
Le siguen ; pero yo temo
Que su diligencia es vana.
Él al principio se quiso
Hacer el guapo; dispara
Una pistola; erró el tiro;
Y á consecuencia descargan
Dos ó tres palos en él,

Tan fuertes, que si le plantan
Otro igual... Bien que no quiso
Su fortuna que acertaran.
Entonces, tirando al suelo
Ese hatillo que llevaba,
Dió á correr; y segun va,
Sus piés no son piés, son alas.
Tia Món. Fermina, ven que me quieren
Volver loca, ven.
(*Coge una de las luces, se va apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detrás.*)

ESCENA XVII. — DON PEDRO, ISABEL, PASCUAL, LEONARDO.

D. Ped. Desata
Ese rebujo, y veamos
El equipaje y las galas
(*Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.*)
De aquel caballero... ¿Y tú,
Niña, no me dices nada?
Isab. Confusa estoy... de alegría
No acierto á decir palabra.
Pero... ¿y Leonardo?
D. Ped. Leonardo
No se ha muerto, ni le matan,
Ni corre peligro... Mira,
(*Saldrá Leonardo fatigado y lleno de polvo, y se sienta.*)
Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha
Ese corazon... ¿Qué nuevas
Nos das?
Leon. Que el Baron se escapa;
Tal lijereza de piernas
Jamás la ví.
D. Ped. Que se vaya
Enhorabuena... ¡Quién sabe!
Tal vez el susto que acaba
De llevar será su enmienda.
Así el infeliz se salva

De un presidio, en donde lejos
De reprimirse las malas
Inclinaciones, se aumentan;
Donde los delitos hallan
Castigo, no correccion.

ESCENA ULTIMA. — LA TIA MONICA, FERMINA, DON PEDRO, ISABEL, LEONARDO.

(*La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento, se sienta.*)

Ferm. ¡Marchóse por la ventana
El pícaro! Allí no hay mas
Que una chupa desgarrada,
Un sombrero viejo, un par
De calcetas... nuestra bata
De boda en una gatera,
Cubierta de telarañas,
La cuerda que le ha servido
De escalera, y unas chanclas.
D. Ped. Aquí debe parecer
Lo demás. Mira, una caja;
(*Irá mostrando lo que dicen los versos.*)
Y esta es la tuya : un pedazo
De galon; una cuchara
De plata...
Ferm. ¡Qué picardía!
La que le dí esta mañana
Con el vaso de conserva.
D. Ped. Un estuche, dos barajas,
Un anillo... tambien tuyo...
Y aquí hay dinero... Él estafa,
Pero restituye.
Ferm. Es hombre
De conciencia delicada.
Tia Món. Bien está; dejadme sola,
Idos, que ya es tarde... Baja,
Pascual, y cierra las puertas.
Idos.
D. Ped. ¿Qué pasion te afana?

Tia Món. ¡Picaron!... ¡maldito!... ¡Y yo
Tan sencilla, tan bonaza!...
¡Y burlarme así!
Isab. ¡Querida
Madre!
Leon. No es tiempo de tanta
Afliccion.
D. Ped. Un error breve,
Que no ha producido infaustas
Resultas, puede ser útil,
Porque instruye y desengaña.
Quisiste salir de aquella
Humilde esfera en que estabas,
Y te expuso esta ilusion
A un abismo de desgracias.
Horror me da contemplar
Cuántos males preparaba
Tu ceguedad.
Tia Món. Ya lo veo,
Y eso me angustia y me mata.
D. Ped. Mira tu consuelo aquí.
Sobrina, llega y abraza
A tu madre.
Tia Món. ¡Ay Dios!
(*Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro, asiendo de la mano á Leonardo, le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrodillan á los piés de la tia Mónica.*)
D. Ped. Tus hijos
Son estos, y solo aguardan
Tu bendicion para ser
Felices... No temas nada,
Leonardo; llega, que ya
Mudaron las circunstancias.
Tia Món. Es verdad... ¡Ay, hija mia!...
(*Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.*)
Y tú... perdóname tantas
Locuras, Leonardo... tuya
Es Isabel.
Leon. ¡Madre!
(*Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.*)

Isab. ¡Amada
Madre!
Tia Món. Perdonadme.
(*Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos la recibe y habla cariñosamente.*)
D. Ped. ¿Ves
Como á este placer no iguala
Otro ninguno? Esta es
La felicidad mas alta;
Esta... y los sueños que excita
La ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
De tu familia, estimada,
Querida y en dulce paz;
Que el fausto, la pompa vana
De las riquezas no pueden
Hacer que disfrute el alma
Estas dichas... ¡Infeliz
El que no sabe apreciarlas!

FIN DE EL BARON.

LA MOJIGATA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL 19 DE MAYO DE 1804.

« Malus, bonum ubi se simulat tunc
est pessimus. »
Publio Syro.

PERSONAS.

DON LUIS.	DON CLAUDIO.
DON MARTIN.	LUCIA.
DOÑA CLARA.	PERICO.
DOÑA INÉS.	EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en casa de don Luis. La accion empieza á las diez de la mañana y se acaba á las cinco de la tarde.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de don Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

ESCENA PRIMERA. — DON LUIS, DON MARTIN.

D. Mart. Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto;
Dejémoslo.

D. Luis. Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,
Regañas, gritas...
D. Mart. ¿Y cómo
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y cómo
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿No eres tú
Mi hermano?
D. Luis. Nadie lo niega;
Pero, pues yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.
D. Mart. Es verdad. ¡Y la gobiernas
Perfectamente!.... ¿A qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio á Toledo;
Se han visto ya; pues ¿qué esperas?
Cásalos.
D. Luis. Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto;
Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo;
Yo, que me acordaba apenas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo
Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;

Pero después, tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
O seriedad. Yo, entre tanto,
Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza....
Esta noche no ha dormido
En casa.... Yo sé que juega...
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva,
Y sobre todo saber
Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

D. Mart. Es una cosa muy puesta
En razon.... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre...

D. Luis. Esa autoridad se templa
En estos casos; pues todo
Lo demás fuera violencia
E injusticia.

D. Mart. Sí, blandura,
Mimo, cariñitos.... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

D. Luis. Quien te oyera
Hablar así, pensaria,
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchacha camina
A su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

D. Mart. Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
A servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

D. Luis. Eso sí.

D. Mart. Pues ya se ve
Que sí.

D. Luis. ¿Pues quién te lo niega?

D. Mart. Es que yo sé bien por qué
Lo digo.... Hay gran diferencia
De prima á prima.
D. Luis. ¿Y quién dice
Que no?
D. Mart. Por mas que lo quieras
Negar.
D. Luis. ¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se va,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita....
D. Mart. No hay tal.
D. Luis. Sí hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á oscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado.
D. Mart. No hay tal cosa.
D. Luis. Sí hay tal cosa. Como emplea
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamás, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda mujer,
Y deja el encargo de ellas
A su prima; pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
A las cosas de la tierra.
Cuando su padre la ve,
Libros devotos hojea;

Cuando queda sola, entonces
Es la lectura diversa:
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas lijeras,
Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde, predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.
Estas obras de moral
Don Benito se las presta;
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

D. Mart. Pues yo te doy por respuesta,
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

D. Luis. Pues todo es verdad.

D. Mart. ¡Perversa
Envidia!

D. Luis. No hay tal envidia.

D. Mart. Bien está; dí lo que quieras;
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

D. Luis. No la he visto profesar.

D. Mart. Profesará.

D. Luis. Bien pudiera
Ser, pero...

D. Mart. Profesará

D. Luis. No seré yo quien lo crea.

D. Mart. Profesará, sí, señor,

Profesará.
D. Luis. Si te empeñas
En que ha de ser....
D. Mart. Y será;
Porque yo quiero que sea,
Y será.
D. Luis. Bien, no te enfades.
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida!
D. Mart. No;
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.
D. Luis. Ello así parece; pero
Haces muy mal en creerla.
D. Mart. ¿Por qué?
D. Luis. Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú, si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á tí
Te enamora y embelesa.
D. Mart. ¿Fingida virtud?
D. Luis. Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, excelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las mas lijeras
Faltas; gritabas; no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha....
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;

La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza
Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.
D. Mart. ¡Bien! muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.
D. Luis. ¿Te vas?
D. Mart. Se acabó el sermon,
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!... ¡Qué tres!
(*Se va don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.*)

ESCENA II. — DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. Luis. Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos.... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.
D. Claud. Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y.....
D. Luis. Pues mira
Que cuando otra vez suceda

No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas,
Y que te lleven los trastos
Al meson..... Pero ¡que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas,
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demás, no dar respuesta
Con tino ni reflexion...
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y.....

D. Claud. De esa manera
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
De libertad...

D. Luis. Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

D. Claud. Yo no sé cómo entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
A decir que es un huron;
Si no calla...

D. Luis. Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Extremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demás te demuestra

Que fuiste poco gracioso,
¿Por qué repites la escena?
¿Por qué quieres que á tí solo
Te escuchen? ¿Por qué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!
(*Hace que se va, y vuelve.*)
D. Claud., aparte. Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.
D. Luis. Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu canticio infernal:
Que después de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III. — DON CLAUDIO, PERICO.

(*Saldrá Perico por la puerta del lado derecho.*)
Per. ¡Señor!
D. Claud. ¡Periquillo. ¿Cómo?...
Per. Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estábais fuera...
D. Claud. Sí, tuve que hacer.
Per. Al fin
No es la prision muy estrecha,
Cuando hay asuetos nocturnos.
D. Claud. Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno
Por Ocaña? ¿Cómo dejas

A mi padre?
Per. Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.
D. Claud. ¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?
Per. ¿A mí?
Ni el valor de una peseta.
Dice que yo no le sirvo,
Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.
D. Claud. Bien dicho; pero no tengo
Un maravedí.
Per. ¡Pues fuera
Cosa de ver!... ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí...
D. Claud. Sí, amigo.
¿Qué quieres? á uno le tienta
El diablo, y...
Per. ¿Qué mayor diablo
Qué tener mala cabeza?
D. Claud. Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...
Per. ¿Y qué ha sido?
D. Claud. Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.
Per. ¡Bueno!
D. Claud. ¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catujilla,
Y aquella moza trigueña...
Per. ¿La Virtudes?
D. Claud. Esa misma;
Yo, y el hijo de la Crespa.
Per. Adelante.
D. Claud. ¡La Catuja,
Hombre, qué chica tan bella!

Per. Al caso.
D. Claud. Pues merendamos;
Y para alegrar la fiesta,
Un sargento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? De la Molinera.
Per. Ya.
D. Claud. Pues, amigo, sacó
Le barajilla; se empeña
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero después se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
Él echó cuatro por vidas,
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde,
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.
Per. ¿Y á las muchachas
Tambien?
D. Claud. Puse yo por ellas,
Porque no era regular...
Per. ¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?
D. Claud. Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.
Per. ¿Tambien esa?
D. Claud. Tambien esa.
Y dice que ha de venir,
A ver si don Luis encuentra

Modo de que yo le pague.
Per. Y bien, dejarle que venga.
D. Claud. Toma; pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.
Per. ¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?
D. Claud. Me revienta.
Per. ¿Y doña Inés?
D. Claud. Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste;
Pues de la propia manera
Ha seguido... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.
Per. ¡Qué desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero...
D. Claud. ¿Qué es eso?
Per. Dejadme.
D. Claud. ¿Qué te suspende?
Per. (*Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.*) Quisiera
Ver si..... No..... Bien puede ser;
Pero..... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.
D. Claud. ¿Pero qué?...
Per. Vereis qué idea.
Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin.
D. Claud. ¿Lo de Sevilla?
Algo sé.
Per. Después de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen

En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror...¿ Qué sé yo?
Casas, molinos, jaciendas,
Jolivas..... En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
Él por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
Esta Clara, ¿se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima, ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?
D. Claud. Siempre que he llegado á hablarla,
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacia
Intencion...
Per. ¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella;
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y...
D. Claud. ¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!
Per. Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.
D. Claud. Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas...
Per. ¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?
D. Claud. Hombre, si me da vergüenza...

Vergüenza no, sino asi
Como...
Per. ¡Pues cierto que es buena
Ocasion de timideces,
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal.
D. Claud. Pues, ¿y si luego nos echa
Noramala?
Per. Probaremos.
Háganse las diligencias,
Y si da en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.
D. Claud. Gente viene.
Per. Y es, no menos,
El señor Juan de' Corella,
Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche..... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza
Mientras se va.
(*Vase don Claudio por la puerta del foro.*)

ESCENA IV. — PERICO, EL TIO JUAN.

Per. ¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan!
Tio Juan. Esta esquela
Traigo para don Martin.
¿Se puede entrar?
Per. Está fuera.
Tio Juan. ¿Sois de la casa?
Per. ¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despean.
Tio Juan. Como yo no paro allí
Un instante.....
Per. ¿Y la parienta?

Siempre tan robusta, ¡eh! vaya.
Tio Juan. Si se murió por cuaresma.
Per. ¡Hombre!
Tio Juan. ¡Toma!... Yo no sé
Si aquí os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar.....
Es sobre aquello de Illescas.
Per. Sí, de Illescas..... Por aquel
Censillo de las bodegas.
(*Quitándole al tio Juan el papel de la mano.*)
Bien, pues yo se la daré
A don Martin cuando venga.
Tio Juan. Mejor es.
Per. Sí, y él irá
Por allá con la respuesta.
Tio Juan. No se olvide.
Per. Quedo en ello.

ESCENA V. — PERICO, DON CLAUDIO.

Per. (*Después de haber leido el papel hace extremos de alegría.*) ¡Lindo!
D. Claud. ¿Qué locura es esa?
Hombre, qué...
Per. ¡Santo papel,
Que así nuestro mal remedias?
(*Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.*)

« J. M. y J. — Mi señor don Martin; á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia de que usted nos habia hecho la caridad (Dios se la pague) de cobrarnos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado órden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á usted y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. Usted perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva. — B. L. M. de usted

su mayor servidora.—Juana María de la Resurreccion del Señor, abadesa indigna.»

D. Claud. ¿Y qué sacamos con eso?
Per. ¡Ahí es una friolera!
¿Este don Martin me ha visto?
D. Claud. ¿Yo qué sé?
Per. Vamos con flema.
Cuando llegamos de Ocaña
Un mes ha, ¿no estaba él fuera?
D. Claud. En Madrid, que luego vino.
Per. Muy bien; y antes de su vuelta
¿No me fuí yo?
D. Claud. Sí.
Per. ¿Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?
D. Claud. Tú lo sabrás.
Per. Yo lo sé...
Y don Martin por mas señas
¿No es medio cegato?
D. Claud. Y mucho.
Per. ¿Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Y conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea...
Por otra parte, las madres
No han de ser tan avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta,
Y voy á Madrid.
D. Claud. ¿A qué?
Per. A encargos y diligencias
Sobre el pleito.
D. Claud. Ya.
Per. Pues bien,
Me voy; y aunque el hombre vuelva,
¿A quién dirá el desdichado

Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo; vuelta
A escribir y á responder;
Los canso, se desesperan...
Y si el asunto va mal,
Que me escriban á Ginebra.
Además, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entonces..... Pero ella viene.
D. Claud. Háblala, mira, no pierdas
Este lance.
Per. ¿Pero vos
Teneis trabada la lengua?
D. Claud. Ya viene. Adios.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)
Per. ¿No hay remedio?
Pues buen ánimo, y á ella.
(*Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*)

ESCENA VI. — PERICO, DOÑA CLARA.

Per. ¡Válgate el diantre, la niña,
Qué presto ha dado por tierra
Con mi buen señor!
Doña Cl. ¡Perico!
Per. Y ahí es decir que nos queda
Esperanza... ¡pobrecito! ..
De que se seque y se muera.
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamás.
Doña Cl. ¿Si será por mí?
Per. ¡Ay amor! ¿Y no valiera
Mas decírselo? ¿Ha de ser
Tan cruda, tan indigesta,
Que viendo á aquel infeliz...

No puede ser, aunque fuera
Un serpenton.
Doña Cl. ¡Periquillo!
Per. ¿Quién ha de haber que consienta
Que un muchacho, tan muchacho,
Y de casa solariega,
Se nos muera tontamente,
Sin motivo de mas fuerza
Que porque la tal Clarita
Es graciosa y pispireta,
Y porque tiene la boca
Coloradilla y pequeña,
Y porque tiene los ojos
Negritos, y... Pues por esa
Razon, ella ha de curarle,
Ya que el mal nos vino de ella.
¡Señora!
(*Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á doña Clara.*)
Doña Cl. ¿Qué, ya has venido
De Ocaña?
Per. Y aun mejor fuera
No haber venido.
Doña Cl. ¿Por qué?
Per. Por nada... ¡Si lo supiera!...
Doña Cl. ¿Estás malo?
Per. No, señora.
(*Se va retirando, y finge hablar entre sí algunas expresiones, segun lo indica el diálogo.*)
Me voy...
Doña Cl. ¿Adónde?
Per. A la iglesia
A rezar.
Doña Cl. ¿Porque yo vengo
Te vas?
Per. Pero ¿qué se arriesga?
Doña Cl. ¿Qué dices?
Per. Si el desdichado
Pierde su salud por estas
Timideces, para mí
Será un cargo de conciencia.
Señora, si me quereis

Escuchar...
Doña Cl. Dí lo que quieras.
Per. ¿Estamos solos?
Doña Cl. Parece
Que sí.
Per. Yo tiemblo...
Doña Cl. No temas.
Per. Si me prometeis callar...
Doña Cl. Extraño que me lo adviertas.
Per. Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y...
Doña Cl. ¿Qué intentas?
¿A qué quieres atreverte?
Per. No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.
Doña Cl. En fin, ¿qué quieres?
Per. Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña; no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
Él no quiere á doña Inés,
La aborrece.
Doña Cl. ¿Qué me cuentas?
Per. Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.
Doña Cl. ¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.
Per. No, señora,
No es de allí.
Doña Cl. ¡Pues qué! ¿Pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo... y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.
Per. ¿Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y...
Doña Cl. ¿Cómo?

Per. Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.
Doña Cl. ¡Qué osadía!
Pues... vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.
Per. De vos
No esperaba otra respuesta.
Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios. (*Hace que se va.*)
Doña Cl. Oyes, mira.
Per. ¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Que vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.
(*Hace que se va.*)
Doña Cl. Mira.
Per. Dejadme, por Dios.
Doña Cl. ¿Con que esa pasion es cierta?
Per. ¡Ay, señora! ¿Lo dudais?
Doña Cl. ¿Pues quién me asegura de ella?
Per. Vuestros ojos.
Doña Cl., *riéndose.* ¡Ah, bribon!...
Per. Pero si se considera,
Yo no sé qué inconveniente
Puede haber...
Doña Cl. Calla, que empiezas
A irritarme.
Per. Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal;
Pero vos... ¡Ah, ¡si yo os viera
Casada con él... casada,
Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas

Como su madre!
Doña Cl. Perico,
Vete... ¡Ay, Dios! toda me inquietas.
Per. Aunque mireis con horror
El matrimonio, pudiera...
Doña Cl. No, yo no le tengo horror.
Per. Pues ¿qué detencion es esa?
Él es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...
Doña Cl. Eso sí; no es mal muchacho.
Per. La verdad: ¿no le quisiérais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?
Doña Cl. Sí, déjame.
Per. ¡Pobrecillo!
¡Qué desesperadas nuevas
Le voy á dar!... Es inútil
Hablar mas de la materia.
(*En ademán de irse.*)
Doña Cl. ¿Te vas?
Per. ¿Qué he de hacer?
Doña Cl. Atiende.
Díle...
Per. Sí, que nunca os vea.
Doña Cl. No es eso.
Per. Que si se quiere
Morir de amor, que se muera.
Doña Cl. No, sino... Tú no me entiendes.
Per. ¿Cómo quereis que os entienda?
Doña Cl. Díle... Que es un atrevido...
¡Ay, Periquillo! ¡Me cuesta
Tanto rubor!
Per. ¡Qué locura!
¡Vaya! Sobre que se juega
Limpio.
Doña Cl. Díle que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo, que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.
Per. ¡Oh! bien. A mi cargo queda.

Pero, ¿no le digo mas?
Doña Cl. Harto es eso.
Per. Mas quisiera.
Doña Cl. Vete, vete.
Per. Pero no
Me le riñais cuando venga.
¿No?
Doña Cl. Bien, no le reñiré.
Per. Que el quereros no es ofensa.
(*Vase por la derecha.*)
Doña Cl. Adios, picarillo, adios.

ESCENA VII. — DOÑA CLARA, LUCIA.

Doña Cl. Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.
Luc. Pues ¿qué novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.
Doña Cl. Sí; pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado
De mí.
Luc. ¡Calle!
Doña Cl. Sí; y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño muy de veras.
A la siesta nos veremos
Para tratar lo que deba
Disponerse, y...
Luc. Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la escribana.
Doña Cl. Anda, ve y díle que vuelva
Después, ó no venga mas.
Luc. Es ingratitud muy fea.
Doña Cl. ¿Qué importa? Le quise ayer,
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;

Pero ya tiene licencia
De mudarse.
Luc. Yo no alcanzo
Por qué con tal lijereza
De ese don Claudio os fiais.
Doña Cl. ¿Qué sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima;
En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo, que no soy muy lerda...
Ayer mismo me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta mano, y la apretó
Tanto, y dijo: ¡Ay, Clara bella,
Monilla, guapilla!
Luc. Y vos,
¿Qué dijísteis?
Doña Cl. ¿Qué pudiera
Decirle estando allí todos?
Me puse... así... muy contenta.
Le miré, y no mas.
Luc. El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, ver á los viejos.
Doña Cl. ¿Qué han de hacer cuando lo sepan?
Y sobre todo, primero
Soy yo.
Luc. ¿No temeis la fiera
Condicion de don Martin?
Doña Cl. ¿Y por qué debo temerla?
Luc. Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga.
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica...
Doña Cl. Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.

Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Después de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme, y de vivir.
Luc., *mirando adentro.* Vuestra prima.
Doña Cl. Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella...
Y al arrimon le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII. — DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

Doña Inés. Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?
Doña Cl. Que me saques de una extrema
Inquietud.
Doña Inés. ¿Cuál es la causa?
Doña Cl. Como tu bien me interesa
Tanto... Díme, este don Claudio,
Que segun todos sospechan
Ha venido á ser tu novio,
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?
Doña Inés. ¿Yo? No por cierto.
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?
Doña Cl. ¡Lindamente
Disimulas!
Doña Inés. ¡Qué simpleza!
Doña Cl. ¿Con que no le quieres?
Doña Inés. No.
Porque no hay cosa que vea
En él que no me disguste.
Doña Cl. ¿Y si tu padre se empeña
En ello?

Doña Inés. No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.
Doña Cl. No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses así. Yo estaba
En extremo descontenta,
Temiendo que ibas á hacer
Una locura.
Doña Inés. No temas.
Doña Cl. Él, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea,
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¡Y qué figura tan rara!
Doña Inés. En eso, prima, no aciertas;
Que es buen mozo.
Doña Cl. Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.
Doña Inés. Pero ¿qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera
Para decir la verdad?
Él me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle; pero
Es buen mozo.
Doña Cl. No hay belleza
Sino en Dios; las criaturas
Todas somos imperfectas.
Doña Inés. ¿Ya empiezas con eso?
Doña Cl. En fin,
Si este partido desprecias,
¿Quién sabe que no te inclines
A la religion, y seas
Monja tambien?
Doña Inés. Prima, yo
Soy muy profana, muy lega,
Y algo apegadilla al mundo.
Doña Cl. ¿Pero no ves que nos cercan
En el siglo mil peligros?
Doña Inés. Sí, ya lo sé; ¿pero piensas

Que en la soledad de un claustro
Mil peligros no se encuentran?
Doña Cl. Practicando la virtud...
Doña Inés. Practicándola, en cualquiera
Estado serás feliz...
Doña Cl. Pero no dudes que aquella
Vida penitente, humilde,
Es mas pura y mas perfecta.
Doña Inés. Sí, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y si no, después de amarga
Vida, ¡qué suerte la espera!
Doña Cl. Eso sí, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.
Doña Inés. ¿No he de aprobarla?
Sí, prima; y no te parezca
Que yo la repugne en tí,
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.
Doña Cl. Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.
Doña Inés, con ironía. ¡Qué bien haces!
Doña Cl. Allí viviré contenta.
Doña Inés. Y aun aquí no vives triste.
Doña Cl. ¿Cómo?
Doña Inés. Digo, que no dejas

De procurar distracciones...
Doña Cl. ¿Qué quieres decir?
Doña Inés. Honestas,
Se supone.
Doña Cl. Pero...
Doña Inés. Anoche,
Con aquel tiple y aquellas
Coplas... ¡Tal cual! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas,
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...
Doña Cl. Calla,
No me apures la paciencia,
Mira que...
Doña Inés. ¡La santa!
Doña Cl. Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX. — DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

(*Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo, y cojeando.*)
D. Mart. Entrad, caballero. Niñas...
(*Vanse doña Clara y doña Inés.*)
Per. Pues aquí teneis la esquela.
(*Le da la esquela á don Martin.*)
D. Mart. Si me permitís...
Per. Leed.
(*Lee don Martin. Perico se pasea, y se limpia el sudor con un pañuelo.*)
D. Mart. ¡Válgame Dios!
Per. ¿Qué os inquieta?
D. Mart. ¿Con que el pobre don Lorenzo?...
Per. Sí, amigo, ¡quién lo dijera!
Después de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse... ¡Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda

Otro hermano.
D. Mart. ¿Luego vos
Sois su hermano?
Per. Un mes lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa; mi parienta
Se llama doña María
Godinez Rivadeneira;
De mis hijas, la mas gorda
Se llama doña Teresa;
La menor, doña Guiomar;
Y entrambas por consecuencia
Son sobrinas del difunto.
D. Mart. ¿Murió?
Per. No; pero sospechan
Que morirá... Si quereis
Entregarme lo que reza
El papelito.
D. Mart. Al instante:
Voy allá... (*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero ello es fuerza
Que hiciese algun disparate
Al comer.
Per. Si no que sea
Que ayer tarde merendó
Un cochinillo con setas...
D. Mart. Eso basta.
Per. Ya se ve
Que basta y sobra; y pudiera
Ser suficiente á matar
Al convidado de piedra.
D. Mart. Cierto que ha sido un...
Per. Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensamos que se fuera
Por la posta... Convulsiones,
Hipo, delirio... ¡Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta...
Juntáronse tres doctores,

De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas
De difuntos las iglesias...
Todo se volvió visajes,
Y polvos, y citas griegas;
Pero viendo que el paciente
No mejoraba con ellas,
Le recetaron la uncion,
Que para el alma es muy buena.
D. Mart. ¡Qué desgracia!
Per. La mayor
Que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar...
D. Mart. (*Hace que se va y vuelve.*)
La pobre doña Vicenta
¿Cómo está?
Per. ¿Cómo ha de estar?
Traspasada... Si quisiérais
Despacharme...
D. Mart. Sí, al momento
Iré, si me dais licencia,
A buscar ese dinero.
Per. Id con Dios.

ESCENA X. — PERICO, DON CLAUDIO.

Per. Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.
D. Claud., *desconociéndole.*
¡Periquillo!
Per. El mismo soy.
D. Claud. He vuelto á saber qué nuevas...
Per. Bien está.
D. Claud. Pero ¡qué traje,
Hombre!...
Per. Vamos, no se pierdan
Los instantes. La monjita
Por vos se deshace y quema.

A la siesta no salgais,
Que ha de venir á esta pieza
A hablar con vos del asunto
Matrimonial.
D. Claud. ¿Sí? ¿de veras?
Per. De veras... Pero id al cuarto,
Que si don Martin nos viera
Hablar, éramos perdidos.
Al cuarto.
D. Claud. Pero ¿qué intentas?
Per. Al cuarto.

ESCENA XI. — PERICO, DON MARTIN,

D. Mart. Pues aquí está
(*Le da un papel con dinero.*)
Todo, y en buena moneda.
Contadlo.
Per. No, ¿para qué?
D. Mart. Sí, contadlo, que pudiera
Haber equivocacion.
Per. ¿Y las niñas están buenas?
(*Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*)
D. Mart. Sin novedad.
Per. ¡Cuántas veces
Me escribió mi hermano de ellas!
D. Mart. Pues apenas las conoce.
Per. No importa para que sepa
Sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... ¿Y no piensa
Doña Clarita en casarse?
D. Mart. ¡Ay! no, señor; esa lleva
Otro destino mejor.
Per. ¿Con que al fin está resuelta
A dejar el siglo? ¡Bueno,
Bueno, bueno!... Y dos son treinta;
Treinta y uno, treinta y dos,
Treinta y tres... Y mas valiera
Que la imitase su prima.

D. Mart. No es para malas cabezas
Esa vocacion.
Per. Ya sé
Que es un poquillo sardesca;
Pero su padre...
D. Mart. ¡Su padre!
Siempre estamos en quimera
Por eso.
Per. Cuarenta y ocho,
Cuarenta y nueve, cincuenta.
(*Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.*)
Cabal está... Sí, don Luis
No tiene aquella prudencia,
Aquel tino... Con que, amigo. .
D. Mart. Dad á la madre abadesa
Memorias, y vos, mandad.
Per Solo serviros desea
Don Sempronio de Hinestrosa.
D. Mart Me holgara de que pudiera
El pobre enfermo escapar.
Per. Es muy duro de cabeza,
Y si da en que no ha de ser,
Se habrá de morir por tema.
D. Mart. ¡Pobre mozo!
Per. Sí por cierto.
D. Mart. Permitid...
(*Don Martin quiere irle acompañando, y él lo rehusa.*)
Per. No, que es molestia.
D. Mart. Hasta la puerta no mas.
Per. Vos hareis que no me mueva
De aquí.
D. Mart. Pues mandad, y adios.
(*Vase por la puerta del lado izquierdo, y después Perico por la derecha.*)
Per. Esto sí que me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
El viejo dió las pesetas,
Don Claudio revive, y yo
Tengo mi cobranza cierta.
Fortunilla, no te mudes
De madre mimona en suegra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA. — DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAUDIO.

(*Estarán cerradas las ventanas, y el teatro oscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan hácia la puerta del cuarto de don Claudio.*)

Doña Cl. Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.
Luc. Mucho temo que nos pillen.
Doña Cl. Chito.
Luc. Si apenas resuello.
Doña Cl. Mira si aguarda don Claudio.
Luc. Allá voy.
(*Lucía se adelanta, llama, y sale don Claudio.*)
Si sale el viejo,
Y en estos malos fregados
Coge á la niña ¡ qué bueno !
¡ Don Claudio !...
D. Claud. ¿Quién es?
Luc. Salid.
D. Claud. Ya te sigo; pero llevo
Un miedo, que es un horror.
Luc. No temais, que á mayor riesgo
Nos exponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco
Treinta palos mas ó menos.
Aquí está.
Doña Cl. Señor don Claudio.
D. Claud. Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho...
Doña Cl. Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo á perder. (*Lucía se retira.*)
Periquillo

Me habló del cariño vuestro;
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre... que un caballero
De prendas así varíe
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es menos linda que yo?
D. Claud. Es que no consiste en eso,
Sino...
Doña Cl. Pues ¿en qué consiste?
D. Claud. Yo, acá, bien me lo comprendo;
Pero no me sé explicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta;
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio;
Pero...
Doña Cl. Ved que vuestro padre
Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.
D. Claud. Pero bien, si no la quiero.
Doña Cl. Yo no alcanzo la razon.
D. Claud. Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...
Doña Cl. Mucho arriesgais,
Don Claudio; pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.
D. Claud. ¿Y qué importa?
Doña Cl. Y dareis un sentimiento
A mi prima.
D. Claud. ¡Eh! doña Inés,
Segun lo que en ella veo,
No podrá sentirlo mucho.

Doña Cl. ¿Por qué no?
D. Claud. Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.
Doña Cl. Si á vuestros merecimientos
Igualara su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien
Para amar entendimiento.
D. Claud. ¡Oh, si fuera como vos!
Doña Cl. Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el genio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sujetos
De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que, ingrata á su amor, hallaron
Solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este traje
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos:
Y aun así... ¡Somos tan malos!...
Mas no todos hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo;
¡Jesus! eso no.
D. Claud. Es verdad,
Pero acá bien conocemos
Lo que va de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,

Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡es mucho bueno!
Doña Cl. Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edad (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del exceso,
Lo escandaloso del vicio...
¡Ay, mi don Claudio, qué tiempos
Alcanzamos!... Ya se ve,
¡El mundo, el mundo!
D. Claud. Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman...
(*Ap.* Si dura el sermon reviento.)
Doña Cl. Por eso no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un claustro fué mi eleccion.
D. Claud. Con que al fin...
Doña Cl. Antes de veros.
D. Claud. ¿Y después?
Doña Cl. Mucho os estimo,
Don Claudio.
D. Claud. Pero pensemos...
Doña Cl. Si es verdad que me quereis...
D. Claud. ¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
¡Toma! ¿Quereis que lo jure?
Doña Cl. ¡Jurar! ¡ay Dios! No por cierto·
¡Vaya! ¡jurar!
D. Claud. Pues, amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto
De tal manera...

Doña Cl. Hablad quedo.
D. Claud. Que importa la diligencia
Y... ¡Vaya! Como están ellos
En que os habeis de...
(*Sale Lucía apresurada; al quererse entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se va.*)
Luc. Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II. — DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

Doña Inés. ¿Quién anda aquí?
¿Es Clara?
Doña Cl. Callad.
D. Claud. Me alegro.
(*Don Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no acierta á su cuarto.*)
Doña Inés. ¿Quién es?
D. Claud. Ya he perdido el tino;
Me pillaron, esto es hecho.
Doña Cl. Callad.
D. Mart. ¡Que no han de dejarme
(*Al oirse adentro las voces de don Martin, suena ruido de abrir ventanas.*)
Nunca dormir con sosiego!
Doña Cl. Mi padre... Somos perdidos,
Ya no hay escape... Este viejo
De... ¡Por vida!...

ESCENA III. — DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

(*Al salir don Martin abre una de las ventanas, y se ilumina el teatro.*)
D. Mart. ¿Qué bolina
Anda por aquí? ¿qué estruendo?

¡Hola, don Claudio! ¿Qué haceis
Aquí?
D. Claud. ¿Yo qué culpa tengo?...
(*Vase, y entra en su cuarto.*)
D. Mart. ¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?
Doña Inés. Si acabo de entrar.
D. Mart. Lo creo.
¿Y tú?
Doña Cl. Lo mismo... Yo acabo
De entrar... Estaba leyendo
En Kempis, y al escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quién era.
D. Mart. ¿Ello, al cabo,
Inesita, no sabremos
La verdad?... Pues ¿quién estaba
Aquí? ¿quién? Dílo.
Doña Inés. Yo entiendo,
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.
Doña Cl. ¡Bueno es eso!
¿Inés, yo?...

ESCENA IV. — LUCIA, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

Luc. ¿Qué ha sido?
D. Mart. Nada;
Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á oscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio.
¡Qué libertades! ¡qué excesos!
Y echa la culpa á su prima.
Doña Cl. ¿Piensas de mí?...
Doña Inés. Yo no pienso
Mal de nadie; pero digo
Las cosas como las veo.
D. Mart. ¿Con que habrá sido esta niña?
Doña Inés. Puede ser.

D. Mart. ¡Qué atrevimiento!
(*Se encamina colérico hácia doña Inés, y doña Clara le detiene.*)
Mira...
Doña Cl. Dejadla... Bien haces,
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima, muy mala... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.
D. Mart. ¿Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?...
Doña Inés. Si yo...
Doña Cl. No os enfadeis; dad asenso
A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
Para probarme... Creed
Cuanto dice... ó á lo menos
Perdonadla, perdonadla,
(*Se arrodilla, y llora.*)
Querido papá.
Doña Iués. ¡Qué extremo
De iniquidad!... ¿Es posible,
Clara?
D. Mart. Vete, que no quiero
Verte, picarona... Vete.
Doña Inés. Advertid...
D. Mart. Huye al momento
De mi presencia... ¡Embustera!
¡Basilisco!... Alza del suelo,
(*Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.*)
Hija de mi corazon.
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud... ¡Qué envidia
La teneis todos!
Doña Inés. No puedo
Sufrir mas. (*Vase.*)

D. Mart. Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá sin remedio,
(*Abre Lucía la otra ventana.*)
Lo sabrá.
Doña Cl. No, padre mio,
Por Dios...
D. Mart. Vamos allá adentro,
Niña vamos...
(*Cogiendo de la mano á doña Clara.*)
Lo sabrá;
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.
Doña Cl. Señor...
D. Mart. Yo se lo diré.

ESCENA V. — LUCIA, DON CLAUDIO.

Luc. ¡Qué enredo
De los diantres inventó!
D. Claud., asomándose á la puerta de su cuarto.
¿Se han ido ya?
Luc. Ya se fueron,
¿No lo veis?
D. Claud. ¿Y en qué quedamos?
Luc. En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que va el padre hecho un veneno,
Creyendo que doña Inés
Fué la culpada.
D. Claud. ¡Qué ingenio
Tiene! Vaya, si es muy guapa...
Con que dí, ¿cómo podremos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.
Luc. Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...
D. Claud. La dirás

Que estoy á todo dispuesto;
Que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...
Luc. Bien.
D. Claud. Pues bien.
Luc. ¿Veis este pañuelo
Qué roto y qué malo está?
D. Claud. A fe que no es nada nuevo.
Luc. ¿Estais en que os serviré
Con solicitud y esmero?
D. Claud. Sí, ya estoy.
Luc. ¿Que mediaré
Siempre con igual empeño
En vuestro favor?
D. Claud. Se entiende.
Luc. ¿Y que guardaré el secreto?
D. Claud. Preciso.
Luc. Pues si tuviéraís
Ahí á mano algun dinero...
Poco... como medio duro...
D. Claud. Precisamente no tengo.
Luc. Vaya que sí.
D. Claud. No, de veras.
Luc. Vaya que si.
D. Claud. ¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos
(*Saca el bolsillo, y cuenta unos cuartos.*)
Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.
Luc. ¡Qué tiñería!
D. Claud. ¿No los quieres?
Luc. Sí los quiero,
(*Toma los cuartos y se los guarda.*)
Vengan... ¿Pero me dareis
Después...
D. Claud. Sí, yo te lo ofrezco.
Luc. ¿El medio duro?
D. Claud. Un doblon
Te tengo de dar lo menos,
Cuando mi padre me envíe

Algun socorro.
Luc. Ya entiendo.
Pues cuidado. Agur.
D. Claud. Adios.

ESCENA VI. — DON CLAUDIO, PERICO.

D. Claud. ¡Hombre, qué falta me has hecho!
Per. He tenido ocupaciones
Muy graves... Ahí os entrego
La citada carta. (*Le da una carta.*)
D. Claud. Venga.
Per. Item mas: vuestro prendero
¡Gran picaron! me ha leido
Una lista de tres pliegos,
En que consta lo vendido,
Prestado, empeñado y resto.
D. Claud. ¿Hay hombre mas fastidioso?
Per. Como pide su dinero,
No es extraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
Yo tambien quiero pediros
(Aunque os fastidie por ello)
Alguna ayuda de costa.
D. Claud. Vamos, calla, no gastemos
El tiempo.
Per. Es que me debeis
Catorce duros lo menos.
D. Claud. Ya me enfadas.
Per. Es que salgo
Mañana de aquí, y no puedo
Esperar.
D. Claud. O calla, ó vete.
Per. Es que desde el mes de enero
Del año pasado, estoy
Como un esclavo sirviendo
Al señor don Claudio Perez,
Y me ha dado en este tiempo,
A cuenta de mis salarios,
Percances y emolumentos,

La cantidad de cuarenta
Y dos reales; añadiendo
A esta suma unos calzones
Verdes, que segun sintieron
Los peritos...
D. Claud. Si no callas,
Una zurra te prometo
Solemne.
Per. ¿Zurra? Acabóse;
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon...
D. Claud. ¿Qué dices?
Per. Por legítimo derecho
Habidos...
D. Claud. ¡Calle! ¿Con que...
Per. Y no me pagais, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y...
D. Claud. ¡Periquito!
Per. Ya caigo.
¡Periquito! y á buen tiempo.
D. Claud. Si...
Per. No, señor, se acabó:
(*Quiere irse, y don Claudio le va deteniendo.*)
Soy un bergante.
D. Claud. Dejemos
Eso, y díme...
Per. ¡Picardía!
¡A un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!
D. Claud. Aunque no me lo dés todo...
Per. ¿Todo? Sí, ya estoy en eso.
D. Claud. Pero siquiera...
Per. Este mozo
Necesita mucho arreglo.

Casa atrasada, que pide
Juez interventor.
D. Claud. Entremos
A mi cuarto, y me dirás
Por dónde ha venido el cuervo.
Y... Vamos, allí se hará
La distribucion.
Per. Veremos.
D. Claud. Pues qué, ¿no has de darme?
Per. Poco.
D. Claud. Anda, que...
Per. El mucho dinero
Es causa de muchos vicios;
Nos hace ingratos, soberbios,
Insufribles, tontos...
D. Claud. Alguien
Viene... Mira que te espero.
Per. Bien está.
D. Claud. Por Dios no dejes
De...
Per. Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII. — PERICO, DON LUIS.

D. Luis. ¡Oiga! ¿Y estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Cómo dejas
A tu señor?
Per. Gordo y fresco.
D. Luis. ¿Te dió carta para mí?
Per. Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.
(*Entrase Perico en el cuarto de don Claudio.*)
D. Luis. Bien.

ESCENA VIII. — DON LUIS, LUCIA.

D. Luis, sentándose junto á una mesa.
No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es... La criada
Podrá servir á mi intento.
La sorprenderé... No es cosa
Antes de saber si es cierto...
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen... ¡Lucía! (*Llama.*)
¡Cuál será mi sentimiento!
¡Oh juventud! ¡Oh temible
Juventud!... Disimulemos. (*Sale Lucía.*)
Luc. ¿Qué mandais, señor?
D. Luis. Te hago
Salir aquí porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.
Luc. Sí, señor, bien os podeis
Fiar de mí.
D. Luis. Así lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña á Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto
De esta venida; aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos,
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre;

Porque si á Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
Y tal vez podrá creer
Que esta boda se ha deshecho
Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo... ¿Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio...
¡Sacrificar á su hija
De ese modo!... Te confieso
Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano...

Luc. Ya se ve,
En siendo un partido bueno...

D. Luis. Pues estamos... ¿Y cuál puede
Hallarse mejor?

Luc. Es cierto.

D. Luis. Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre; disimula...
¿Y qué ha de hacer?

Luc. ¡Tal empeño
De señor! ¡Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro!
Pero sí, lo que ella dice:
Un año falta lo menos
Para profesar, y un año
Da lugar á mil proyectos.

D. Luis. Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,

Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?
Luc. Así es.
D. Luis. Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fué temeridad
Exponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.
Luc. ¡Ay, señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!
D. Luis. Ya se ve, como no tienen
Ocasion... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devaneos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fuí
Ningun padre del desierto.
Luc. Ella está que se desvive
Por él.
D. Luis. Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;
Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...
¿Y cuál es su pensamiento?
Luc. Como salió don Martin
A lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.
D. Luis. Ya lo sé.

Luc. Jamás ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...
D. Luis. Ya se ve... pero el criado
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento
Tiene, ni qué... No, señor,
Así no va bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.
Luc. Os prometo
Que no chistaré.
D. Luis. Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que si no se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio:
Ya lo he dicho.
Luc. Bien está.
D. Luis. Pues vete, no te echen menos
Tus amas. (*Vase Lucía.*)
Cayó en el lazo.
Así podré contenerlos.
No se determinarán
A un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretexto
Para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!... Harto difícil
Ha de ser... Pero ¡qué enredos (*Levántase.*)
De niña! ¡Qué educacion!
¡Qué frutos vamos cogiendo!
¡Y Inés! ¡Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX. — DON LUIS, PERICO.

D. Luis. ¿Está adentro
Don Claudio?
Per. En su cuarto queda,
Sí, señor; está leyendo
Un libro...
D. Luis. ¿Qué libro?
Per. Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandais algo?
D. Luis. Nada; que te vayas presto.
Per. Con vuestra licencia...
(*Haciendo cortesías.*)
D. Luis. Vete,
No gusto de cumplimientos.
Vete.
(*Vase Perico por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X. — DON LUIS, DON MARTIN.

D. Mart. ¿Has salido de casa?
D. Luis. Si quieres algo, voy luego
A salir.
D. Mart. Solo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada;
Ya está visto... Si á don Diego
El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene
Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo

De las cuentas del monjío...
Es buena cosa por cierto,
Que hasta el hacer penitencia
Nos ha de costar dinero.
Adios. (*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero ¿qué salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve: los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre.. no hay remedio:
¿Qué ha de resultar? Preciso:
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...
D. Luis. Mejor es
Callar.
D. Mart. Y procedimientos
(*Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.*)
De libertinaje... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...
Ya se ve, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es extraño
Que incurra en mil desaciertos,
Y haya educado tan mal
A tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar. Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,

¡Qué lastima no aplicarlos
A rectores de colegios!
D. Luis. Vamos, Martin, no me apures
La paciencia... ¿No podremos
Vernos jamás sin que haya
Quimeras y sentimientos?
D. Mart. Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...
D. Luis. Dejemos
Eso por Dios.
D. Mart. Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto
Callaré.
D. Luis. Sí, me molestas.
D. Mart. Pues, de hoy mas, alto silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo;
A bien que á mí no me importa.
D. Luis. ¿Y qué cosa?
D. Mart. Un chisme, un cuento.
D. Luis. ¿Será algun otro delito
De Inés?
D. Mart. No, del caballero
De Ocaña, don Claudio.
D. Luis. ¿Y qué?
D. Mart. Ayer encontré á un sujeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera; dice
Que entre los bailes, el juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y excesos
Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ajeno;
Que le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?
D. Luis. Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.

D. Mart. Yo celebro
Mucho tu serenidad.
D. Luis. ¿Qué quieres, que alborotemos
La casa?
D. Mart. No; pero...
D. Luis. A mí
Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.
D. Mart. Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. Adios. (*Hace que se va.*)

ESCENA XI. — DOÑA INÉS, DON LUIS, DON MARTIN.

Doña Inés. Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.
D. Mart. ¿Sí? Pues nos verás
Separados al momento.
(*Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.*)
Doña Inés. No, señor, no os vais: delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.
D. Mart. Pues, sobrinita, ahí te dejo
A tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo;
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.
Doña Inés. Esperad.
D. Mart. Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII. — DON LUIS, DOÑA INÉS.

D. Luis. ¿Lloras, Inés?
Doña Inés. ¿Pues, señor,

No he de llorar? ¿Cómo puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...
D. Luis. Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De la envidia, la venganza,
Y el encono mas perverso...
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo.
Doña Inés. ¡Padre!
D. Luis. ¡Mi querida Inés!
(*Abrazando á doña Inés.*)
Doña Inés. Pero ¿sabeis el suceso?
D. Luis. Lo sé, nada ignoro ya.
Todo cuanto me dijeron
Contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho:
¿Quieres mas?
Doña Inés. Eso me basta.
D. Luis. Era imposible un exceso
Tan culpable en tu prudencia,
En tu decoro, en tu honesto
Proceder... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento;
A no ser que... Pero no.
Doña Inés. ¿Qué decís?
D. Luis. Que fueran celos.
Doña Inés. ¡Celos! ¿Y de quién? ¿De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De extravagancias?
D. Luis. Seria
Mucha locura, en efecto.
Doña Inés. Bien sabeis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta, y que solo

Pudiera vuestro precepto
Obligarme...
D. Luis. No, hija mia.
¿Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz... ni debo
Corresponder de otro modo
A tu amor y tu respeto.
No te casarás con él,
No será tu esposo un necio
Sin virtud y sin honor.
Él sale.
Doña Inés. Me voy adentro,
Si lo permitís.
D. Luis. ¿Ni verle
Quieres?
Doña Inés. Señor, no lo puedo
Remediar, es insufrible.

ESCENA XIII. — DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. Claud., aparte.
¿Aun no se ha marchado el viejo?
¡Qué posma!
D. Luis. ¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?
D. Claud. Que se ha resuelto
A venir, y que mañana
Por la noche nos veremos,
O esotro dia á comer.
D. Luis. Gran placer me da con eso.
D. Claud. Y á mí.
D. Luis. Somos muy amigos...
Y habrá diez años, lo menos,
Que no le he visto... sí habrá.
D. Claud., aparte. ¿Por que no se estará quieto
En su lugar?
D. Luis. ¿Qué decias?
D. Claud. Nada, que estoy muy contento.
D. Luis. Pues es menester que tú,

Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo y vayas
A recibirle. Este obsequio,
Como que sale de tí,
Le agradará.
D. Claud. Ya lo veo,
Pero yo... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.
D. Luis. Y bien, allí le hallarás.
D. Claud. Es que el cura es algo nuestro:
Como primo de mi madre
Viene á ser... Sí, dicho y hecho,
Primo... no hay mas que son primos.
D. Luis. ¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana?
D. Claud. Es que si... Pero no puedo
Ciertamente, porque...
D. Luis. ¿Tienes
Que visitar al enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos,
Te los daré.
D. Claud. ¿Para qué
Tengo de llevar los perros?
D. Luis. Para cazar.
D. Claud. Yo no gusto
De cazar.
D. Luis. Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.
D. Claud. ¿No es mejor estarnos quedos,
Si él al cabo ha de venir?
D. Luis. Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle;
Si no viniera, ¿á qué efecto
Era el salir?
D. Claud. (*Ap.* ¡Qué manía!)
Si estoy sin botas.
D. Luis. Yo tengo
Botas, y te las daré;

Y espuelas, y silla, y freno,
Y látigo... No hará falta
Nada, nada.
D. Claud. Lo agradezco.
¿Y donde he de hallarle?
D. Luis. Tú
Sigue el camino derecho,
Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo;
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozas el fresco
De la mañana.
D. Claud. Si está
Nublado.
D. Luis. No tengas miedo.
D. Claud. ¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?
D. Luis. Llevad las capas.
D. Claud. Estoy
Tan malo...
D. Luis. ¿De qué?
D. Claud. Del pecho.
D. Luis. ¡Aprension! Luego que salgas
Al campo, te pones bueno.
(*Vase por la puerta del lado derecho.*)

ESCENA XIV. — DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

D. Claud. Se fué... ¡Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!
Doña Cl. Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.
D. Claud. Pero ¿y don Martin?
Doña Cl. Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.
D. Claud. No volvamos
A la de marras.
Doña Cl. Ya dejo
Centinela.

D. Claud. Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito...
Doña Cl. Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.
D. Claud. Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué haremos?
Mi padre viene... Por fuerza
Viene... ¡Toma! Ya le siento
Llegar.
Doña Cl. Por eso conviene
Aprovechar los momentos.
D. Claud. Pero si quiere que salga
Mañana.
Doña Cl. Yo ya le entiendo.
Él nos quiere separar;
Es malicioso en extremo...
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.
Pero en fin, á vos os toca,
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.
D. Claud. Ya se ve, que aquí no vamos
A hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Solo que yo me recelo...
Doña Cl. ¿Qué recelais?
D. Claud. ¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y después
Lo huelen... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como...
Doña Cl. ¡Qué necios
Temores en un amante!
D. Claud. Y como después me quedo
Solo, porque Periquillo
Se va sin falta.

Doña Cl. ¿A qué efecto
Se va, ó adónde?
D. Claud. A Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos
Que importa que no se pierdan.
Porque como tiene el pleito
Con el alcalde mayor
Dos años ha sobre aquello
De la villa del Juncar...
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,
Quiere que Perico vaya
A ver...
Doña Cl. ¿Y lo dejaremos
Así, don Claudio? Y si el otro
Se va, ¿no tendreis aliento
Para nada?
D. Claud. Sí, señora;
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quidan,
Para que le consultemos...
Doña Cl. Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia...
D. Claud. ¡Prudencia!
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra... Pero el diablo
Lo enreda, y...
Doña Cl. Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre; á mí me quieren
Sepultar en un convento...
No nos veremos jamás,
Y me perdereis y os pierdo.
D. Claud. Pues bien, al instante voy
A salir, á ver si encuentro
A ese muchacho.

Doña Cl. Avisadme
De lo que hubiéreis dispuesto.
D. Claud. De preciso.
Doña Cl. No perdais
La fortuna que os ofrezco;
Hagamos las diligencias,
Y obre Dios.
D. Claud. ¡Es gran proyecto!
Pero no se ha de lograr.
Doña Cl. Y si nosotros queremos,
¿Quién lo ha de impedir? Mi padre
Se pondrá furioso, y luego
Habrá de ceder... Si acaso
Temeis que os azote el vuestro...
D. Claud. ¿Qué me ha de azotar?... Sí, ¡toma!
Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas, y anegado en pleitos
Que le desuellan... Don Luis
No sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la cárcel presos,
Y luego sudan... ¡por fuerza!
Para salir, no hay remedio...
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.
Doña Cl. Pues bien, ¿qué os detiene?
D. Claud. A mí
Me detiene... Yo me entiendo,
Porque al cabo es un embrollo
Del demonio, y tengo un miedo
De que...
Doña Cl. Bien está, don Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
Él diera resolucion
Para mayores empeños.
Ya os conozco; bien está.
(*En ademán de irse. Don Claudio la detiene.*)
D. Claud. Clarita, vaya.

Doña Cl. ¡Perverso!
D. Claud. ¡Morenilla!
Doña Cl. ¡Seductor!
D. Claud. Oye.
Doña Cl. No, no quiero veros.
D. Claud. Calla, pobrecita mia.
Doña Cl. Dejadme. Adios.
D. Claud. Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.
Doña Cl. ¡Ay! ¡Cómo puedo
Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho!
¡Qué lejos estaba yo
De saber amar, qué lejos!
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisonjeros
Que ofrece el mundo, ¿quién pudo
Hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí;
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡Qué desengaño!... ¡Y qué tarde
Viene!... Pero ¿á quién me quejo?
Yo soy la culpada... Quise
A un hombre, y este es el premio...
Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos, (*Llora.*)
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.
D. Claud. Por san Pedro,
Que no sé lo que me pasa,
Ni á qué son esos extremos;
Si digo que voy allá,
Que entre los dos... En efecto,
Ello hoy mismo se ha de hacer;
Y aunque después eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,

Y don Luis se caiga muerto;
Si nos casamos, de todo
Lo demás se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
Así, que ya me enternezco...
¡Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo
Hasta ver en qué quedamos...
Voy á la consulta, y vuelvo.

(*Se va don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.*)

Doña Cl. Anda con Dios... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. — PERICO, DOÑA CLARA.

Per. Rendido estoy. ¡Qué malditas
(*Siéntase.*)
Callejuelas! Empinadas,
Tuertas, angostas... ¡Por cierto
Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco!... Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito.
¡Oh señorita!

(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

Doña Cl. ¿Aquí estabas?
Per. Vengo en busca de don Claudio,
Que me dijo...
Doña Cl. No está en casa.
Per. Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba...
Doña Cl. Pues no ha venido.
Per. A buscarle.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Doña Cl. Pero ¿en qué estado se hallan
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?
Per. ¡Ay, señora de mi alma!
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.
Doña Cl. No temas nada.
Per. ¡Ay, señora! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra... Hemos corrido
La ciudad y su comarca
Buscando á un cierto don Lucas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien, si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo,
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.
Doña Cl. Pues á mí
Me ocurre... Sí... Y eso basta.
Una obligacion...
Per. Seguro.
Doña Cl. De matrimonio, firmada
Por los dos...
Per. Pues, si es la idea
De don Lucas.
Doña Cl. Si llegara
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel...
Per. Hatillo, y salto de mata.

Doña Cl. Bien que... Mira, de ningun
Modo ha de salir mañana.
Per. Se entiende.
Doña Cl. Y si nos apuran,
Fuga, depósito...
Per. ¡Oh Clara
Prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.
Doña Cl. Si le falta
Dinero...
Per. ¿No ha de faltarle?
Pues bolsa mas apurada
Que la suya ¿quién la vió?
Doña Cl. Yo tengo algunas alhajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza;
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...
(*Al ver doña Clara á don Martin, que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.*)
Solo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.
Per. ¿Y á qué demonios
Viene?... ¡Hay hembra mas bellaca!
(*Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.*)
Y dice bien que es locura.
Una niña delicada
Como vos... ¡Eh! no, señor:
Las penitencias relajan
La salud, siendo excesivas.
Ya probareis lo que anda

Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, vereis
Qué trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anís!
Doña Cl. Con ese lenguaje engaña
El enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y ardua
La senda del bien, y así
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II. — DON MARTIN, DOÑA CLARA, PERICO.

D. Mart. Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos extremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre fray Gil... ¡No es nada!
¡Capuchinita se quiso
Meter! Es cosa muy santa,
¿Quién lo duda? Pero debes
Considerar que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y tan continuada
Como allí se necesita.
¿Qué la sucedió á sor Blasa
De la Trasverberacion?
Bien te acuerdas qué muchacha
Tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran,
Ya va mejor, ya peor;
Al año y medio que estaba
En el convento, murió.

Per. Don Martin, aconsejadla;
Desimpresionadla bien.
D. Mart. ¿Quién eres tú?
Per. Soy de casa,
Periquillo.
(*Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.*)
D. Mart. ¡Ah! sí, el criado
De don... Adios. Buena traza
Tiene ese muchacho... No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, ¡eh! que estás
Tristona y desmejorada
De pensar en eso: ¿entiendes?
Doña Cl. Sí, señor.
D. Mart. Después que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieces
Luego con extraordinarias
Penitencias á afligir,
No, señor... Ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras; tratar
A las otras como hermanas...
Doña Cl. Si lo son en el Señor.
D. Mart. Pues por eso digo. Amarlas
Mucho... y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla; que solo en esto
Estriba ser buena y santa.
Porque si no, el enemigo...
Doña Cl., fingiendo excesiva timidez.
¡Ay! el enemigo...
D. Mart. Aguarda
La ocasion, y...
Doña Cl. ¡Dios nos libre!

D. Mart. Lazos y redes nos arma.
Doña Cl. Como el traidor solo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
¡Ay, papá!
(*Asiendo de las manos á don Martin.*)
D. Mart. Calla, hija mia,
No te atemorices, calla;
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.
Doña Cl. ¡Somos
Tan débiles!
D. Mart. Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que... (*Ap.* Pobrecita!...) ¡Eh! voy
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
A mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar antes que las traiga.
Doña Cl. La mano, papá.
(*Se arrodilla, y le besa la mano.*)
D. Mart. Adios, niña.
Doña Cl. Él nos conserve en su gracia.
Voime á la oracion mental,
Que hoy viernes será muy larga.

ESCENA III. — DON MARTIN, DON CLAUDIO.

D. Mart. Esto se llama virtud,
Lo demás es patarata.
Ya se ve, todo consiste
En una buena enseñanza.
(*Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio, que sale apresuradamente.*)
¡Hombre, qué!... Pero ¿por qué
No miras?...

D. Claud. No reparaba.
D. Mart. Reparar.
D. Claud. Vengo de prisa.
D. Mart. ¡Calavera!
D. Claud. Como entraba
De prisa.
D. Mart. ¿Y á qué vendrán
Esas prisas?
D. Claud. ¿Quién pensara
Que estuviérais tan al paso?
D. Mart. ¡Badulaque! (*Vase.*)
D. Claud. Nada falta
Sino que Perico venga,
Y acabemos la maraña.
Periquillo, ¿estás ahí?
(*Se entra en su cuarto, y cierra por dentro.*)

ESCENA IV. — DOÑA CLARA, DON LUIS.

Doña Cl. Don Claudio... digo... Yo entrara,
(*Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda y observa por un lado y otro si alguien la ve.*)
Pero... cerró... No, no puede
Ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... ¡Qué vida
Esta tan desesperada!
Presa, oprimida, estudiando
Templum templi y *laudo laudas*,
Y *quis vel qui*... Pero no,
No perdamos la esperanza;
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues, ¿no lo dije?
(*Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale después don Luis.*)
D. Luis. ¿Qué buscas?
Doña Cl. ¡Válgame Dios!
(*Hace que busca por el suelo alguna cosa, después quiere irse, y don Luis la detiene.*)

D. Luis. ¿Qué?
Doña Cl. Buscaba
Una estampa muy devota
Que me dió el padre Berlanga,
Y ni sé dónde la... ni...
¡Cuánto siento no encontrarla!
D. Luis. ¿Te vas? Ven aquí.
Doña Cl. Señor.
D. Luis. Ven acá. ¿Por qué te extrañas
Así? Cuando nos juntamos
En la mesa no me hablas,
Y después, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas,
Huyes de verme... ¿Qué es esto?
¿Conmigo tan enfadada?
Doña Cl. ¿Enfadada? No, señor.
D. Luis. Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, ¿así me tratas?
Doña Cl. Perdon, mi querido tio,
Perdon.
(*Quiere arrodillarse, y don Luis lo estorba.*)
D. Luis. ¡Ay niña! levanta,
Que no gusto de eso. Díme...¡
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?
Doña Cl. Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Explicarle con palabras.
D. Luis. Yo presumí que el temor
A tu padre fuese causa
De callar y darle gusto,
Aunque hubiese repugnancia
En tí.
Doña Cl. ¡Cómo! No, señor.
D. Luis. Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.
Doña Cl. En mí falta
Ese mérito.

D. Luis. ¿Por qué?
Doña Cl. Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre, y sigo
Mi vocacion.
D. Luis. ¡Cosa extraña!
Doña Cl. ¿Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.
D. Luis. Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada
Su fortuna, ¿se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio, ó es
Muy embustera ó muy santa.
Pero díme, si no es esa
Tu inclinacion, ¿por qué engañas
A quien te puede servir,
A quien te quiere en el alma
A pesar de tus defectos?
¿Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad?
Doña Cl. Pero ¿quién os dice...
D. Luis. ¡Ingrata!
Doña Cl. ¡Por cuántos medios procura
El enemigo que caiga
En el pecado!... Pues no,
No ha de rendir mi constancia;
Que Dios...
D. Luis. Oyes, niña, mira
Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... ¡Eh! no me hagas
Enfadar. Si yo te falto,
¿Quién con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la extraña
Tenacidad de tu padre,

Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor?... Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo cómo salgas;
Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa;
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contemplativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Y servir á Dios sin tocas,
Sin hábitos ni alpargatas,
Como buena madre y buena
Esposa, y buena cristiana.

Doña Cl. ¡Yo! ¿Qué decís?...

D. Luis. Si no quiere
Entenderlo, si desbarra
Como suele, en mí tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mojigata,
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas, ó no fingirlas.

Doña Cl. Pero, señor...

D. Luis. Si llegaras
A ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana
Con diabólico artificio,
Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
¡Infeliz! á Dios no engañas.

Doña Cl. Pero ¿no sabré de dónde
Nace este error? ¿Qué malvada

Lengua os informa de mí?
¿Quién me calumnia y me infama?
Pero no... Yo la perdono;
Es mi prima, y eso basta,
Y antes perderé la vida
Que ofenderla...

D. Luis. ¿Qué artimaña
Es esa? ¿A qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada?

Doña Cl. Es muy diverso su modo
De pensar; es muy contraria
A su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga
De sus deslices... ¡Qué mal
Me conoce! ¡Qué mal paga
Mi cariño!... Pues si somos
Frágil barro, ¿quién extraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido, y caiga?
Y cuando para sufrirla
Los vínculos no bastaran
De la sangre, ¿olvidaria
Yo la caridad cristiana?...
¿No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla?

D. Luis. Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas.

(*Doña Clara hace una reverencia en ademán de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con expresion cariñosa.*)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco, y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio

Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza;
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
A vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallaremos
Para tí.

Doña Cl. ¡Qué temeraria
Proposicion!

D. Luis. ¿Cómo?

Doña Cl. ¿Yo,
Señor?...

D. Luis. ¿Pues qué?

Doña Cl. ¿Yo casada?

D. Luis. ¿Con que no?

Doña Cl. Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

D. Luis. Bien está.
(*Inquieto y reprimiendo el enojo.*)

Doña Cl. Que no se cansa
De amar.

D. Luis. Muy bien.

Doña Cl. Y con premio
Eterno corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.

D. Luis. ¿Sí? Pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra...

Doña Cl. Bien, señor.
(*Hace una cortesía, y se va.*)

D. Luis. Nunca, porque
No sé si tendré templanza
Para sufrirte... ¡Embustera!
¡Oh virtud, cómo te ultrajan!

ESCENA V. — DON LUIS, PERICO.

Per. Ahí he encontrado en la puerta
A un mozo con esta carta
(*Le da una carta.*)
De parte de... ¿Cómo dijo?
De...
D. Luis. ¿De don Juan de Miranda?
Per. Cierto... que ha venido inclusa
En otra que le enviaba
El mismo sujeto.
D. Luis. Sí.
Per. Que perdoneis la tardanza,
Porque hoy ha comido fuera,
Y no ha vuelto por su casa
Hasta las tres.
D. Luis. ¿No te ha dicho
Don Claudio...
Per. ¿Lo de la marcha?
Sí, señor, si ya está todo
Prevenido.
D. Luis. La criada
Se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
Con él. ¿Entiendes?
(*Vase don Luis por la puerta del lado izquierdo.*)
Per. Ya estoy.

ESCENA VI. — PERICO, DON CLAUDIO.

Per. ¡Calle! que tiene cerrada
La puerta.
(*Se acerca á la puerta de don Claudio, y hallándola cerrada llama.*)
¡Señor!... Perico.
D. Claud. Vamos, que ya te esperaba
Con impaciencia.

Per. ¿Y qué ha habido?
D. Claud. Que está la paz ajustada
Con el prendero. Él se lleva
Las cosas algo baratas,
Pero al cabo yo no habia
De poder desempeñarlas,
Con que... Y sobre todo, habiendo
Apuros, nadie repara.
¿Y la vieja?
Per. Mi señora
Doña Brígida Menchaca,
Viuda reverenda, dice,
Que hará lo que se la manda,
Por caridad, por serviros,
Porque no quiere que haya
Escándalos...
D. Claud. Muy bien.
Per. Pero,
Digo que allí no se trata
Mas de que por una noche
Tenga la niña posada
Segura, y al otro dia
Testigos, clérigo, y arda
Bayona.
D. Claud. Pues ya.
Per. Y supongo
Que tenemos despachada
La escritura del papel.
D. Claud. Aquí está. (*Da un papel á Perico.*)
Per. ¡Viveza extraña!
D. Claud. Ahí he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.
Per. (*Lee el papel y le guarda.*)

«Yo, don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bustillo, doncella toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas

presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amén. Y amén de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, etc. — Yo don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña. »

Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿Son estas las frioleras?

(*Don Claudio saca un envoltorio de papel, y Perico le guarda.*)

D. Claud. Esas son.
Per., en ademán de irse. Pues á buscarla.

ESCENA VII. — LUCIA, DON CLAUDIO, PERICO.

Per. ¿Qué tenemos, chica?
Luc. Solo
Deciros que doña Clara
Está que se desespera.
Per. Pues ya voy á consolarla.
Luc. Dice que si habeis resuelto
Algo...
Per. Y mucho, y que no falta
Ya sino... (*Hace que se va, y vuelve.*)
Dí, ¿la Inesita
Y su padre están de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana?
Luc. No temas.
Per. Es que al señor
Don Luis, con aquella pausa
Le tengo un miedo cerval.
Luc. Cuando he venido quedaba
En su cuarto; doña Inés
Está cosiendo en la sala
Del jardin.
Per. ¿Sí? Pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII. — DON CLAUDIO, LUCIA.

Luc. ¿Y qué habeis dispuesto?
D. Claud. Yo,
Mujer, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.
Luc. Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.
D. Claud. Bien.
Luc. Ya lo sabe
Todo, y como...
D. Claud. ¡Qué desgracia!
Luc. Lo sabe; pero...
D. Claud. ¿Lo sabe?
Vamos, ya me...
Luc. Es que mi ama...
D. Claud. No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata...
¿Qué tengo ya que esperar?
Luc. Pero escuchad lo que pasa,
Y después...
D. Claud. Cierto; y después
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me meten
Entre puertas, y...
Luc. No hay nada
De eso. Al contrario. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caseis.
D. Claud. Pues ya estoy;
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada
De Inés, y yo no la quiero.
Luc. Si no es eso.
D. Claud. ¿Y lo callabas,
Mujer?... ¿Y no me lo has dicho
Dos horas ha?... Corre, llama

A Perico.

Luc. Si no es eso.

D. Claud. Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas... Sí, vamos,
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.

Luc. Si no me quereis oir.
Si es locura declarada
La que teneis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casarais
Con ella. Si me mandó
Que no os dijera palabra,
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?

D. Claud. A que pensaba
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.

Luc. No, señor.

D. Claud. ¿Con que es verdad?

Luc. Yo se lo he dicho á mi ama...

D. Claud. ¿Y qué dice?

Luc. Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer.

D. Claud. Pues ya se ve que eso es maula.

Luc. No, señor.

D. Claud. Pues yo te digo
Que sí.

Luc. Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.

D. Claud. Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son

Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX. — PERICO, LUCIA, DON CLAUDIO.

Per. Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama
Para no sé qué envoltorio;
Corre.
Luc. Allá voy.
D. Claud. Mira, aguarda.

(*Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.*)

Luc. ¿Qué mandais?
D. Claud. Yo te diré.
Luc., aparte. Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.
D. Claud. Me parece á mí...
Luc. ¡Qué guapa
Estaré con él!
D. Claud. Quisiera...
Es verdad que doña Clara...
Luc. ¿Y qué tiene que ver ella
Con eso?
D. Claud. Ya, pero...
Luc. Vaya,
Señor, si ha de ser.
D. Claud. Al cabo
Ello...
Luc. Me le haré de gasa.
D. Claud. Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.
Vete, vete.
Luc. ¡Haya pelon!

ESCENA X. — DON CLAUDIO, PERICO.

D. Claud. ¿Y el papel?
Per. Ella le guarda.
D. Claud. ¿Y qué te dió?
Per. Veislo aquí.
(*Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.*)
¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.
D. Claud. Bien... Pero ¿qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?
Per. No por cierto.
D. Claud. ¿Y si don Luis
Aprieta?
Per. Buenas palabras:
Que está bien, que es grande idea,
Que sin que él os lo mandara
Lo hubiérais hecho, que apenas
Haya luz saldreis de casa.
D. Claud. ¿Y luego?
Per. Y luego cenais,
Buenas noches y á la cama.
Y después, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos,
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos... ¿Qué será? Si es flato,
Si es cólico, si es terciana...
Y cuando amanezca Dios
(Esto es, á las once dadas)
Os sentís algo mejor,
Comeis poquito y sin ganas,
Hablais con voz enfermiza,
Dormís una siesta larga,

Y os quedais como si todo
Hubiera sido una chanza.
D. Claud. ¡Oh! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.
Per. Sí, pero no os atasqueis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.
D. Claud. ¿Tan presto?
Per. De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye... Ahí en la esquina
Le ví que se encaminaba
Hácia aquí: pude lograr
Diciéndole no sé cuántas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la rauta,
Entonces, ancha es Castilla...
¡Ah! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.
D. Claud. ¿Para qué?
Per. Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(*Vase al cuarto de don Claudio.*)

ESCENA XI. — DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

D. Luis. Mucho sentirá mi hermano
(*Saca un papel en la mano.*)
Esta novedad... ¿Tú estabas
Aquí?

D. Claud. Sí, señor... ¿Qué diantre
De papel será el que saca?
¿Cuánto va...
D. Luis. Déjame solo.
D. Claud. ¿Cuánto va que la muchacha
Se le ha dejado pillar?
(*Don Claudio se entra en su cuarto.*)
D. Luis. No sé qué medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene
Ni tolera las desgracias.
Él viene aquí.
D. Mart. Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla... Yo no entiendo...
A mí no me escriben nada,
Ni una letra.
D. Luis. Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista... ¿Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla?
D. Mart. No por cierto.
Solo le escribi que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta á empezar muy pronto
Su noviciado, y que...
D. Luis. Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.
D. Mart. Con que... ¡Vaya!
Pues... A ver...
D. Luis. Toma.
(*Le da el papel á don Martin.*)
D. Mart. En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre... Siempre fué

Medio loco...
(*Después de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*)
¿Quién pensara
Esta salida, después
De tanto esperar y tantas
Promesas!... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas
De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas,
Y arreglado el testamento;
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que... Yo
Respondí dándole gracias,
Como era razon...
D. Luis. Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, seria
Inútil favor nombrarla
En el testamento; y quiso
Que su prima Inés gozara
De esta merced, pues está
Sin colocar... No es extraña
Resolucion.
D. Mart. Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
Lo merece. ¡Bribonaza!
Desenvuelta!... Así va el mundo.
¡La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada!...
¡Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zanguanga
De que no lo necesita!
Y qué, ¿á mí no me hace falta?

ESCENA XII. — EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

Tio Juan. Muy buenas tardes, señores.
D. Mart. ¿Qué tenemos?
Tio Juan. Que me manda
Venir la madre San Pedro
A decir á doña Clara,
Que mañana por la tarde
La Aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava...
Es aquel de : *Pastorcillo,*
Pastorcillo, come y calla,
Come y calla... Con que dijo
Que viniera y avisara,
Para que...
D. Mart. Bien.
Tio Juan. Pero ¿qué
Diré?
D. Mart. Que bien, que mañana
Irá por allá.
Tio Juan. (*Hace que se va, y vuelve.*)
¿Os han dado
Una esquelita firmada
De la abadesa?
D. Mart. Tambien.
Tio Juan. No lo digo porque haga
Falta, sino...
D. Mart. Ya llevó
El dinero.
Tio Juan. Es que me encarga
La abadesa...
D. Mart. ¿Qué encargó?
Tio Juan. Que os dijera que no és tanta
La urgencia, que haya de ser
Hoy mismo.
D. Mart. ¡Desatinada
Prevencion!... Si ya le he dado
El dinero.

Tio Juan. ¿A quién?
D. Mart. ¡Machaca!
A don Sempronio.
Tio Juan. ¿Y quién es
Don Sempronio?
D. Mart. ¡Qué pesada
Taravilla de preguntas!
¡Vaya que el hombre me cansa
De veras!
Tio Juan. Pero...
D. Mart. Al hermano
De don Lorenzo... Aun no acaba
De entenderlo.
Tio Juan. Es que no tiene
Tal hermano.
D. Mart. Es que me enfada
De veras el señor Juan.
Váyase de aquí, ¿qué aguarda?
Tio Juan. Señores, lléveme Dios
Si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.
D. Mart. Sobre que viene con ganas
De impacientarme... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿Qué replica?... Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.
Tio Juan. ¡Gangoso!... Si en esta sala
Dí yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas...
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo que estábais
Fuera; dije que vendria
Después; dijo que excusara
El venir, porque estas noches
No soleis cenar en casa,
Y no os venís á acostar
Hasta las doce muy largas.
Con que yo...
D. Mart. Pero ¿no ves
Cuánto disparate ensarta

Este menguado?
Tio Juan. Si el otro
Fué quien me dijo...
D. Luis. Apostara
Que te han hecho alguna burla.
D. Mart. ¿Qué burla? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.
D. Luis. Calla.
Que hemos de ver si... ¡Perico!
Per., desde adentro. ¡Señor!
D. Luis. ¡Perico!

ESCENA XIII. — PERICO, DON LUIS, DON MARTIN, EL TIO JUAN.

Per. ¿Quién llama?
(*Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademán de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.*)
Tio Juan. Él es sin duda... No hay mas,
Que es él.
Per. No sé donde paran
Estas espuelas...
D. Luis. Escucha
Un recado.
Per. Están atadas
Con un cordel.
(*Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.*)
D. Luis. Oye aquí
Primero.
Per. Voy á buscarlas.
D. Luis. ¿Quién es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La abadesa?
Per. Yo, señor,
¿Qué he de saber? No sé nada.
D. Luis. ¿Con que no?
Per. Cierto que no.

D. Luis. Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.
Per. ¿No mas?
D. Luis. Dílo al instante.
D. Mart. Despacha.
Per. (*Ap.*) ¡Ah! demandadero indigno,
¡Qué banderilla me plantas!
No te lo demande Dios.
D. Luis. Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿á quién dió
La esquela?
Per. Bien excusada
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?
A mí.
D. Mart. ¿Y el otro fantasma
Que vino por el dinero?
Per. Yo fuí.
D. Mart. ¿Con aquella pata?
Per. Sí, señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.
D. Luis. ¡Picaron!... Cosa mas...
D. Mart. Dí,
¿Y el dinero en donde pára?
D. Luis. ¿Qué hiciste de él?
Per. ¿Qué sé yo?
Tio Juan. ¡Vamos que el mocito es caña!
D. Mart. ¿Qué has hecho de él?
Per. No lo tengo
Aquí; dejadme que vaya
A casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.
D. Mart. Pues corre.
(*Don Martin le da un envion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.*)
D. Luis. No hay que soltarle.
Per. Pero iré bajo palabra
De honor.
D. Luis. O entrega el dinero,
O vas á pagar tus maulas
A un calabozo.
Per. ¡Qué empeño!...

D. Luis. Y en tanto que el señor llama
A la justicia...
Tio Juan. Allá voy.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Per. Aquí está el dinero.
(*Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero, y se lo guarda.*)
D. Mart. Daca,
Ratero.
Per. ¡Ratero á mí!
D. Mart. ¿Y está todo?
Per. Lo que falta
Don Claudio os lo pagará,
Que yo no me pringo en nada.
D. Mart. Vamos á ver.
D. Luis. Pues, amigo,
Ya habeis visto lo que pasa;
Y así direis á las madres
Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.
Tio Juan. Está bien.
Per. La del humo.

ESCENA XIV.—DON LUIS, DON MARTIN, PERICO, DON CLAUDIO.

D. Luis. ¡Buena alhaja
De mozo nos ha venido!
¿Y en estos enredos anda
Tu señor?
D. Mart. ¿Pues qué creias?
D. Luis. Nunca pensé que llegara
A tal.
D. Mart. Sí, que el jovencito
Es sujeto de esperanzas.
D. Luis. Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y qué... Llama
A ese muchacho.
Per. ¡Don Claudio!

¡Señor don Claudio!
D. Luis. Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy seria para dejarla
Así.
Per. Si pudiera yo
Entre tanto...
(*En ademán de quererse ir por la puerta del lado derecho.*
D. Luis. No te vayas...
Quieto.
Per. Bien está.
D. Claud., saliendo de su cuarto.
¿Qué ocurre?
D. Luis. ¿Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedaje,
La amistad, la confianza,
¿Se pagan así?
D. Mart. ¡Bribon!
D. Claud. Toma, ¿pues qué...
D. Mart. ¡Le matara
De un golpe!
D. Claud. Maldito sea
El papel y... Yo pensaba
Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto...
D. Luis. ¡Es buena gracia
Por mi vida! ¿Te parece
Que es para menos la chanza?
D. Claud. Ya; pero en cumpliendo como
Hombre de bien.
D. Luis. ¿Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Después de hacer una infamia?
¿Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa? ¿No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre?
D. Claud. ¡Vaya,
Que la ponderan!... ¡Mi padre!

¿Cuánto va que no se enfada?
D. Luis. ¿Qué dices? ¿Estás en tí?
D. Claud. Pues digo bien; ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡Mi padre!... Pues apostara
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... ¡Cuidado,
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo!... ¡Oh! Pues yo
Por bien soy como una malva;
Pero por mal... ¿Si querrán
Que me acoquine, y les vaya
A pedir perdon?... Parece
Que es alguna cosa extraña,
Segun se ponen... La quiero;
Ya se ve, me da la gana
De quererla; ella me quiere
Tambien á mí; con que pata.
¡Toma!... El papel ya está hecho;
Su padre quiso encerrarla;
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.
D. Mart. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha sido?
D. Luis. Calla,
Déjale hablar.
Per. Si mi amo
Está diciendo patrañas.
Si sueña.
D. Luis. Calla, ó te mando
(*Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.*)
Tirar por una ventana...
Vete de aquí.
D. Claud. Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba.

Ella quiso... ¿Yo qué habia
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...
D. Mart. Pero ¿cómo...
D. Claud. El cómo es cosa muy larga
De contar... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras...
Y lo que ha de ser por fuerza,
Tomarlo de buena gana.
D. Mart. Si...
(*Lleno de turbacion y de inquietud, llama acercándose á la puerta del lado izquierdo.*)
¡Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede... ¡Clara!

ESCENA XV. — DOÑA CLARA, DON LUIS, DON MARTIN, DON CLAUDIO.

Doña Cl. Señor... Padrecito mio,
¿Me llamais á mí?
D. Claud. Te llama,
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
A sermones... El papel
Nos le han pillado : eso pasa.
D. Mart. Ya lo comprendo... ¡Dios mio!
Déjame, que he de matarla.
(*Huye doña Clara, y se pone al lado de don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.*)
D. Luis. ¿Qué vas á hacer?
Doña Cl. Claudio, presto,
Sácame de aquí.
D. Mart. ¡Malvada!...
¡Hija inobediente!... ¿Así
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.
Doña Cl. Al instante
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?
El papel le tengo yo;
Tu mujer soy, no tu dama;

En cualquier parte hallaremos
Proteccion... Nada nos falta,
Mientras yo viva á ninguno
Necesitas.

D. Mart. ¡Desgraciada!

(*Don Martin, sintiéndose desfallecido, se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.*)

No puedo estar...

D. Luis. Mira, vete
Allá adentro... No adelantas
Nada con verla.

D. Mart. Es verdad...
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

D. Luis. Bien.

D. Mart. Que no
Me pongan los piés en casa
Nunca, nunca.

ESCENA XVI. — DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

D. Claud. Vamos.

(*Don Claudio y doña Clara hacen ademán de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.*)

D. Luis. ¿Cómo?
¿Y adónde ireis?

Doña Cl. Él lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

D. Claud. Si aquí nos halla,
Puede hacer un desatino.
Vamos.

D. Luis. ¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habeis hecho?

Doña Cl. Estoy muy harta
De sufrirle... ¿No habeis visto
Cuánto le irrita que haya

Pensado en casarme, como
Cualquiera mujer se casa?
¿No ha de tener esto fin?
¿He de vivir siempre esclava?...
Chico, vámonos... Y no,
No temais que esto dé causa
A escándalos. Hay papeles,
Prendas, testigos que bastan
A probar que es mi marido
Y yo su mujer. Mañana
A las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entonces...

D. Claud. ¿Entonces?
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

D. Luis, con mucho enojo. ¡Pícaro!

D. Claud. Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene, y en habiendo plata...

(*Don Luis, tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*)

D. Luis. Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

Doña Cl. ¿Qué es esto?... ¡Ay de mí! ¿Es posible?
Moriré desesperada.
¡Inés la heredera!

D. Luis. Sí,
El cielo quiere premiarla,
Y á tí te castiga.

D. Claud. ¡Calle!
Pues cierto que...

Doña Cl. ¡Desdichada!

D. Luis. ¿Qué te admira? Si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

Doña Cl. ¡Qué miseria nos aguarda!
¡Qué afrentas! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.

¡Ay! mi padre vuelve... ¿En dónde
Me ocultaré?
(*Don Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA ULTIMA. — DON MARTIN, DOÑA INÉS, DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

D. Mart. No, te cansas
En balde... No quiero verla.
Doña Inés. Pero, señor...
D. Mart. Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.
Doña Inés. Pobre, abandonada
De su padre, ¿adónde irá?
D. Mart. Que no me mire á la cara
Jamás.
Doña Inés. Prima, ven aquí,
(*Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.*)
Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.
D. Mart. Quita.
Doña Inés. Por mí, señor.
D. Mart. Vete, aparta,
¡Hija indigna!
D. Luis. Pero, hermano,
Es menester perdonarla...
¿Qué quieres hacer?
D. Mart. Que vea
Cuántas desdichas arrastra
Su delito.
Doña Inés. Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿He de tolerar que salga
De aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias?
Hambre, desnudez la aguardan,

Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras;
Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta;
Que no, no quiero riquezas
Si no he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡Oh, maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda!

D. Mart. ¡Inés, sobrina!

(*Don Martin y don Luis expresan su sorpresa y su ternura.*)

D. Luis. ¡Querida
Inés!

D. Mart. ¡Tú sí que eres santa!

Doña Inés. No, señor, soy compasiva
Nada mas... Pero se pasa

(*Va adonde está doña Clara, y la trae de la mano.*)

El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

Doña Clara, besando las manos á doña Inés.

Inés, yo he sido
Para contigo muy mala;
Perdóname.

Doña Inés. ¡Qué locura!
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

D. Mart. Yo sí me acuerdo,
Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Mujer!

D. Luis. ¡Cómo te arrebata
El furor!... Pero conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés; con ella reparta

Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido, y basta.
Así podrá contenerlos
En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla,
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la extravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interés
Lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
A la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

Don Claudio se acerca; él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.)

D. Mart. Bien... Alzad,
Hijos... Y no me hableis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡Qué mal pensaba
De tí!... ¡Bendita!... ¡Hija mia!
¡Querida Inés!

D. Luis. Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
¡Oh! quiera el cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga!

Doña Inés. Sí, señor, sí, viviremos
Siempre amigas, siempre hermanas.

(*Doña Inés y doña Clara se abrazan.*)

D. Luis. Lo espero así...

(*Asiendo de las manos á doña Inés, con expresion de ternura.*)

Pero tú
No sabes cómo se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por tí, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocara
La dicha de ser tu padre
Por el trono de un monarca.
¡Ojalá fuese el ejemplo
Público!... Si esto miraran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la virtud
Verdadera de la falsa.

FIN DE LA MOJIGATA.

EL SÍ DE LAS NIÑAS, 299

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL 24 DE ENERO DE 1806.

PERSONAS.

DON DIEGO.	RITA.
DON CARLOS.	SIMON.
DOÑA IRENE.	CALAMOCHA.
DOÑA FRANCISCA.	

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.
La accion empieza á las siete de la tarde y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA. — DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

D. Diego. ¿No han venido todavía?

Sim. No, señor.

D. Diego. Despacio la han tomado por cierto.

Sim. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

D. Diego. Sí Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Sim. Ello tambien ha sido extraña determinacion la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. Diego. Ha sido conveniente el hacerlo así Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Sim. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. Diego. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Sim. Adelante.

D. Diego. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho..... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Sim. Sí, señor.

D. Diego. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Sim. Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. Diego. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Sim. Sí por cierto... Es muy linda y...

D. Diego. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos,

es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Sim. No hay que decírmelo.

D. Diego. ¿No? ¿Por qué?

Sim. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. Diego. ¿Qué dices?

Sim. Excelente.

D. Diego. ¿Con que al instante has conocido...

Sim. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

D. Diego. Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Sim. Seguro que sí.

D. Diego. Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

Sim. Y en eso hace usted bien.

D. Diego. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

Sim. ¿Locura? ¡Buena locura! ¿Con una chica como esa, eh?

D. Diego. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Sim. Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

D. Diego. Dices bien..... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios ... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

Sim. Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

D. Diego. No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Sim. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

D. Diego. ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

Sim. Y bien, ¿qué?

D. Diego. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Sim. Pero si yo no hablo de eso.

D. Diego. ¿Pues de qué hablas?

Sim. Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo le entiendo al revés..... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

D. Diego. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Sim. ¿Con usted?

D. Diego. Conmigo.

Sim. ¡Medrados quedamos!

D. Diego. ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

Sim. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. Diego. ¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Sim. Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. Diego. Pues no, señor.

Sim. Pues bien está.

D. Diego. ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

Sim. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. Diego. Que se haga hombre de valor y...

Sim. ¡Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió

con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. Diego. Sí, señor, todo eso es verdad; pero noviene á cuento. Yo soy el que me caso.

Sim. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. Diego. ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa, y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

Sim. Yo nada, señor.

D. Diego. Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

Sim. En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. Diego. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Sim. ¿Pues qué ha hecho?

D. Diego. Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento .. Ya te acuerdas

de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

Sim. Sí, señor.

D. Diego. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Sim. Así es la verdad.

D. Diego. Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

Sim. ¿Qué dice usted?

D. Diego. Sí, señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

Sim. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. Diego. Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

Sim. ¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

D. Diego. Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y díle que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

Sim. Bien está.

D. Diego. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

Sim. No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II. — DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

Doña Franc. Ya estamos acá.

Doña Ir. ¡Ay, qué escalera!

D. Diego. Muy bien venidas, señoras.

Doña Ir. ¿Con que usted, á lo que parece, no ha salido? (*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

D. Diego. No, señora. Luego mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Doña Franc. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

Doña Ir. Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

Doña Franc. ¡Como me quieren todas! ¡y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

Doña Ir. Ha sentido mucho no conocer á usted.

Doña Franc. Sí, es verdad. Decia, ¿por qué no ha venido aquel señor?

Doña Ir. El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

Doña Franc. Toma, (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*) guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

Rita. No importa; yo me la comeré.

ESCENA III. — DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

Doña Franc. ¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Doña Ir. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. Diego. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Doña Ir. ¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto á doña*

Irene.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. Diego. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas á quienes debe usted particulares obligaciones.

Doña Ir. Sí, Trinidad está muy contenta; y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

D. Diego. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Doña Ir. Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

D. Diego. Todo eso es cierto, pero...

Doña Ir. Es de buena sangre y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. Diego. Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

Doña Franc. ¿Me voy, mamá? (*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

Doña Ir. No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviárselo á su tio carnal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

D. Diego. Ya.

Doña Ir. Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Doña Franc. Válgate Dios, qué moscas tan...

Doña Ir. Pues murió en olor de santidad.

D. Diego. Eso bueno es.

Doña Ir. Sí, señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

D. Diego. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

Doña Ir. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. Diego. ¿Con que para cada año un tomo?

Doña Ir. Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

D. Diego. ¿Y de qué edad murió el venerable?

Doña Ir. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Doña Franc. ¿Me voy, mamá?

Doña Ir. Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

Doña Franc. ¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene, y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

D. Diego. Sí, hija mia. A ver.

Doña Franc. Mire usted, así.

D. Diego. ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Doña Franc. Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV. — DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Doña Ir. Es muy jitana y muy mona, mucho.

D. Diego. Tiene un donaire natural que arrebata.

Doña Ir. ¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. Diego. Quisiera solo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

Doña Ir. Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. Diego. Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Doña Ir. No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre : yo le quiero á usted.

D. Diego. Bien, si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

Doña Ir. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. Diego. ¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

Doña Ir. Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. Diego. ¡Calle! ¿Eso decia?

Doña Ir. No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos : ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar á los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. Diego. Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

Doña Ir. Lo que sé decirle á usted es que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. Diego. Buena edad... No era un niño, pero...

Doña Ir. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. Diego. ¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

Doña Ir. Sí, señor, ¿ pues por qué no?

D. Diego. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño, ó niña?

Doña Ir. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. Diego. Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

Doña Ir. ¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. Diego. Yo lo creo.

Doña Ir. Sí, señor.

D. Diego. Ya se ve que será una delicia, y...

Doña Ir. ¿ Pues no ha de ser?

D. Diego. Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Ir. ¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V. — SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Sim. (*Sale por la puerta del foro.*) Señor, el mayoral está esperando.

D. Diego. Díle que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisierà dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*) ¿Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

Doña Ir. No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. Diego. A eso de las seis. ¿Eh?

Doña Ir. Muy bien.

D. Diego. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Doña Ir. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI. — DOÑA IRENE, RITA.

Doña Ir. ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

Rita. Señora.

(*Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*)

Doña Ir. ¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

Rita. Sí, señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

Doña Ir. ¿Hiciste las camas?

Rita. La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

Doña Ir. Y aquella chica ¿qué hace?

Rita. Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

Doña Ir. ¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

Rita. ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras! (*Éntrase en el cuarto de doña Francisca.*)

ESCENA VII. — CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII. — RITA, CALAMOCHA.

Rita. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Calam. ¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

Rita. Gracias, mi alma.

Calam. ¡Calle!... ¡Rita!

Rita. ¡Calamocha!

Calam. ¿Qué hallazgo es este?

Rita. ¿Y tu amo?

Calam. Los dos acabamos de llegar.

Rita. ¿De veras?

Calam. No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni como lo dispuso : solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

Rita. ¿Con que le tenemos aquí?

Calam. Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

Rita. ¿Qué dices?

Calam. Ni mas ni menos.

Rita. ¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

Calam. ¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

Rita. ¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

Calam. Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

Rita. Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto; en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no

hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Calam. Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

Rita. Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

Calam. ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

Rita. No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Calam. Bien... Adios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.*)

Rita. ¿Y adónde?

Calam. Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rita. Un criado viene con él.

Calam. ¡Poca cosa!... Mira, díle en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

Rita. ¿Y volverás presto?

Calam. Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer

el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

Rita. Sí. De la señorita y mio.

Calam. ¡Bribona!

Rita. ¡Botarate! Adios.

Calam. Adios, aborrecida.

(*Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.*)

ESCENA IX. — DOÑA FRANCISCA, RITA.

Rita. ¡Qué malo es!. . Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.*) ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos : no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

Doña Franc, *saliendo.* ¡Ay, Rita!

Rita. ¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

Doña Franc. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

Rita. Señorita, por Dios, no se aflija usted.

Doña Franc. Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon. (*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

Rita. Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe? ¿No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

Doña Franc. ¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero, ¿qué me vas á contar?

Rita. Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

Doña Franc. ¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

Rita. Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

Doña Franc. Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

Rita. ¿Por qué, señora?..... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita..... Mire usted que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? ¿de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresion?

Doña Franc. ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

Rita. Eso no lo puedo yo creer.

Doña Franc. Es hombre al fin, y todos ellos...

Rita. ¡Qué bobería! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía..... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Doña Franc. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

Rita. No, señora, no ha dicho eso.

Doña Franc. ¿Qué sabes tú?

Rita. Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga. Pero... (*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

Doña Franc. ¿Adónde vas?

Rita. Quiero ver si...

Doña Franc. Está escribiendo.

Rita. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

Doña Franc. ¿Qué dices? No me engañes.

Rita. Aquel es su cuarto..... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Doña Franc. ¿De veras?

Rita. Sí, señora... Y le ha ido á buscar para...

Doña Franc. ¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme..... porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rita. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Doña Franc. Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente..... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

Rita. No hay que dar cuidado. Ye le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

Doña Franc. Sí, bien.

Rita. Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

Doña Franc. Bien, anda; y así que llegue...

Rita. Al instante.

Doña Franc. Que no se te olvide toser.

Rita. No haya miedo.

Doña Franc. ¡Si vieras qué consolada estoy!

Rita. Sin que usted lo jure, lo creo.

Doña Franc. ¿Te acuerdas, cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

Rita. Sí, bien me acuerdo.

Doña Franc. ¡Ah!..... Pues mira cómo me dijo la verdad.

Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA. (*Teatro oscuro.*)—DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro, y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II. — DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Ir. Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

Doña Franc. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Doña Ir. Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no

trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Doña Franc. Me parece que no.

Doña Ir. Pues cuenta, cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentidò, y con muchísima razon...

Doña Franc. Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

Doña Ir. No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria), los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida..... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia.... ¿Qué dices?

Doña Franc. Yo, nada, mamá.

Doña Ir. Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III. — RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*)

Doña Ir. Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venias.

Rita. Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. ¡Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!....

Doña Ir. Seguro que me hace muchisimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una

luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rita. Muy bien. (*Toma una luz, y hace que se va.*)

Doña Franc., aparte á Rita. ¿No ha venido?

Rita. Vendrá.

Doña Ir. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

Doña Franc. Como las monjas me hicieron merendar...

Doña Ir. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

Rita. ¿Y nada mas?

Doña Ir. No, nada mas..... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

Rita. Sí, ya lo sé.

Doña Ir. Rita!

Rita. Otra. ¿Qué manda usted?

Doña Ir. Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante. Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

Rita. Sí, señora.

Doña Ir. ¡Ah! mira.

Rita. Otra.

Doña Ir. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el gloria patri y la oracion del santo sudario... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV. — DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Ir. Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y esto le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Doña Franc. Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

Doña Ir. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Doña Franc. Mamá, no se enfade usted.

Doña Ir. ¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

Doña Franc. Pero... Pues ¿qué sabe usted?

Doña Ir. ¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

Doña Franc, aparte. ¡Perdida soy!

Doña Ir. Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué...

En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

Doña Franc. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Ir. Sí, que no sé yo...

Doña Franc. No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Ir. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Franc. Sí, señora, que yo no sé mentir.

Doña Ir. Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

Doña Franc., aparte. ¡Pobre de mí!

ESCENA V. — DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

Doña Ir. Pues ¿cómo tan tarde?

D. Diego. Apenas salí tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

Doña Ir. Muy bien.

D. Diego. ¿Y doña Paquita?

Doña Ir. Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. Diego. ¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

Doña Ir. ¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

D. Diego. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la*

hace sentar immediata á él.) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

Doña Ir. Pero si ella no...

D. Diego. Déjela usted, señora, que ella responderá.

Doña Franc. Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. Diego. Pero eso lo dice usted tan afligida y...

Doña Ir. Si es natural, señor. ¿No ve usted que...

D. Diego. Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Doña Franc. No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. Diego. ¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria? ¡Eh! No, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad..... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo?

¡Y en Madrid! figúrese usted, en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

Doña Ir. Y puede usted creer, señor don Diego, que...

D. Diego. Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Doña Ir. ¿Puedo hablar ya, señor?

D. Diego. Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

Doña Ir. Cuando yo se lo mande.

D. Diego. Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

Doña Ir. Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

D. Diego. Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Doña Ir. Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de

Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella. Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. Diego. Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

Doña Ir. Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... la mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...

D. Diego. Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

Doña Ir. Respóndele.

Doña Franc. Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

D. Diego. No, hija mia: esto es dar alguna expresion á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Doña Ir. Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. Diego. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Doña Ir. ¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Doña Franc. Sí, señor, que lo estoy.

D. Diego. Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

Doña Ir. No, señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. Diego. En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra com-

pañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

Doña Franc. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!

D. Diego. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

Doña Ir. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Doña Franc. ¡Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.*)

Doña Ir. ¿Ves lo que te quiero?

Doña Franc. Sí, señora.

Doña Ir. Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

Doña Franc. Bien lo conozco.

Doña Ir. ¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

Doña Franc. Sí, señora.

Doña Ir. ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Doña Franc. Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?

D. Diego. Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y después doña Irene.*) No venga alguno, y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Doña Ir. Sí, dice usted bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI. — RITA, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

Doña Franc. ¿Qué quieres?

Rita. Ya ha venido.

Doña Franc. ¿Cómo?

Rita. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

Doña Franc. ¡Ay, Dios!... ¿Y qué debo hacer?

Rita. ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y

juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Doña Franc. Sí... Él es.

Rita. Voy á cuidar do aquella gente... Valor, señorita y resolucion. (*Se va al cuarto de doña Irene.*)

Doña Franc. No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII. — DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Carlos sale par la puerta del foro.*)

D. Carl. ¡Paquita!... vida mia!... Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

Doña Franc. Bien venido.

D. Carl. ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Doña Franc. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. Carl. ¿En dónde?

Doña Franc. Ahí, en ese cuarto.

(*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

D. Carl. ¡Sola!

Doña Franc. No, señor.

D. Carl. Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.*) Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Doña Franc. Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

D. Carl. Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad. . Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer. . Su decoro de usted merece la primera atencion.

Doña Franc. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. Carl. No importa.

Doña Franc. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

D. Carl. ¿Cuál?... No. Eso no.

Doña Franc. Los dos están de acuerdo, y dicen...

D. Carl. Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Doña Franc. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

D. Carl. Y usted ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Doña Franc. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

D. Carl. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Doña Franc. Y el último.

D. Carl. Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.*)

Doña Franc. ¿Pues de quién ha de ser?

D. Carl. ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

Doña Franc. ¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. Carl. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Doña Franc. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. Carl. Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Doña Franc. ¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. Carl. Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

Doña Franc. ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

D. Carl. ¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Doña Franc. ¿Es posible?

D. Carl. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.—RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede tambien disponer de su persona.

D. Carl. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Doña Franc. Ni yo.

D. Carl. Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

Rita. Un caballero muy honrado, muy rico, muy pru-

dente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

Doña Franc. Hasta mañana.

D. Carl. Adios, Paquita.

Doña Franc. Acuéstese usted, y descanse.

D. Carl. ¿Descansar con celos?

Doña Franc. ¡De quién?

D. Carl. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Doña Franc. ¿Dormir con amor?

D. Carl. Adios, vida mia.

Doña Franc. Adios. (*Éntrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX. — DON CARLOS, *paseándose con inquietud;* CALAMOCHA, RITA.

D. Carl. ¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Calam., *saliendo por la puerta del foro.* Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. Carl. Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

Calam. Abajo.... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

Rita, saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta. ¿Quién quiere sopas?

D. Carl. Buen provecho.

Calam. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rita. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Éntrase en el cuarto de doña Irene.*)

Calam. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. Carl. ¿Con que vamos?

Calam. ¡Ay! ay! ay!... (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

D. Carl. ¿Qué?

Calam. ¿No ve usted lo que viene por allí?

D. Carl. ¿Es Simon?

Calam. El mismo... Pero ¿quién diablos le...

D. Carl. ¿Y qué haremos?

Calam. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

D. Carl. Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X. — SIMON (*sale por la fuerta del foro*), DON CARLOS, CALAMOCHA.

Calam. Simon, ¿tú por aquí?

Sim. Adios, Calamocha. ¿Cómo vá?

Calam. Lindamente.

Sim. ¡Cuánto me alegro de...

D. Carl. ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

Sim. ¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

D. Carl. ¿Y mi tio?

Sim. Tan bueno.

Calam. ¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

Sim. ¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

Calam. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Sim. ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Calam. ¿Alguna cobranza tal vez, eh?

D. Carl. Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

Sim. ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administra-

dor! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. Carl. Pues... Figúrate tú.

Sim. ¿O va usted allá?

D. Carl. ¿Adónde?

Sim. A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

Calam. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Sim. ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

Calam., aparte separándose de Simon. ¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

D. Carl. Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Sim. Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI. — DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

D. Diego, desde adentro. No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*)

D. Carl. ¡Mi tio!...

D. Diego. ¡Simon!

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

Sim. Aquí estoy, señor.

D. Carl. ¡Todo se ha perdido!

D. Diego. Vamos... Pero... ¿quién es?

Sim. Un amigo de usted, señor...

D. Carl. Yo estoy muerto.

D. Diego. ¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

D. Carl. ¡Tio!

(*En ademán de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

D. Diego. Quítate de ahí.

D. Carl. ¡Señor!

D. Diego. Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

D. Carl. Si usted se altera y...

D. Diego. ¿Qué haces aquí?

D. Carl. Mi desgracia me ha traido.

D. Diego. ¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Carlos.*) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

Calam. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

D. Diego. A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. Carl. No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. Diego. Pues, ¿á qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afán.

Calam. Si todo ello no es mas que...

D. Diego. Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Díme qué ha sido.

D. Carl. Una lijereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. Diego. ¿Y qué otra cosa hay?

D. Carl. Nada mas, señor.

D. Diego. Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. Carl. Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. Diego. ¿No hay mas?

D. Carl. No, señor.

D. Diego. Míralo bien.

D. Carl. No, señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. Diego. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adios, disciplina militar... Vamos... eso no puede ser.

D. Carl. Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. Diego. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplo de subordinacion, de valor, de virtud.

D. Carl. Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. Diego. Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. Carl. Señor, si...

D. Diego. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Calam. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. Diego. Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera. Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

Sim. Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

D. Diego. Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*)

ESCENA XII. — DON DIEGO, DON CARLOS.

D. Diego. Tome usted... (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. Carl. Ya lo sé.

D. Diego. Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

D. Carl. Lo haré sin falta.

D. Diego. Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. Carl. Sí, señor.

D. Diego. Mira, que lo has de hacer.

D. Carl. Sí, señor, haré lo que usted manda.

D. Diego. Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuándo llegas á Zaragoza : no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. Carl. ¿Pues qué hice yo?

D. Diego. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. Carl. Quede usted con Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

D. Diego. ¿Sin besar la mano á su tio, eh?

D. Carl. No me atreví. (*Besa la mano á don Diego, y se abrazan.*)

D. Diego. Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

D. Carl. ¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

D. Diego. ¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. Carl. No, señor, ahora no.

D. Diego. Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira cómo lo gastas... ¿Juegas?

D. Carl. No, señor, en mi vida.

D. Diego. Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

D. Carl. No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. Diego. No se hable ya de lo pasado... Adios...

D. Carl. ¿Queda usted enojado conmigo?

D. Diego. No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me dés que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

D. Carl. No lo dude usted.

D. Diego. Como oficial de honor.

D. Carl. Así lo prometo.

D. Diego. Adios, Carlos. (*Abrazándose.*)

D. Carl., aparte, al irse por la puerta del foro. ¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII. — DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respecto al tio!... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto.*

El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV. — DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

Rita. Mucho silencio hay por aquí.

Doña Franc. Se habrán recogido ya .. Estarán rendidos.

Rita. Precisamente.

Doña Franc. ¡Un camino tan largo!

Rita. ¡A lo que obliga el amor, señorita!

Doña Franc. Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no hiciera por él ?

Rita. Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella. ¡El pobre don Diego! ¡qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

Doña Franc. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mujeres.

Rita. ¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

Doña Franc. ¿A qué vás?

Rita. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Doña Franc. Sí, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rita. Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

Doña Franc. Te puedes llevar la luz.

Rita. No es menester, que ya sé dónde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV. — SIMON (*sale por la puerta del foro*), DOÑA FRANCISCA.

Doña Franc. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

Sim. El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Doña Franc. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

Sim. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Doña Franc. ¿Los arrieros?

Sim. No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Doña Franc. ¿Quiénes dice usted que son?

Sim. Un teniente coronel y su asistente.

Doña Franc. ¿Y estaban aquí?

Sim. Sí, señora, ahí en ese cuarto.

Doña Franc. No los he visto.

Sim. Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian. . Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI. — RITA, DOÑA FRANCISCA.

Doña Franc. ¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

Rita. Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos, y vuelve.*)

Doña Franc. ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

Rita. Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Doña Franc. ¿Y eran ellos?

Rita. Sí, señora. Los dos.

Doña Franc. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

Rita. Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Doña Franc. ¿Y es ese el camino de Aragon?

Rita. Ese es.

Doña Franc. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

Rita. ¡Señorita!

Doña Franc. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rita. Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Doña Franc. ¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

Rita. No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

Doña Franc. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

Rita. Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Doña Franc. Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rita. Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...

Doña Franc. Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

Rita. Sí, señora, ya lo conozco.

Doña Franc. ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

D. Diego. Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora, y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

Sim. Qué ¿estaba usted ahí, señor?

D. Diego. Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

Sim. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. Diego. ¡Mala comparacion!... Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Sim. En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

D. Diego. Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Sim. ¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. Diego. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Sim. ¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! qué triste!

D. Diego. Ha sido preciso.

Sim. Ya lo conozco.

D. Diego. ¿No ves qué venida tan intempestiva?

Sim. Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta lijereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

D. Diego. ¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

Sim. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. Diego. Calla.

Sim. Vaya, música tenemos, segun parece.

D. Diego. Sí, como lo hagan bien.

Sim. ¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. Diego. Puede ser.

Sim. Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

D. Diego. No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Sim. ¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

D. Diego. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado, y observan.*)

Sim. ¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.

D. Diego. ¿Qué quieres?

Sim. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. Diego. ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II. — DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Con tiento, señorita.

Doña Franc. Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(*Vuelven á probar el instrumento.*)

Rita. Sí, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Doña Franc. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rita. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Doña Franc. Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡Dios mio!... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Ve, responde... Albricias, corazon. Él es.

Sim. ¿Ha oido usted?

D. Diego. Sí.

Sim. ¿Qué querrá decir esto?

D. Diego. Calla.

Doña Franc. (*Se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.*) Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, (*Apartándose de la ventana, y vuelve después.*) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... diga usted. (*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

Rita. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Doña Franc. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

Rita. Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡Ay!

Doña Franc. ¡Muerta voy!

ESCENA III. — DON DIEGO, SIMON.

D. Diego. ¿Qué grito fué ese?

Sim. Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. Diego. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

Sim., *tentando por el suelo cerca de la ventana.* No encuentro nada, señor.

D. Diego. Búscale bien, que por ahí ha de estar.

Sim. ¿Le tiraron desde la calle?

D. Diego. Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

Sim. Aquí está. (*Halla la carta, y se la da á don Diego.*)

D. Diego. Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. (*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV. — DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento; esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V. — RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase después á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

Sim. Ya tenemos luz... (*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

Rita. ¡Perdida soy!

D. Diego, acercándose. ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

Rita. Sí, señor, porque...

D. Diego. ¿Qué buscas á estas horas?

Rita. Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido tan grande...

Sim. ¿Sí, eh?

Rita. Cierto... Un ruido y... mire usted, (*Alza la jaula que está en el suelo.*) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

Sim. Sí, algun gato.

Rita. ¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

Sim. Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

Rita. Se le hubiera comido. (*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

Sim. Y sin pebre... ni plumas hubiera dejado.

D. Diego. Tráeme esa luz.

Rita. ¡Ah! Deje usted, encenderemos esta, (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*) que ya lo que no se ha dormido...

D. Diego. ¿Y doña Paquita duerme?

Rita. Sí, señor.

Sim. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. Diego. Vamos. (*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI. — DOÑA FRANCISCA, RITA.

Doña Franc. ¿Ha parecido el papel?

Rita. No, señora.

Doña Franc. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

Rita. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (*Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

Doña Franc. Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

Rita. Yo no lo encuentro, señorita.

Doña Franc. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rita. A lo menos por aquí...

Doña Franc. ¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

Rita. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

Doña Franc. Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon... perdon de haberle querido tanto!

Rita. ¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

Doña Franc. No importa, déjame.

Rita. Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

Doña Franc. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII. — DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Sim. Voy enterado, no es menester mas.

D. Diego. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Los dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo. (*Después de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

Sim. Voy allá.

D. Diego. Mucho se madruga, doña Paquita.

Doña Franc. Sí, señor.

D. Diego. ¿Ha llamado ya doña Irene?

Doña Franc. No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir. (*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII. — DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

D. Diego. ¿Usted no habrá dormido esta noche?

Doña Franc. No, señor. ¿Y usted?

D. Diego. Tampoco.

Doña Franc. Ha hecho demasiado calor.

D. Diego. ¿Está usted desazonada?

Doña Franc. Alguna cosa.

D. Diego. ¿Qué siente usted? (*Siéntase junto á doña Francisca.*)

Doña Franc. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

D. Diego. Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

Doña Franc. Sí, señor.

D. Diego. Pues ¿por qué no hace usted mas confianza

de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Diego. ¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

Doña Franc. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. Diego. Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

Doña Franc. No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Diego. Pues ¿de quién, hija mia?... Venga usted acá... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Doña Franc. Ni con otro.

D. Diego. ¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

Doña Franc. No, señor; no, señor.

D. Diego. Mírelo usted bien.

Doña Franc. ¿No le digo á usted que no?

D. Diego. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera austeridad del convento á una vida mas...

Doña Franc. Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

D. Diego. No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, qué en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

Doña Franc. Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. Diego. ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

Doña Franc. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. Diego. ¿Y después, Paquita?

Doña Franc. Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

D. Diego. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Doña Franc. ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

D. Diego. ¿Por qué?

Doña Franc. Nunca diré por qué.

D. Diego. Pero ¡qué obstinado, que imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

Doña Franc. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Diego. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi mujer.

Doña Franc. Y daré gusto á mi madre.

D. Diego. Y vivirá usted infeliz.

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Diego. Hé aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llana criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pér-

fida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Doña Franc Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. Diego. Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

Doña Franc. ¡Dios mio!

D. Diego. Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire usted qué desórden este! ¡qué agitacion! ¡qué lagrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

Doña Franc. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

D. Diego. Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)

Doña Franc. ¿De veras?

D. Diego. Mal conoce usted mi corazon.

Doña Franc. Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

D. Diego. ¿Qué hace usted, niña?

Doña Franc. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. Diego. Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo?... una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

Doña Franc. Vamos... ¿No viene usted?

D. Diego. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Doña Franc. Vaya usted presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*)

D. Diego. Sí, presto iré.

ESCENA IX. — SIMON, DON DIEGO.

Sim. Ahí están, señor.

D. Diego. ¿Qué dices?

Sim. Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. Diego. ¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

Sim. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

D. Diego. No me empieces ya á interceder por él.

Sim. ¿Yo, señor?

D. Diego. Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.

Sim. Como yo no sé lo que ha hecho.

D. Diego. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Sim. Bien está, señor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

D. Diego. Díle que suba.

ESCENA X. — DON CARLOS, DON DIEGO.

D. Diego. Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

D. Carl. En el meson de afuera.

D. Diego. ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

D. Carl. Sí, señor, entré en la ciudad y...

D. Diego. ¿A qué?... Siéntese usted.

D. Carl. Tenia precision de hablar con un sujeto... (*Siéntase.*)

D. Diego. ¡Precision!

D. Carl. Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. Diego. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.*)

D. Carl. Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. Diego. Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. Carl. ¿Para qué saber mas?

D. Diego. Porque yo lo quiero, y lo mando. ¡Oiga!

D. Carl. Bien está.

D. Diego. Siéntate ahí... (*Siéntase don Carlos.*) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

D. Carl. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser

cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

D. Diego. Prosigue.

D. Carl. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

D. Diego. Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. Carl. Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la

hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

D. Diego. ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. Carl. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. Diego. Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. Carl. Sí, señor.

D. Diego. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

D. Carl. Pero no el corazon. (*Levántase.*)

D. Diego. ¿Qué dices?

D. Carl. No, eso no... Seria ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inunda-

dos en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procura reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. Diego. ¿Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

D. Carl. Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí immediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

D. Diego. ¿Con que en efecto te vas?

D. Carl. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. Diego. ¿Por qué?

D. Carl. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

D. Diego. ¿Qué quieres decir? (*Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir mas adelante.*)

D. Carl. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. Diego. ¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. Carl. Alguien viene... (*Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

D. Diego. ¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

D. Carl. Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

D. Diego. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. Carl. Pero si...

D. Diego. Haz lo que te mando.

(*Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI. — DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Doña Ir. Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos dias... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza usted?

D. Diego, paseándose con inquietud. Sí, para rezar estoy ahora.

Doña Ir. Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que arisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

D. Diego. Sí, no deja de haber novedades.

Doña Ir. Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

D. Diego. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

Doña Ir. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. Diego. Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

Doña Ir. ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; bastaba que yo lo dijese para que...

D. Diego. ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

Doña Ir. Bien, vamos, hable usted.

D. Diego. Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

Doña Ir. ¿Qué dice usted?

D. Diego. Lo que usted oye.

Doña Ir. Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

D. Diego. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Doña Ir., llorando. ¡Pobre de mí!

D. Diego. ¿A qué viene eso?

Doña Ir. ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mi!

D. Diego. Señora doña Irene...

Doña Ir. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!.. ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. Diego. Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

Doña Ir. Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. Diego. Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

Doña Ir. ¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. Diego. Señora doña Irene, hagáme usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

Doña Irene. Diga usted lo que le dé la gana.

D. Diego. Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Doña Ir. No, señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

D. Diego. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

Doña Ir. Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. Diego. Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Doña Ir. ¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. Diego. Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de lijero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.*)

Doña Ir. ¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Vírgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

D. Diego. Pero ¿á qué es llamarlas?

Doña Ir. Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

D. Diego. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII. — DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Rita. ¡Señora!

Doña Franc. ¿Me llamaba usted?

Doña Ir. Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

Rita, aparte á doña Francisca. Su letra es.

Doña Franc. ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

D. Diego. Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

Doña Franc. Mientras viva me acordaré.

D. Diego. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) « Bien mio; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo. — *Carlos de Urbina.* »

Doña Ir. ¿Con que hay eso?

Doña Franc. ¡Triste de mí!

Doña Ir. ¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

Doña Franc. ¡Madre!... Perdon.

Doña Ir. No, señor, que la he de matar.

D. Diego. ¿Qué locura es esta?

Doña Ir. He de matarla.

ESCENA ULTIMA. — DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

D. Carl. Eso no... (*Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Franc. ¡Carlos!

D. Carl., acercándose á don Diego. Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Doña Ir. ¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

D. Diego. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu mujer.

(*Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.*)

Doña Ir. ¿Con que su sobrino de usted?

D. Diego. Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

Doña Franc. ¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

D. Diego. Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

Doña Ir. ¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

D. Diego. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos!... Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. Carl., besándole las manos. Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

Doña Ir. ¡Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

D. Diego. Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

Doña Ir. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rita. Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

Doña Franc. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. Diego. Paquita hermosa (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don*

Cárlos.) sereis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. Carl. ¡Bendita sea tanta bondad!

D. Diego. Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN DE LAS COMEDIAS DE MORATIN.

París. — En la imprenta de E. Thunot y Cª, calle Racine, 26.

BINDING LIST SEP 15 1929

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

236841

Author Moratin, Leandro Fernandez de

Title Comedias.

PQ
M 8514c